LOS TRES ROSTROS DEL CRIMEN

Un thriller de crimen psicológico

RITA JAMES

LOS TRES ROSTROS DEL CRIMEN

Tres hermanos idénticos.
Un ADN. Infinitas mentiras.
Un detective que no puede soltar.

RITA JAMES

LOS TRES ROSTROS DEL CRIMEN

Thriller psicológico

Copyright © 2026 Rita James

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito de la autora, salvo citas breves en reseñas críticas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Advertencia de contenido: esta novela contiene violencia y temas adultos. Recomendada para mayores de 18 años.

Primera edición: 2026

Índice

Prólogo — La mujer que sabía demasiado poco

Capítulo 1 — Tres de tres

Capítulo 2 — 1342 Merritt Avenue

Interludio — Robert Kopelman, Cape Coral

Capítulo 3 — La paloma

Capítulo 4 — Oshkosh West, promoción del 97

Capítulo 5 — El bosque de Hoffman

Interludio — Jennifer Matthews, dos semanas antes

Capítulo 6 — El pacto

Capítulo 7 — Tom Brenner

Capítulo 8 — Ochenta y una absoluciones

Capítulo 9 — La mujer del expediente 94-1187

Interludio — El sábado de Victoria Sánchez

Capítulo 10 — Tres vidas construidas encima

Capítulo 11 — El artículo

Interludio — David Chen, tres de diciembre

Capítulo 12 — Allison Park

Interludio — Allison Park tenía diez años

Capítulo 13 — Los cinco años

Capítulo 14 — El año en que Mason dejó de esconderse

Interludio — Sarah Chen, la última semana

Interludio — Michelle Wolcott, doce años

Capítulo 15 — Lo que había debajo del muelle

Interludio — Sarah Brenner, 2002

Capítulo 16 — El problema del ADN
Capítulo 17 — Primer interrogatorio: Marcus
Capítulo 18 — Segundo interrogatorio: Michael
Capítulo 19 — Tercer interrogatorio: Mason
Capítulo 20 — El hombre que nadie echó de menos
Capítulo 21 — Cuarenta y una horas de grabación
Capítulo 22 — Once días en una habitación
Capítulo 23 — Lo que Eleanor no dijo en 1994
Capítulo 24 — Cuarenta metros de tejado
Capítulo 25 — Cincuenta y cuatro minutos en coche
Capítulo 26 — Tumba 4-118
Capítulo 27 — El argumento que ganaba
Capítulo 28 — Estado de Wisconsin contra Mason Kopelman
Capítulo 29 — Once a uno
Capítulo 30 — Lo que pasó con los otros dos
Capítulo 31 — La biblioteca
Capítulo 32 — Lo que hará Marcus en 2033
Capítulo 33 — Setenta y cuatro casos
Epílogo — La caja del garaje
Sobre la autora

Para quienes siguen buscando respuestas
por personas que ya no pueden darlas.

Prólogo
La mujer que sabía demasiado poco

Cabaña abandonada. Lago Winnebago, Wisconsin. 14 de octubre. 23:47.

Lo primero que Sarah Chen entendió, cuando volvió en sí, fue que el techo estaba mal.

No era el techo de su habitación del hotel Oshkosh Riverside, que era de gotelé blanco con un detector de humos parpadeando en verde. No era el techo de su despacho de la planta veintidós de South Wacker, que era de placas acústicas grises con focos empotrados que zumbaban un poco cuando llevabas doce horas debajo. Era madera vieja, con vetas que corrían en diagonal y un manchón de humedad con forma de continente en la esquina noreste.

Llevaba veinte años entrenando a jurados para que se fijaran en detalles pequeños. Su cerebro hizo lo que sabía hacer.

Madera de pino. Cuarenta años como mínimo. Humedad activa, no histórica: el borde del manchón estaba oscuro, no amarillo. Alguien había dejado que este lugar se pudriera despacio y nadie había subido a mirar el tejado en al menos una década.

Lo segundo que entendió fue que no podía mover los brazos.

El pánico llegó después, con un retraso casi cortés, como un invitado que se disculpa por la hora. Primero vino el inventario: brazos extendidos en cruz, muñecas sujetas, tobillos sujetos, espalda sobre una superficie dura y fría que le presionaba las escápulas de una manera que ya empezaba a doler. Después vino la interpretación. Y solo entonces, con seis o siete segundos de retraso sobre los hechos, el terror.

Tiró. Los dos brazos a la vez, con toda la fuerza de un cuerpo de cuarenta y ocho años que hace pilates tres veces por semana y que hasta ese momento había considerado la fuerza física como un

accesorio decorativo, algo que uno mantiene por estética y por el colesterol.

La cuerda no cedió ni un milímetro.

Tiró otra vez, arqueando la espalda, y esta vez notó cómo la fibra le mordía la piel de la muñeca izquierda.

—No haga eso —dijo una voz, desde algún punto detrás de su cabeza—. La mojé antes de atarla. Al secarse se contrae. Cuanto más tire, más apretará. No lo hice para hacerle daño. Lo hice para que dejara de intentarlo pronto y pudiéramos hablar.

Sarah dejó de tirar.

Se quedó absolutamente quieta, con el corazón dándole en la garganta y en las orejas, y con una parte de su cerebro —la parte inútil, la parte de las tres de la madrugada— señalando que le había hablado de usted.

Era una voz tranquila. Educada. Sin acento particular, ni de Chicago ni de Wisconsin ni de ninguna parte. La clase de voz que se usa para explicar los términos de una póliza o para dar el pésame a alguien que no conoces mucho.

En veinte años de sala, Sarah había aprendido a leer voces mejor que caras. Las caras mienten con facilidad; casi todo el mundo aprende de niño a controlar la cara. Las voces no. En las voces se oye el esfuerzo.

Y lo que oyó en aquella la asustó más que cualquier grito.

Ausencia total de esfuerzo.

Quien fuera que estaba detrás de ella no estaba excitado, ni nervioso, ni furioso. Estaba haciendo algo que ya había hecho antes.

Intentó reconstruir la noche.

Había cenado en el hotel, mesa larga, jornada del Colegio de Abogados del estado, una ponencia insufrible sobre inteligencia artificial y descubrimiento de prueba. Se había tomado dos copas de un Cabernet mediocre. Había salido al vestíbulo a las ocho y cuarto

para llamar a su hermana Wendy, que no le cogió el teléfono, como siempre.

Y después.

Después había alguien en el vestíbulo.

Había una conversación. Se acordaba de haberse reído. Se acordaba nítidamente de la sensación de reírse, de la vibración en el pecho, y de que había sido una risa auténtica, no de las de cortesía profesional.

No se acordaba de la cara.

—Hay dinero —dijo Sarah. Le salió más firme de lo que esperaba, y eso le dio un segundo de esperanza absurda—. En serio. Puedo transferirlo esta noche. Ahora mismo, desde el móvil. Dígame la cifra.

—Sarah.

—Escúcheme. Tengo firma en cuentas de clientes, tengo fondos en depósito, tengo—

—Sarah. —La voz no subió de volumen. Solo se acercó—. Ese es exactamente el problema.

Una silla arrastró en el suelo de madera.

Y entonces la figura entró en su campo visual, y Sarah tuvo el primer momento de vértigo real de la noche.

Lo conocía.

O no. Casi. Era la sensación exacta de ver a alguien fuera de contexto: al cartero en el supermercado, al camarero de tu bar en un aeropuerto de otro país. Ese hueco de dos segundos en que el cerebro sabe perfectamente que ha archivado esa cara pero no encuentra la carpeta.

Era un hombre de unos treinta y muchos. Cara corriente. Ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, con una chaqueta oscura y unos vaqueros y unas botas de trabajo con barro seco en los bordes. La

clase de hombre del que un testigo, en un estrado, no puede decir absolutamente nada útil.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—Sí.

—¿De dónde?

—Eso es lo interesante. —Se sentó. Cruzó las manos sobre la rodilla, sin ninguna prisa—. Va a pasar buena parte de esta noche intentando responder esa pregunta. Y no va a llegar. No porque no me recuerde, sino porque me va a recordar mal. Va a recordar a la persona equivocada.

Sarah giró la cabeza todo lo que la posición le permitía.

Velas. Docenas.

Velas blancas baratas, de las de supermercado, sin aroma, sin decoración, colocadas directamente sobre el suelo formando un rectángulo perfecto alrededor de la mesa. Habría cuarenta o cincuenta. Algunas se habían consumido hasta la mitad; llevaban horas encendidas.

Su primer pensamiento fue ritual, y ese pensamiento le duró tres segundos, hasta que la parte analítica volvió a tomar el control y le señaló que las velas no formaban ningún símbolo, ninguna estrella, ningún círculo.

No era ritual. Era iluminación.

La cabaña no tenía electricidad y él necesitaba ver bien lo que iba a hacer.

Eso, de algún modo indescriptible, fue peor que cualquier cosa que hubiera imaginado en los tres segundos anteriores.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó.

—Una hora y cuarenta minutos.

—¿Me ha drogado?

—Sí. Y ya se le está pasando, que es la razón de que hasta ahora no hayamos podido hablar. —Se inclinó un poco—. Sarah, le

voy a explicar exactamente cómo va a ir esto, porque creo que se lo debo y porque la incertidumbre es peor que casi cualquier otra cosa. Yo voy a hacerle preguntas. Usted va a intentar contestarlas de la manera que menos le duela. Y las dos cosas van a durar bastante.

—¿Va a matarme?

Fue la primera vez que él tardó en contestar.

—Sí.

Sarah cerró los ojos.

Sintió cómo se le llenaban de agua caliente por debajo de los párpados, y sintió también, con un asco por sí misma que no supo dónde colocar, que una parte de su cerebro estaba tomando nota del tono de aquella respuesta y clasificándola como creíble.

—Bradley Harrison —dijo él.

El nombre le cayó encima como agua fría.

—Dos mil tres —continuó—. El estado tenía material genético en una prenda de la víctima. Prueba limpia. Y usted encontró que el técnico del laboratorio había firmado el registro de cadena de custodia con cuarenta minutos de retraso. —Hizo una pausa—. Cuarenta minutos, Sarah. Argumentó dos horas y once minutos sobre cuarenta minutos. He leído la transcripción entera. Es un trabajo brillante. Se lo digo en serio, sin ironía: es de las mejores mociones que he leído en mi vida.

—Era mi obligación profesional —dijo ella.

Las palabras le salieron automáticas, gastadas de tanto usarlas en cenas, en clases de la facultad, en discusiones con su hermana en Navidad.

—Todo acusado tiene derecho a una defensa efectiva. El sistema no funciona si la defensa no es vigorosa. Si yo empiezo a decidir a quién defiendo según lo que yo creo que hizo, entonces ya no hay juicio, hay linchamiento con toga.

—Es un buen argumento —dijo él.

—Es el argumento.

—Sí. Y lo ha dicho usted muy bien, y sin pensarlo, lo cual me dice que lo ha dicho muchas veces. —Se echó atrás—. Michelle Wolcott.

Sarah se calló.

—Ese era el nombre de la chica. Tenía diecinueve años. —La voz seguía exactamente igual—. Después del juicio dejó la universidad. Se mudó tres veces en cuatro años. En 2016 desapareció de todos los registros y nadie la buscó de verdad, porque para entonces ya era la clase de persona de la que la gente asume que simplemente se va.

—Yo no—

—Bradley Harrison salió en libertad el once de junio de 2003. El diecinueve de agosto lo hizo otra vez. En noviembre otra vez. Y en 2005 una tercera. —Enumeró sin énfasis, como quien lee una factura —. Tres mujeres en veinticuatro meses. Todas ellas existen en el mundo, ahora mismo, esta noche, con lo que él les hizo dentro, porque cuarenta minutos de retraso administrativo le parecieron a usted más importantes que el resto de sus vidas.

—Yo no lo puse en la calle. Lo hizo el juez.

—Le dio al juez el arma y se fue antes de oír el disparo.

Y entonces, por primera vez, algo se movió en su cara.

No fue ira. Sarah había visto ira en salas de tribunal durante veinte años y sabía exactamente cómo era. Esto se parecía más al cansancio.

—Y luego usó ese caso en su biografía profesional —dijo él—. Lo he leído en la web de su despacho. «Reconocida a nivel nacional por su dominio de los procedimientos probatorios en materia penal». Segundo párrafo. —La miró—. Lo puso de adorno, Sarah.

Ella no dijo nada.

Porque era verdad. Porque lo había escrito ella misma en 2011, en el despacho, un martes por la tarde, con un café al lado, y

porque se acordaba de haber dudado tres segundos y de haberlo dejado igual.

—¿Qué quiere? —susurró.

—Que lo diga.

—¿Que diga qué?

—Que lo sabía. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. No que se equivocó. No que el sistema es imperfecto. No que usted era una pieza pequeña de una máquina grande. Eso ya me lo sé, Sarah, y es verdad, y no me sirve. —Bajó la voz—. Quiero que diga que lo miró a los ojos en aquella sala y supo exactamente qué clase de animal estaba soltando, y que lo hizo igual, y que aquella noche durmió bien.

El silencio de la cabaña se llenó con el sonido de la lluvia sobre el tejado podrido.

Sarah pensó, con una lucidez terrible, que había una respuesta correcta y que él sabría inmediatamente si era mentira.

—Y si lo digo —preguntó—, ¿me deja ir?

—No.

Fue la honestidad lo que la rompió. No la amenaza. La honestidad.

Sarah Chen, socia directora, cuarenta y ocho años, tres portadas de revista sectorial, dos divorcios, una hermana que no le coge el teléfono, empezó a llorar por primera vez desde 2013.

Lloró de una manera fea y sin dignidad ninguna, con la boca abierta y el pecho subiendo a saltos, atada a una mesa de roble en una cabaña sin electricidad a veintiséis kilómetros del hotel donde tenía una maleta abierta y una ponencia impresa para la mañana siguiente.

—Está bien —dijo él, y sonó casi amable—. Eso también sirve. Tenemos toda la noche.

Se levantó. Sacó algo del bolsillo interior de la chaqueta.

Sarah no lo vio bien. Solo vio el gesto: el cuidado con que lo desenvolvió de un paño, la manera en que comprobó el filo contra la yema del pulgar y lo volvió a girar hacia la luz, sin ningún dramatismo, como un carpintero revisando una herramienta antes de empezar la jornada.

—Voy a empezar por el antebrazo izquierdo —dijo—. Los primeros no van a dolerle tanto como espera.

La miró.

—Y esa va a ser la parte que más la asuste.

Capítulo 1
Tres de tres

Hospital Mercy Medical, Oshkosh. 17 de marzo de 1987. 2:14 a.m.

Treinta y siete años antes, Eleanor Kopelman también estaba atada a una mesa.

Nadie lo llamó así, claro. Lo llamaron posición de litotomía, y sujeción por seguridad materna, y la enfermera que le ajustó las correas de los tobillos lo hizo con una sonrisa profesional y un comentario sobre lo mucho que había nevado para ser marzo. Pero Eleanor tenía veintidós años, estaba boca arriba bajo una luz que le quemaba las retinas, y no podía mover las piernas.

Habían llegado al hospital a la una menos veinte.

Robert había conducido el Buick con una mano en el volante y la otra golpeando el salpicadero cada vez que un semáforo tardaba, y le había dicho cuatro veces que respirara, y una de esas cuatro se lo había dicho gritando.

En el aparcamiento había tenido que parar el coche y salir a vomitar. Eleanor lo vio por el retrovisor, doblado sobre el capó de un Oldsmobile ajeno, y pensó, entre dos contracciones, con una claridad que después le pareció profética: este hombre no va a servir para esto.

—Respire, Eleanor —dijo la doctora Chen desde algún lugar entre sus rodillas—. Y cuando yo se lo diga, empuja.

La doctora Amelia Chen tenía treinta y cuatro años y llevaba once meses en el Mercy Medical. Había venido desde Milwaukee. Era la única mujer del servicio de obstetricia y llevaba once meses oyendo bromas sobre ello.

Aquella noche estaba de guardia con dos enfermeras y un residente de segundo año llamado Petrelli, que se pasó el parto entero pegado a la pared.

El ecógrafo había dicho gemelos.

Lo había dicho en enero y lo había repetido en febrero, con la misma técnica y el mismo aparato, y Eleanor había pasado ocho semanas ajustando su vida entera alrededor de la palabra dos.

Dos cunas. Habían comprado dos cunas de segunda mano a una mujer de Neenah, blancas, con un arañazo idéntico en el mismo travesaño, lo cual les había hecho gracia en su momento.

Dos nombres. Dos de todo.

Marcus llegó a las 2:34.

Salió con la cabeza girada, resbaladizo y azul, y durante tres segundos que Eleanor recordaría durante el resto de su vida no hizo absolutamente ningún ruido.

El silencio de aquellos tres segundos fue la cosa más larga que Eleanor había vivido.

Después la doctora Chen le pasó un dedo por el interior de la boca, con un gesto rápido y limpio, y el niño tomó aire, y el grito que soltó fue el sonido más limpio que Eleanor había oído nunca en su vida.

—Niño —dijo alguien—. Tres kilos cien.

—¿Está bien? —Eleanor intentó incorporarse. Las correas la sujetaron y el tirón le arrancó un quejido—. ¿Está bien? ¿Por qué no lloraba?

—Está perfecto. Ahora concéntrese, que falta el hermano.

Michael llegó a las 2:41 y no necesitó que nadie le limpiara la boca.

Empezó a gritar antes de estar fuera del todo, un berrido furioso e indignado que llenó el paritorio entero y que hizo reír a la enfermera de la izquierda, una mujer mayor con acento de Minnesota.

—Este ya sabe lo que quiere —dijo.

—Tres kilos cuatrocientos —dijo la otra.

Eleanor se dejó caer contra la camilla.

Estaba temblando. Le castañeteaban los dientes de una manera que no podía controlar y le pareció ridículo, casi ofensivo, porque hacía calor en aquella sala, un calor húmedo y sofocante que olía a desinfectante y a sangre y a algo dulce que no supo identificar.

—Ya está —dijo, más para sí misma que para nadie—. Ya está. Ya está.

—Eleanor.

Algo en el tono de la doctora Chen hizo que todo el ruido de la habitación se apagara de golpe.

Eleanor levantó la cabeza dos centímetros.

La doctora se había puesto de pie. Tenía una mano todavía dentro de ella y la otra apoyada en su abdomen, presionando hacia abajo con una expresión que Eleanor no le había visto en once meses de consultas.

—Eleanor, necesito que me escuche. Hay otro.

—¿Qué?

—Hay un tercer bebé. Está ahí. Lo estoy tocando ahora mismo.

—Eso no es posible.

—Eleanor—

—Eso no es posible. —Su voz subió y se rompió por la mitad—. Son dos. Me dijeron dos. Lo vi en la pantalla, en enero y en febrero, había dos, yo los vi, había dos manchas y usted me las señaló con el bolígrafo—

—A veces uno se coloca detrás del otro y el aparato no lo separa. Pasa. Es raro, pero pasa, y no significa que le ocurra nada malo. —La doctora Chen le buscó los ojos y se los sostuvo, y esa fue la única cosa de aquella noche que a Eleanor le sirvió de algo—. Escúcheme. Está encajado. Y necesito que empuje ahora. No dentro de un minuto. Ahora.

Después, durante años, Eleanor intentaría recordar aquel momento y solo encontraría fragmentos.

La luz. El zumbido del fluorescente de la izquierda, que tenía una intermitencia mínima que solo se notaba si la mirabas fijamente, y ella la miró fijamente durante lo que le pareció una hora. La cara del residente Petrelli pegada a la pared, blanco como el papel. La mano de una enfermera en su hombro, apretando.

Y la sensación absoluta, física, indiscutible, de que su cuerpo ya no le pertenecía. De que era un edificio del que estaban saliendo desconocidos.

Y una idea, cristalina y horrible, que le atravesó el cráneo entre dos empujones:

No los quiero.

No a este. A ninguno de los tres.

Nunca se lo contó a nadie.

Ni a Robert, ni al psiquiatra que le asignaron cuatro años después, ni al párroco de Saint Vincent, ni a su hermana, ni a las tres mujeres del grupo de apoyo al que fue seis veces en 1993.

Se la llevó entera, intacta, sin abrir, durante treinta y siete años.

Y solo la dijo en voz alta una vez, en noviembre de 2024, sentada en el sillón de su propio salón, frente a un detective con la cara gris de no dormir.

El tercer niño llegó a las 2:52.

No lloró.

La doctora Chen lo levantó. Le limpió la cara con una gasa. Le pasó el dedo por el interior de la boca igual que había hecho con el primero.

El niño tomó aire.

Movió una mano.

Y abrió los ojos.

—¿Por qué no llora? —Eleanor intentaba verlo y no podía, y la enfermera le apretaba el hombro para que no se moviera—. ¿Por qué no llora? ¿Por qué no llora ese?

—Está respirando. Está rosado. Tiene buen tono. Está perfectamente. —La doctora Chen lo giró un poco para que la madre pudiera verlo—. Este simplemente ha decidido mirar antes de opinar.

Se rieron.

Se rió la doctora Chen, se rió la enfermera Patricia Morrison, y se rió incluso el residente Petrelli, con esa risa de alivio que sale al final de las cosas.

Años después, dos de aquellas tres personas recordarían haberse reído y ninguna de las dos entendería del todo por qué aquel recuerdo insignificante se les había quedado clavado como una astilla.

Patricia Morrison lo declararía en 2025, a los setenta y un años, ya jubilada, en una vista de determinación de pena, y le temblaría la voz al decirlo.

El niño no parpadeaba.

Tenía los ojos abiertos, azules, todavía nublados de líquido, y los movía muy despacio por la habitación.

Techo. Luz. Cara. Cara. Cara.

Eleanor lo miró mirar.

Y sintió, muy abajo, en un lugar del cuerpo que no supo nombrar hasta mucho después, un pequeño escalofrío absurdo del que se avergonzó inmediatamente.

Los pasaron a la nursery a las cuatro y diez.

Robert entró en la habitación a las cuatro y media, cuando ya la habían limpiado y cambiado y le habían puesto la vía en el otro brazo.

Olía a cerveza y a tabaco frío. Se había fumado seis cigarrillos en el aparcamiento y se había tomado dos cervezas en el Kelly's, que

cerraba a las dos, entre la una y las dos menos cuarto, aprovechando que le habían dicho que aquello iba para largo.

Llevaba en la mano un puro sin encender, comprado en la gasolinera de la 41.

Y llevaba en la cara una sonrisa enorme, auténtica, sin doblez ninguna, que Eleanor no volvería a verle nunca del mismo modo.

—Tres —dijo—. Tres, Ellie. Joder.

—Sí.

—Tres chicos. —Se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano con las dos suyas—. ¿Estás bien? Dime que estás bien.

—Estoy bien.

—Tres.

Se quedó ahí un rato, sacudiendo la cabeza y riéndose solo, y en aquel momento, con la mano de su marido apretándole los dedos y el cuerpo entero temblando por debajo de las mantas, Eleanor tuvo un instante de algo parecido a la esperanza.

Duró aproximadamente once meses.

—¿Cómo se van a llamar? —preguntó Patricia Morrison, más tarde, cuando ya los tenían limpios y envueltos y alineados en tres cunas idénticas de plástico transparente al otro lado del cristal.

Eleanor los miró desde una silla de ruedas.

Estaban dormidos los tres. Y eran, hasta un punto que le pareció casi obsceno, la misma criatura repetida: la misma frente estrecha, la misma barbilla, el mismo remolino de pelo oscuro naciendo en el mismo lado exacto del cráneo.

Miró de una cuna a otra tres veces buscando una diferencia.

No encontró ninguna.

—Marcus, Michael y Mason —dijo Robert desde la puerta.

Llevaba diez minutos ahí de pie, apoyado en el marco, con el puro todavía sin encender.

—Los tres con eme —dijo, encantado—. Como yo. Robert Michael Kopelman. Es una tradición de la familia.

No era ninguna tradición. Se la acababa de inventar en aquel pasillo, con el puro en la mano.

Pero Eleanor estaba demasiado cansada para discutir, y las tres tarjetas ya se habían rellenado antes de que nadie le preguntara si a ella le parecía bien, y a las nueve de la mañana ya se lo había dicho a su madre por teléfono, y a mediodía ya estaba en el periódico local.

—Van a necesitar pulseras —dijo Patricia—. Azul, roja y verde. Y no se las quiten en casa hasta que ustedes mismos los distingan sin mirar. Créame.

—Yo distingo a mis hijos —dijo Robert.

Patricia Morrison sonrió con la paciencia acumulada de veinte años en maternidad.

—Claro que sí.

Robert Kopelman confundiría a sus hijos por primera vez cuarenta y un días después.

Castigaría a Michael por algo que había hecho Mason —un biberón tirado, nada, una tontería— y no se enteraría nunca. Lo volvería a hacer en septiembre, y en enero, y otra vez en abril, y a partir de los cuatro años dejó de intentar distinguirlos del todo y empezó a llamarlos chicos, en bloque, como se llama a un rebaño.

Eleanor no.

Eleanor los distinguía. Siempre. Sin fallar una sola vez en treinta y siete años.

Nunca supo explicar cómo. No era la cara: la cara era exactamente la misma, y en las fotografías de la infancia ni ella misma acertaba. Era otra cosa. Era el modo en que cada uno ocupaba el aire de una habitación.

Marcus se pegaba. Buscaba el pecho, la mano, el latido; se dormía con los dedos agarrados a la tela de la bata como si temiera

que su madre se fuera flotando si la soltaba.

Michael empujaba. A los dos meses ya se giraba solo. A los seis se levantaba en la cuna agarrado a los barrotes, con una determinación absurda y furiosa que a Eleanor le daba risa y también otra cosa.

Y Mason miraba.

Eso era todo. Miraba.

La observaba dar de comer a sus hermanos con una atención serena e interminable, sin protestar por su turno, sin exigir, sin llorar de hambre. Y cuando por fin le tocaba, comía en silencio, sin apartar los ojos de la cara de su madre ni una sola vez.

Una noche de octubre, cuando tenían siete meses, Eleanor se despertó a las tres de la madrugada con la certeza física de que alguien la estaba mirando.

Robert dormía a su lado, boca arriba, roncando.

Se quedó quieta un minuto entero, con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando.

Después se levantó. Cruzó el pasillo descalza. Empujó la puerta del cuarto de los niños.

Marcus dormía. Michael dormía, atravesado en la cuna, con un pie fuera.

Y Mason estaba de pie, agarrado a los barrotes, en silencio absoluto, mirando directamente hacia la puerta.

Hacia ella.

Eleanor Kopelman se quedó helada en el umbral durante lo que le parecieron minutos y probablemente fueron ocho o nueve segundos.

Después entró, lo levantó, lo meció, le cantó en voz baja, le acarició la espalda con la palma abierta hasta que se durmió y después un rato más.

Y a la mañana siguiente no se lo contó a nadie.

Porque ¿qué iba a contar? ¿Que un bebé se había despertado por la noche? ¿Que un bebé de siete meses la había mirado?

Los bebés miran. Es lo que hacen. Es literalmente su único trabajo.

Eso fue lo que Eleanor Kopelman se dijo a sí misma aquella mañana de octubre de 1987.

Y lo que siguió diciéndose, con distintas palabras y en distintas cocinas, durante los treinta y siete años siguientes.

Capítulo 2
1342 Merritt Avenue

Oshkosh, Wisconsin. Otoño de 1991.

La casa era de dos plantas, revestimiento de vinilo color crema, con un arce en el jardín delantero que en octubre se ponía de un rojo por el que la gente frenaba al pasar.

Robert la compró en abril de 1986, once meses antes del parto, con una entrada que le prestó su padre y que no devolvió nunca. Costó sesenta y dos mil dólares. Tardó cuatro meses en pintar el porche y no volvió a pintarlo jamás.

Desde fuera era exactamente lo que él había querido comprar: la prueba física de que un hombre de veintiocho años sin estudios universitarios podía hacerlo bien en Wisconsin si trabajaba lo suficiente.

Desde dentro tenía dos zonas horarias.

La de arriba pertenecía a Eleanor. El dormitorio principal con las cortinas corridas de una tela verde que en algún momento había sido bonita, la moqueta que absorbía el sonido de los pasos, el olor a cerrado, el vaso en la mesilla de noche.

La de abajo pertenecía a los niños hasta las siete de la tarde, y a Robert después.

Los tres aprendieron a moverse entre las dos antes de aprender a leer.

—¿Mamá?

Marcus tocó la puerta con los nudillos. Tres golpes suaves, espaciados. Tenía cuatro años y siempre tocaba primero, incluso cuando la puerta estaba entreabierta, incluso cuando ya sabía que estaba despierta.

—¿Estás despierta?

Silencio.

—Traje agua.

Un sonido de sábanas.

—Pasa, cielo.

La habitación olía a cerrado y a algo dulce y químico que Marcus no supo identificar hasta los quince años, y cuando lo identificó fue en el pasillo de un supermercado, delante de una estantería, y tuvo que salir a la calle.

Dejó el vaso en la mesilla, apartando con cuidado el otro vaso, el que ya estaba, sin hacer ruido con el cristal. Después se sentó en el borde de la cama, en el lado de los pies, donde no molestaba.

No dijo nada.

Ese era su método y a los cuatro años ya lo tenía perfeccionado: no preguntar, no exigir, no pesar. Simplemente estar. Se quedaba veinte minutos, media hora, con la espalda recta y las manos sobre las rodillas, respirando despacio, mirando el dibujo de la colcha.

A veces Eleanor le acariciaba el pelo sin girarse.

A veces no.

Ese día sí.

—Eres un niño muy bueno —dijo, con la voz espesa y arrastrada de las once de la mañana.

Marcus guardó esa frase como quien guarda una moneda encontrada en la calle.

La usaría durante los treinta y tres años siguientes, cada vez que necesitara saber quién era. La usaría a los trece, quieto a dos metros de un chico de quince tirado en el barro. La usaría a los diecisiete, en una cafetería de la carretera 151, para poder decir la palabra vale. Y la usaría a los treinta y siete, sentado frente a un detective en una sala sin ventana, y esa última vez no le funcionaría.

Abajo, en el salón, Michael estaba negociando.

—Si me das el mando ahora, puedes tenerlo todo el sábado.

—El sábado no dan nada bueno —dijo Mason.

—Dan más horas. Yo cuento las horas, no los programas. —Michael levantó cuatro dedos—. Cuatro horas el sábado contra veinte minutos ahora. Es matemática.

—No sabes contar hasta cuatro.

—Sí sé.

—Cuenta.

Michael contó hasta veinte sin equivocarse, muy deprisa, mirándolo fijamente, y después se quedó esperando con la mano extendida.

Mason lo miró desde el suelo, donde estaba tumbado boca abajo con la barbilla sobre los antebrazos.

No tenía ningún interés en el mando. Nunca lo había tenido. Pero había descubierto, hacía un par de meses, que si fingía interés en algo, Michael empezaba a ofrecerle cosas, y que ver a Michael ofrecer cosas era considerablemente más entretenido que la televisión.

—Vale —dijo—. Pero también quiero tu postre el martes.

—Hecho.

Michael cogió el mando, satisfecho, con la satisfacción específica y completa de quien ha cerrado un trato ventajoso.

Ninguno de los dos mencionó que Mason odiaba el postre de los martes, que era flan, y que llevaba un año dándoselo a escondidas al perro de los Dobrowski por el hueco de la valla.

A las 19:10 la puerta del garaje hizo su ruido de metal viejo.

Los tres niños se quedaron quietos.

Esta era la parte importante. La que ningún adulto vio nunca, la que no aparece en ningún expediente de servicios sociales, la que los tres ejecutaron durante once años con la precisión de un equipo de cirugía.

Los primeros cuatro segundos.

Sonido de puerta. Sonido de llaves cayendo sobre la encimera de la cocina. Y entonces el sonido diagnóstico, el único que importaba: los pasos.

Pasos rápidos y ligeros: buen día. Habría cena juntos. Habría quizá una broma, quizá les revolvería el pelo, quizá contaría por tercera vez la historia del cliente de Fond du Lac.

Pasos pesados y arrastrados: día malo pero silencioso. Se iría al sofá con una cerveza y lo importante era no existir demasiado cerca.

Pasos irregulares, con una pausa en medio —un paso, otro, una detención de medio segundo, otro paso—: peligro. Significaba que había parado en el Kelly's de camino a casa.

Esa noche hubo pausa.

Marcus se levantó inmediatamente y empezó a recoger los juguetes del suelo, apilándolos contra la pared, en silencio, con las dos manos.

Michael apagó la televisión, cruzó el salón, cogió un libro de la escuela de encima del aparador y lo abrió por una página cualquiera.

Mason no hizo nada.

Mason se quedó exactamente donde estaba, tumbado en la alfombra, con la barbilla sobre los antebrazos, mirando la puerta.

—Muévete —susurró Marcus.

—No.

—Mason.

—No.

Robert entró.

Recorrió el salón con la mirada del modo en que un hombre revisa una factura que sospecha equivocada. Tenía la corbata floja y una mancha en la camisa a la altura del bolsillo.

Vio a Marcus recogiendo. Vio a Michael leyendo. Vio a Mason en el suelo, sin hacer absolutamente nada, mirándolo.

—¿Qué? —dijo Robert.

Mason no respondió.

—Te he hecho una pregunta.

—No has hecho una pregunta —dijo Mason—. Has dicho qué.

Robert cruzó el salón en cuatro pasos.

Marcus se puso de pie con un camión de plástico todavía en la mano, sin saber qué hacer con el cuerpo. Michael dejó de fingir que leía pero no cerró el libro; lo mantuvo abierto sobre las rodillas, como si el libro fuera a servirle de algo.

—Levántate.

Mason se levantó.

Sin prisa. Sin miedo visible. Se sacudió la camiseta con dos golpes de la mano, cosa que hizo que a Marcus se le encogiera el estómago, porque era exactamente lo que hacía su padre al levantarse del sofá.

Tenía cuatro años. Le llegaba a Robert por debajo del cinturón. Y lo miró hacia arriba con esa cara suya de estar tomando notas.

—¿Qué me estás mirando? —dijo Robert.

—Te veo.

—¿Qué?

—Te veo la cara de verdad.

Hubo un segundo entero de silencio absoluto.

El frigorífico de la cocina eligió ese momento para arrancar el motor, y el zumbido llenó la casa.

Y entonces Robert Kopelman hizo algo que ninguno de sus hijos había visto nunca y que Marcus recordaría con una claridad quirúrgica treinta y tres años más tarde, sentado en una silla de plástico frente a una grabadora encendida:

Retrocedió.

Fue medio paso. Casi nada. El cuerpo de un hombre adulto de un metro ochenta y cinco apartándose medio paso del cuerpo de un niño de cuatro años que le llegaba a la hebilla del cinturón.

Después se puso rojo desde el cuello hacia arriba.

Y después gritó.

—¡A vuestro cuarto! ¡Los tres! ¡AHORA!

Subieron corriendo, los tres a la vez, atascándose en el primer escalón.

Se metieron en la cama sin cenar y sin lavarse los dientes. Marcus se puso el pijama; los otros dos no.

A las nueve y veinte oyeron el primer golpe abajo. No un golpe de puño: un golpe de algo contra algo, un mueble, una puerta.

A las nueve y media oyeron a su madre llorar. El llanto de Eleanor tenía un sonido específico, agudo y contenido, como si estuviera intentando hacerlo dentro de una almohada y no le saliera del todo.

A las diez menos cuarto oyeron un vaso romperse contra algo duro.

Y a las diez y cinco oyeron la puerta de la calle y el coche arrancando, lo cual significaba que se iba y que ya se podía respirar.

Marcus lloraba en silencio, boca abajo, con la cara metida en la almohada y las dos manos agarradas al borde del colchón.

Michael tenía los ojos abiertos, mirando el techo, calculando.

Ya entonces calculaba. Si mamá se fuera. Si viniera la policía. Si yo fuera mayor. Si llamáramos al abuelo. Si mamá se fuera y nos llevara. Si mamá se fuera y no nos llevara.

Michael Kopelman tenía cuatro años y siete meses y estaba construyendo, en la oscuridad de un cuarto infantil de Oshkosh, Wisconsin, el primer árbol de decisiones de su vida.

Y Mason, en la cama de al lado de la ventana, estaba sonriendo.

No de alegría.

Marcus lo vio a la luz naranja de la farola de la calle, que entraba por la rendija de la persiana y le cruzaba la cara en una franja, y no supo describirlo hasta muchos años después, cuando ya era doctor en Psicología Clínica y tenía vocabulario técnico para todo.

Era la sonrisa de alguien que acaba de confirmar una hipótesis.

Mason había descubierto esa noche, a los cuatro años, algo que le resultó absolutamente fascinante:

Que él, un niño pequeño y sin ningún poder, sin fuerza física, sin dinero, sin permiso para cruzar solo la calle, había hecho retroceder medio paso a un hombre adulto usando exclusivamente palabras.

Que las personas tienen una cara que enseñan y otra que esconden.

Y que si nombras la escondida en voz alta, se rompen.

Interludio
Robert Kopelman, Cape Coral

Florida. Marzo de 1997 - noviembre de 2024.

Robert Kopelman se fue de Wisconsin el 14 de marzo de 1997, tres días antes del décimo cumpleaños de sus hijos, en un Buick con el maletero lleno y sin decir a dónde iba.

Llamó desde una gasolinera de Kentucky a los dos días.

—Estoy bien.

—¿Dónde estás? —dijo Eleanor.

—Estoy bien.

Y colgó.

Se instaló en Cape Coral, Florida, con una mujer llamada Dolores Vance que trabajaba en una inmobiliaria y a la que había conocido en 1995 en una convención de ventas en Milwaukee.

Vivieron juntos veintiocho años.

Ella no supo casi nada.

Sabía que tenía tres hijos y que eran trillizos. Sabía sus nombres. No supo, hasta noviembre de 2024, que uno de ellos había matado a cinco personas y que otro estaba a punto de ir a la cárcel, porque se enteró por la televisión mientras planchaba.

—¿Estos son tus hijos? —dijo, de pie en el salón, con la plancha en la mano.

Robert Kopelman tenía setenta y seis años, enfisema y una bombona de oxígeno con cánula nasal que llevaba desde 2021.

Miró la pantalla durante unos segundos.

—Sí —dijo.

—Robert.

—Sí. Son ellos.

Y volvió a mirar la televisión y no dijo nada más en toda la tarde.

Tom Brenner voló a Fort Myers el 3 de diciembre de 2024.

No tenía ninguna esperanza de sacar nada útil. Robert Kopelman llevaba veintisiete años sin vivir con sus hijos, no había sido interrogado nunca por nada y no figuraba en ningún expediente.

Fue porque era el padre.

Y porque Rachel Kim le dijo, en el aeropuerto de Milwaukee, una frase que a Tom se le quedó dentro:

—Vaya, detective. No por lo que sepa. Por lo que no sepa.

La casa era de una planta, con el césped seco y una furgoneta sin ruedas en la entrada.

Robert Kopelman lo recibió en el porche, sentado, con la bombona al lado.

—Usted es el policía.

—Sí, señor.

—Siéntese, que yo no me levanto.

Hablaron una hora y cuarenta minutos.

Fue, según Tom le contaría después a Rachel, la conversación más deprimente de todo el caso, y no por lo que aquel hombre dijo, sino por lo que no fue capaz de decir.

—¿Cuál de sus hijos fue? —preguntó Robert, al principio.

—Mason.

—¿Cuál es Mason?

Tom se quedó mirándolo.

—Señor Kopelman.

—No es lo que usted está pensando. —Robert se ajustó la cánula—. Yo sé cuáles son mis hijos. Marcus, Michael y Mason. Los tengo aquí. —Se dio un golpecito en la sien—. Pero no sé cuál es cuál. Nunca lo supe. Y ahora hace veintisiete años y ya... ya no hay manera.

—Marcus era el que ordenaba.

—Ese lo recuerdo.

—Michael era el que discutía.

—Ese también.

—Mason era el que miraba.

Y Robert Kopelman, setenta y seis años, enfisema, veintisiete años en Florida, se quedó muy quieto en su silla de plástico del porche.

—Ah —dijo—. Ese.

—¿Lo recuerda?

—Ese me daba miedo.

Lo dijo así, sin dramatismo, mirando el césped seco.

—¿Por qué?

—Porque me miraba. —Se encogió de hombros—. Yo llegaba a casa y los otros dos hacían cosas, ¿sabe? Recogían, o se escondían, o me contaban algo del colegio. Y ese se quedaba quieto y me miraba a la cara.

—¿Y qué hacía usted?

—Yo gritaba.

—¿Y él?

—Él seguía mirando.

Robert Kopelman tosió durante casi un minuto.

Cuando se recuperó, dijo la única frase de aquella tarde que Tom Brenner anotó literalmente, en el coche de alquiler, en el aparcamiento, antes de arrancar:

—Una vez me dijo que me veía la cara de verdad. Tenía cuatro años. —Se pasó la mano por la boca—. Y yo llevo cuarenta años sabiendo que era verdad, señor. Que él la veía. Y que no le gustó.

Tom le preguntó por Eleanor.

Robert dijo que había sido una mujer enferma y que él no había sabido llevarlo.

Tom le preguntó por la clavícula.

Robert Kopelman se quedó callado veintitrés segundos —Tom los contó— y después dijo:

—Eso fue una vez.

—Fue en enero de 1995.

—Fue una vez.

—¿Hubo otras?

—Fue una vez —dijo por tercera vez, y era evidente que aquella frase llevaba treinta años funcionando y que iba a seguir funcionando hasta el final.

Tom no insistió.

Al despedirse, ya de pie, con el sol de Florida cayendo en diagonal sobre el porche, Robert Kopelman le preguntó una cosa.

—¿Puedo escribirle?

—¿A quién?

—A ese. A Mason.

Tom se quedó parado en el primer escalón.

—Puede, sí. La dirección es pública. Waupun Correctional Institution.

—¿Y me contestaría?

—No lo sé, señor Kopelman.

—Ya. —Robert asintió despacio—. Ya. Es que no sabría qué ponerle.

Robert Kopelman murió el 11 de agosto de 2025 en un hospital de Fort Myers, de insuficiencia respiratoria, a los setenta y siete años.

Ninguno de sus tres hijos asistió al funeral. Dos estaban presos y el tercero estaba pendiente de que la fiscalía decidiera si repetía su juicio.

Dolores Vance encontró, al vaciar el escritorio, siete cartas empezadas y no terminadas, todas dirigidas a la misma dirección de Waupun.

La más larga tenía cuatro líneas.

La más corta tenía una:

«Hijo: no sé cómo se empieza esto».

Dolores Vance las envió todas juntas, en un solo sobre grande, el 2 de septiembre de 2025.

Consta en el registro de correspondencia de la institución que el interno 771-4402 recibió ese envío el 8 de septiembre.

No consta qué hizo con él.

Capítulo 3
La paloma

Escuela Primaria Washington. Mayo de 1995.

Barbara Patterson llevaba veintidós años enseñando tercero cuando le tocaron los Kopelman, y en septiembre había cometido el error de decirle a la directora que no le parecía para tanto.

—Son tres niños, Barb —le había dicho Dolores Ahrens, que llevaba treinta y uno—. Tres niños con la misma cara.

—He tenido gemelos cuatro veces.

—Gemelos, sí.

Para noviembre había cambiado de opinión.

El problema no era el comportamiento. Los tres eran, en el sentido estrictamente administrativo del término, alumnos excelentes: puntuales, limpios, con los deberes hechos, sin un solo parte de disciplina en todo el curso.

El problema era que no podía distinguirlos.

Y hacia mediados de curso empezó a sospechar algo peor: que ellos lo sabían.

La primera vez fue en octubre.

Puso un examen de multiplicaciones un jueves y lo corrigió el viernes por la tarde en la mesa de la cocina de su casa, con la televisión puesta. Uno de los tres exámenes era un diez limpio, con los procedimientos escritos al margen en una letra pequeña y ordenada que ella identificó inmediatamente como la de Marcus.

Le escribió debajo, en rojo: «Excelente razonamiento, Marcus. Estoy muy orgullosa de ti».

Una semana después, ordenando la carpeta de calificaciones, descubrió que el examen era de Michael.

Se quedó un rato largo con la hoja en la mano.

Después miró hacia la clase, donde los tres niños estaban sentados en tres pupitres distintos de la misma fila, escribiendo los tres con la cabeza inclinada hacia el mismo lado, con el mismo ángulo, con el mismo remolino de pelo oscuro naciendo en el mismo punto del cráneo.

Y no dijo nada. ¿Qué iba a decir?

La segunda vez fue peor.

En enero, Barbara Patterson habría jurado sobre una Biblia que Mason Kopelman había faltado a clase un jueves entero.

Lo recordaba con nitidez fotográfica: el pupitre vacío de la tercera fila, y la sensación de alivio ligero e injustificable que sintió al verlo así, y la vergüenza inmediata que sintió por sentir alivio.

Cuando pasó lista al día siguiente y él contestó, sin levantar la vista del cuaderno, «presente ayer también, señora Patterson», ella fue directamente al registro de asistencia.

Estaba su propia marca junto al nombre.

Su propia letra. Su propio bolígrafo azul.

Aquella noche, en casa, se sirvió una copa de vino que no solía servirse entre semana.

—Es que se ponen de acuerdo —le dijo a su marido, que estaba montando una maqueta de barco en la mesa del comedor y llevaba once meses con ella—. Estoy segura de que se ponen de acuerdo.

—Son críos, Barb.

—Ya lo sé que son críos.

—Pues eso.

—Ray. —Dejó la copa—. Llevo veintidós años con críos. Sé perfectamente la diferencia entre una travesura y un sistema.

Ray Patterson levantó la vista de la maqueta, la miró tres segundos y volvió a bajarla.

—Pues díselo a Dolores.

—Ya.

No se lo dijo a Dolores.

Hacia marzo había empezado, casi sin darse cuenta, a llevar un cuaderno aparte.

No era nada oficial. Era una libreta de espiral de las de la papelería de la esquina, de cincuenta hojas, tapa azul, con el precio todavía pegado en la contraportada. La guardaba en el cajón de abajo de su mesa, debajo de los sobres.

Apuntaba cosas que no encajaban en un expediente.

Y al releerla en junio se dio cuenta, con una incomodidad que la mantuvo despierta esa noche, de que casi todas las entradas eran sobre el mismo niño.

«12 de marzo. M.K. (¿Mason?) pregunta durante la clase de ciencias si un corazón sigue latiendo un rato después de sacarlo. Le digo que en algunos animales sí, brevemente. Pregunta cuánto. Le digo que no lo sé. Insiste: pero se puede medir. Le digo que sí, que en un laboratorio. Asiente y no vuelve a preguntar. Todos los niños preguntan cosas así, es la edad. Lo anoto porque no me gustó el tono. Sonaba a que le importaba la respuesta».

«4 de abril. Doy a la clase el ejercicio de escribe qué harías si fueras invisible durante un día. Veintiséis niños escriben sobre entrar gratis al cine, robar caramelos de la tienda de Nowak, espiar a sus hermanas. M.K. escribe: me quedaría en el mismo sitio y vería lo que hace la gente cuando cree que está sola. Creo que sería lo único interesante. Le pongo un sobresaliente porque objetivamente está bien escrito y es la mejor redacción de la clase».

«22 de abril. Marcus se queda a ayudarme a recoger, como todos los martes. Le pregunto por qué siempre se queda él y no sus hermanos. Dice: porque si no ayudo yo, no ayuda nadie. Le digo que él no es responsable de sus hermanos. Me mira como si le hubiera hablado en otro idioma. Se lo repito de otra manera. Me dice que sí, señora Patterson, y sigue recogiendo».

Y después, la última entrada del curso.

La que Barbara Patterson leería en voz alta veintinueve años más tarde, en una sala de tribunal del condado de Winnebago, con las manos temblándole tanto que un ujier tuvo que sostenerle el papel:

«16 de mayo. Ver anexo».

Ocurrió a la hora del recreo.

Una paloma se había estrellado contra la ventana del gimnasio. Pasaba dos o tres veces al año, siempre en primavera, siempre con ese ruido sordo y sorprendentemente fuerte; era el reflejo del cielo en el cristal, y el conserje llevaba desde 1989 pidiendo que le pusieran una lámina.

Había caído en el rincón de grava, detrás de los contenedores.

No estaba muerta.

Ese fue el problema. Tenía un ala rota que le sobresalía en un ángulo imposible y giraba sobre sí misma en círculos torpes, arrastrándose con la otra ala y con las patas, y hacía un sonido que Barbara Patterson oiría en sueños durante los cuatro meses siguientes: un chirrido corto y repetido, sin ninguna esperanza dentro.

Se formó un corro. Ocho o nueve niños.

—Está sufriendo —dijo Marcus.

Barbara lo recordaba con exactitud porque le sorprendió la palabra. Sufriendo. No se ha hecho daño, no está herida, no se va a morir.

Sufriendo. Un niño de ocho años.

—Voy a buscar al señor Dolan —dijo ella, y se giró hacia el edificio—. Nadie la toca. ¿Me habéis oído? Nadie la toca.

Tardó, como mucho, noventa segundos.

Después los contaría. Los contaría durante veintinueve años. El conserje estaba en el sótano cambiando un fusible y hubo que

llamarlo dos veces desde lo alto de la escalera, y en el segundo grito ya oyó el silencio de fuera y supo que llegaba tarde.

Cuando volvió al patio, la paloma estaba muerta.

Y Marcus Kopelman estaba de rodillas en la grava, con las dos manos todavía puestas sobre el pájaro, llorando de una manera que Barbara no había visto llorar a un niño de ocho años en veintidós años de oficio: sin ruido, con la boca abierta, temblando entero desde los hombros.

—Estaba sufriendo —repetía—. Estaba sufriendo, estaba sufriendo, estaba sufriendo.

Barbara lo apartó, le abrió los dedos uno a uno, lo abrazó contra su falda y lo llevó a la enfermería.

Llamó a su casa y no contestó nadie. Llamó otra vez a la media hora y tampoco.

Le dio un zumo de manzana de la máquina y se sentó a su lado en la camilla, y le dijo que había hecho una cosa muy triste pero muy generosa, y se lo dijo de corazón, porque lo creía entonces y siguió creyéndolo el resto de su vida.

Y solo esa noche, ya en casa, con la libreta azul abierta sobre la mesa de la cocina y Ray montando el mismo barco de siempre, se dio cuenta de lo que no había procesado en el momento.

Había vuelto al patio con el señor Dolan.

Había visto el corro deshecho, los niños dispersándose hacia el otro extremo del patio con esa prisa culpable de los críos.

Había visto a Marcus de rodillas.

Y había visto, tres metros más atrás, apoyado en el contenedor verde, con los brazos cruzados y sin haberse acercado en ningún momento, a Mason.

Mirando a su hermano.

Con una atención que Barbara Patterson, veintidós años de oficio y dos hijos propios criados y casados, no había visto nunca en la

cara de un niño.

No horror. No pena. Ni siquiera curiosidad, que habría sido lo normal y lo sano y lo esperable a los ocho años.

Estudio.

Escribió en la libreta: «16 de mayo. Ver anexo».

Y en el anexo, en una hoja suelta que grapó al final del cuaderno, escribió cuatro líneas y las tachó. Volvió a escribirlas de otra manera y las tachó otra vez. Se levantó, se sirvió agua, se sentó y lo intentó una tercera vez.

Al final dejó una sola frase:

«Marcus mató al pájaro por compasión y se rompió. Mason lo vio hacerlo y aprendió algo. No sé qué. No sé cómo decir esto sin que suene a locura».

No se lo enseñó a nadie.

Lo pensó. Estuvo dos días pensándolo. Llegó a poner la mano en el picaporte del despacho de Dolores Ahrens un miércoles por la mañana y se dio la vuelta antes de entrar, porque se imaginó la conversación completa y supo exactamente cómo terminaba.

Al acabar el curso metió la libreta en una caja de cartón con exámenes viejos y programaciones de años anteriores. La caja fue al desván. El desván se quedó en la casa cuando ella y Ray se mudaron a Green Bay en 2011, y la casa la compró una pareja joven que no subió al desván hasta 2014 y que dejó las cajas donde estaban porque no eran suyas.

En noviembre de 2024, un domingo por la mañana, un detective llamado Tom Brenner llamó por teléfono a una mujer de setenta y nueve años, viuda desde 2019, para preguntarle si por casualidad recordaba a tres hermanos llamados Kopelman.

Barbara Patterson tenía la taza de café a medio camino de la boca.

Contestó antes de pensarlo:

—Recuerdo la paloma.

Capítulo 4
Oshkosh West, promoción del 97

Instituto Oshkosh West. 1993 - 1997.

En el anuario de 1997 hay una página, la ciento cuatro, dedicada a los premios de la promoción.

Son doce categorías votadas por los alumnos. Las de siempre: más probable que triunfe, mejor sonrisa, más simpático.

Los tres hermanos Kopelman aparecen en tres.

Michael ganó «Más probable que sea presidente». Es una fotografía en la que sale de pie, con corbata, señalando la cámara.

Marcus ganó «Mejor oyente». Es la única vez en la historia del instituto que se concedió esa categoría; la propusieron ese año y no se volvió a proponer.

Y Mason ganó una que un profesor intentó vetar y que se publicó igual porque el consejo de alumnos votó a favor.

«El que más sabe de ti».

Debajo de la fotografía, en letra pequeña, hay una frase de tres palabras que alguien del comité del anuario escribió como broma:

«Y no lo dice».

Barbara Patterson vio esa página por primera vez el 12 de marzo de 2025, en una sala de tribunal, proyectada en una pantalla de dos metros a petición de la fiscalía.

Tuvo que apartar la vista.

El instituto Oshkosh West tenía novecientos once alumnos en 1997.

Ochenta y siete profesores. Cuatro orientadores para toda la matrícula, que es una ratio de doscientos veintiocho alumnos por orientador, cuando la asociación nacional recomendaba doscientos cincuenta y el estado no recomendaba nada.

El orientador de los Kopelman se llamaba Wendell Bragg y llevaba diecinueve años en el puesto.

Tom Brenner lo localizó en diciembre de 2024 en una residencia asistida de Fond du Lac. Tenía ochenta y un años, un principio de párkinson y una memoria intacta.

—Los tres de la misma cara —dijo Bragg antes de que Tom terminara la pregunta—. Kopelman.

—¿Los recuerda?

—Recuerdo el expediente.

—¿Qué expediente?

Wendell Bragg se quedó mirando la ventana.

—El que no abrí.

En marzo de 1996, Wendell Bragg recibió una redacción.

Era del ejercicio de tema libre de la clase de literatura, y la profesora se la había pasado a él, en mano, con una nota adhesiva amarilla que decía: «¿Esto es normal?».

La redacción tenía dos folios y estaba firmada por M. Kopelman, sin más.

Nadie supo nunca cuál de los tres la había escrito.

Ese fue el problema entero y es la razón por la que Wendell Bragg no hizo nada, y él lo explicó en 2024 exactamente así, sin defenderse:

—Yo tenía doscientos veintiocho chicos y una redacción firmada con una inicial que valía para los tres. Si convocaba a los padres, ¿a cuál llamaba? ¿Y qué le decía? ¿Señor Kopelman, uno de sus tres hijos ha escrito algo raro y no sé cuál?

—¿Y qué hizo?

—La guardé en el cajón.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que me jubilé en 2001. Después la tiré.

Tom Brenner se pasó dos meses buscando esa redacción.

No apareció.

Lo que sí apareció, en enero de 2025, fue la profesora que la había mandado: Denise Kolbeck, sesenta y siete años, jubilada en Sarasota, que recordaba el texto entero porque lo había leído seis veces antes de decidirse a pasarlo a orientación.

Lo reconstruyó de memoria en una declaración escrita de dos páginas.

Según ella, la redacción no era violenta.

Esa fue la primera cosa que dijo y la repitió tres veces: no era violenta. No había sangre, ni armas, ni amenazas, ni nada que hoy encendería una alarma en cualquier instituto del país.

Era una descripción.

El alumno describía, durante dos folios, a una familia sentada a la mesa cenando. Una familia inventada, no la suya. Cuatro personas.

Y describía, uno por uno, lo que cada uno de ellos estaba pensando y no decía.

Con una precisión que a Denise Kolbeck, que llevaba veintidós años corrigiendo redacciones de adolescentes, le pareció clínicamente imposible para un chico de dieciséis años.

El padre pensaba en el dinero y hablaba del trabajo.

La madre pensaba en irse y hablaba del postre.

El hijo mayor pensaba en la madre y hablaba de deportes.

Y el hijo pequeño no pensaba nada. Solo miraba, y anotaba, y esperaba a que terminara la cena.

—¿Y por qué le preocupó? —preguntó Tom.

—Porque la última línea.

—¿Qué decía la última línea?

Denise Kolbeck la recordaba palabra por palabra, y consta así en su declaración, y el fiscal la leyó en voz alta el 12 de marzo de 2025:

«Lo interesante de las cenas es que todo el mundo está haciendo lo mismo que yo, pero fingiendo que no».

Los tres hermanos Kopelman se graduaron el 6 de junio de 1997.

Michael fue el número tres de la promoción y dio uno de los discursos. Habló ocho minutos sobre el mérito y sobre que las cosas se consiguen. Su padre no fue a la ceremonia; estaba en Florida desde marzo.

Marcus fue el número diecinueve.

Mason fue el número cuarenta y uno, y no asistió a la ceremonia.

Eleanor Kopelman fue.

Se levantó, se duchó, se vistió y se sentó en la fila catorce del gimnasio del instituto Oshkosh West durante dos horas y veinte minutos, con un bolso en el regazo, y aplaudió cuando le tocó a cada uno de sus hijos.

Fue el único acto público al que asistió entre 1994 y 2015.

En la fotografía oficial de la promoción del 97 —una imagen de novecientos once alumnos en las gradas, en cuatro filas, hecha desde el otro extremo del gimnasio— los tres hermanos Kopelman están separados.

Michael en la fila de arriba, en el centro.

Marcus en la segunda, a la izquierda.

Y en el sitio donde debería estar Mason, según el listado alfabético que el fotógrafo entregó al instituto, hay un hueco.

El fotógrafo anotó al dorso: «falta uno».

Nadie lo comprobó.

Capítulo 5
El bosque de Hoffman

Terrenos al norte de Oshkosh. Octubre de 2000. Los trillizos tienen trece años.

Derek Hoffman tenía quince años, pesaba treinta kilos más que cualquiera de ellos y llevaba dos cursos haciéndole la vida imposible a Marcus.

No a los tres.

A Marcus.

Esa era la parte que Michael nunca terminó de entender del todo, y que a Mason, en cambio, le pareció desde el primer día la información más valiosa de todo el asunto: Derek los distinguía.

En un instituto de novecientos alumnos donde los profesores se rendían a la tercera semana, donde el entrenador de fútbol les había puesto números adhesivos en el casco para no equivocarse, donde una sustituta había llamado a los tres por el mismo nombre durante un mes entero sin que nadie la corrigiera, Derek Hoffman sabía cuál era Marcus.

Siempre. Sin fallar. Desde el otro extremo de un pasillo lleno de gente.

—Es porque hueles a miedo —dijo Michael una tarde, tirado en su cama con los pies sobre la pared—. Literalmente. Es química. Feromonas o cortisol o algo. Los depredadores lo detectan.

—Eso no es verdad.

—Es parcialmente verdad. Y aunque no lo fuera, funciona como explicación, que es lo único que le pido a una explicación.

Marcus tenía la ceja partida.

Tres puntos, hechos en el servicio de urgencias del Mercy Medical el sábado anterior por un residente que no levantó la vista de la sutura ni una vez, con una historia sobre una canasta y un

poste metálico que su madre había aceptado sin hacer una sola pregunta de seguimiento.

Eleanor había firmado el papel del hospital con una letra pequeña y cuidadosa, y había preguntado una sola cosa: si le iba a quedar cicatriz.

—Cuéntaselo a alguien —dijo Michael.

—¿A quién?

Ese era el problema y los dos lo sabían perfectamente.

A su padre no. Robert llevaba tres años en Florida y llamaba dos veces al año, por Navidad y por el cumpleaños, y contarle aquello por teléfono habría servido exactamente para nada salvo para oírle decir que un chico tiene que saber defenderse.

A Eleanor tampoco. Aquel mes estaba en una de sus temporadas buenas; llevaba tres semanas levantándose, había hecho el desayuno cuatro días seguidos y el jueves anterior se había pintado los labios para ir al supermercado. Contárselo era empujarla otra vez escaleras abajo, y ninguno de los tres estaba dispuesto a hacerlo por algo que se arreglaba solo con aguantar.

Y al orientador del instituto, el señor Bragg, tampoco. Bragg ya había llamado a casa una vez, en 1998, por una redacción de Marcus sobre el tema libre. Aquella llamada había durado once minutos y había producido una noche que ninguno de los tres mencionaba nunca.

—Entonces devuélvele el golpe —dijo Michael.

—Pesa noventa kilos.

—Entonces aguanta dos años más y vete a la universidad.

Esa era, en esencia, la filosofía de Michael Kopelman a los trece años, y seguiría siéndolo a los treinta y siete: identificar la variable, cuantificar el coste, elegir la ruta óptima.

Aguantar dos años era matemáticamente superior a todas las alternativas disponibles.

Y no era un mal consejo. Ese era el detalle que Marcus tardaría veinte años en digerir: que su hermano nunca le dio un mal consejo. Que si Marcus hubiera aguantado dos años, se habría ido a Madison y Derek Hoffman se habría convertido en una anécdota.

Mason no dijo nada durante toda la conversación.

Estaba en el suelo, con la espalda contra la pared y un libro de biología abierto sobre las rodillas, y llevaba veinte minutos sin pasar de página.

Cuando Michael se durmió, sobre la una de la madrugada, se levantó, cruzó el cuarto y se sentó en el borde de la cama de Marcus.

Marcus estaba despierto. Notó el peso hundiendo el colchón.

—Marcus.

—Qué.

—¿Quieres que pare?

Marcus se quedó mirando el techo.

Había una mancha de humedad justo encima de su cama. Llevaba ahí desde 1996 y tenía forma de perro, o de zapato, según el humor con que la mirara. La miró.

Después, durante los veinticuatro años siguientes, se preguntaría por qué no dijo simplemente no.

Por qué no dijo déjalo. No hagas nada. No es asunto tuyo. Duérmete.

Tuvo la oportunidad. Tuvo cuatro segundos enteros. Y en esos cuatro segundos pensó en la ceja, y en el residente que no levantó la vista, y en su padre preguntando cuánto costaba, y en dos años más de pasillos.

—Sí —dijo.

Y Mason asintió una sola vez en la oscuridad, se levantó y se volvió a su cama.

El sábado siguiente, Derek Hoffman recibió una nota en su taquilla.

Nadie supo nunca qué decía exactamente. Derek no lo contó jamás: ni a sus padres, ni al instituto, ni a su mujer, ni a un detective de Oshkosh en diciembre de 2024.

Pero decía lo suficiente como para que un chico de quince años y noventa kilos fuera solo, a las cuatro de la tarde de un sábado, al camino de tierra que sale detrás del campo de béisbol y entra en la franja de árboles que todo el mundo en Oshkosh llamaba el bosque, aunque no fuera más que sesenta metros de arces y matorral entre dos propiedades privadas.

Los tres estaban esperando.

Marcus no quería estar allí.

Había pasado la mañana entera buscando una manera de no estar allí y no la había encontrado, porque Mason se lo había pedido y porque una parte de él —una parte pequeña, caliente y profundamente humana que le daría vergüenza durante el resto de su vida— quería ver aquello.

Michael tampoco quería estar. Michael quería estar en casa viendo el partido.

Pero Michael entendía algo que Marcus no entendía todavía: que si aquello iba a ocurrir de todos modos, era infinitamente mejor que hubiera un testigo capaz de controlar los daños.

—Reglas —dijo, mientras esperaban, con las manos en los bolsillos y el aliento saliéndole en vaho—. Nada en la cara. Nada que necesite hospital. Y nadie dice una palabra después. Nunca. Ni siquiera entre nosotros.

—¿Por qué nada en la cara? —preguntó Marcus.

—Porque la cara se ve.

—¿Y?

—Un chico con la cara rota va al hospital y en el hospital preguntan. —Michael dio una patada a una piedra—. Un chico con

las costillas moradas dice que se cayó de la bici y todo el mundo lo cree, porque nadie le va a pedir que se levante la camiseta.

Marcus lo miró.

—¿Cómo sabes eso?

Michael no contestó.

Siguió mirando el camino, con el vaho saliéndole por la nariz, y Marcus no insistió, y no volvieron a hablar de ello ni aquel día ni ningún otro.

Veinticuatro años más tarde, sentado frente a una grabadora, Marcus entendería por fin lo que había preguntado sin saberlo: que su hermano tenía trece años y ya había clasificado sistemáticamente los tipos de heridas según cuáles generan preguntas y cuáles no, y que ese conocimiento no se aprende en ningún sitio bueno.

Derek llegó a las cuatro y diez.

Venía andando por el centro del camino, con las manos vacías, y cuando los vio a los tres se detuvo un segundo.

Un segundo entero.

Marcus lo vería en bucle durante años: ese segundo en que Derek Hoffman, quince años, noventa kilos, calculó y decidió que tres chicos de trece años no eran un problema.

Después echó a andar otra vez.

Lo que pasó a continuación duró menos de dos minutos.

Marcus solo recordaría fragmentos, y los recordaría toda la vida en desorden, sin secuencia, como cartas caídas de una baraja.

El sonido de la respiración de Derek, muy alta, casi un silbido, al tercer o cuarto golpe.

El olor a tierra mojada y a hojas podridas.

Michael sujetando un brazo con las dos manos y la cara girada hacia el otro lado, mirando los árboles, como quien sujeta a un perro en la consulta del veterinario.

Una zapatilla. Una zapatilla blanca de Derek, salida del pie, a un metro del cuerpo, con el cordón todavía atado.

Y Mason.

Mason arriba, con una rodilla apoyada en el pecho de Derek Hoffman, golpeando.

No deprisa.

Esa era la parte.

No había furia en aquello. No había esa velocidad frenética y torpe de las peleas de patio, con los brazos girando como aspas. Mason golpeaba despacio, con pausas de dos o tres segundos entre un golpe y otro, y en cada pausa se inclinaba y le miraba la cara.

Comprobando.

Marcus estaba a dos metros y no se movió ni una sola vez.

Ese fue su papel. Ese fue siempre su papel, desde aquella tarde de octubre de 2000 hasta una noche de octubre de 2024: estar presente y no moverse.

—Ya —dijo Michael en algún momento—. Mason.

Nada.

—Mason. Ya.

Mason se detuvo.

Se levantó. Se limpió las manos en los vaqueros, con cuidado, dedo por dedo, primero la derecha y después la izquierda.

Y entonces hizo la única cosa de aquella tarde que a Marcus le impediría dormir durante los seis meses siguientes.

Se agachó otra vez junto a Derek, que estaba de lado, hecho un ovillo, con las dos manos en las costillas y sin poder meter aire suficiente para hablar.

Y le dijo, muy tranquilo, casi con dulzura, a diez centímetros de la oreja:

—No vuelvas a mirar a mi hermano.

Después se levantó y echó a andar hacia el camino sin esperar a nadie.

Michael se quedó unos segundos mirando a Derek.

—Se te ha salido una zapatilla —dijo, y se fue.

Marcus fue el último.

Y antes de irse, sin poder evitarlo, se agachó, cogió la zapatilla del suelo y la dejó al lado de la mano de Derek Hoffman.

Ese gesto —absurdo, inútil, tres segundos de duración— sería el que Marcus se contaría a sí mismo durante veinticuatro años cada vez que necesitara creer que él no era como sus hermanos.

Derek Hoffman faltó al instituto once días.

Dijo que se había caído de la moto de su primo en la propiedad de sus tíos, en Winneconne. Nadie preguntó demasiado, porque Derek Hoffman era exactamente el tipo de chico del que la gente ya esperaba que se cayera de las cosas.

No volvió a acercarse a Marcus Kopelman.

Tampoco volvió a mirarlo, ni a mirar a ninguno de los tres, ni siquiera de lejos, ni siquiera por accidente, en los tres años que les quedaban de instituto. Cuando coincidían en un pasillo, cambiaba de dirección.

Se graduó en 2003, se alistó en la Marina, sirvió seis años, se casó con una chica de Neenah, tuvo dos hijos y montó un taller de reparación de embarcaciones en la carretera del lago.

Le fue bien.

En diciembre de 2024, un martes por la tarde, un detective de Oshkosh lo llamó al taller para preguntarle por un incidente ocurrido veinticuatro años antes.

Derek Hoffman, cuarenta años, ciento diez kilos, veterano, padre de dos, escuchó la pregunta completa en absoluto silencio.

Después colgó el teléfono sin decir una palabra.

Su mujer lo encontró veinte minutos más tarde sentado en el garaje, a oscuras, con las manos temblando y sin poder explicarle por qué.

Interludio
Jennifer Matthews, dos semanas antes

Madison, Wisconsin. 25 de octubre de 2004.

Jennifer Matthews tenía veintidós años y una libreta de tapas verdes en la que apuntaba las cosas que le daban miedo.

No era un diario. Lo había intentado dos veces y le aburría escribir sobre sí misma. Era una lista, con fecha y una línea, y la había empezado en segundo de enfermería cuando una profesora les dijo que el noventa por ciento del miedo desaparece si consigues escribirlo en una frase corta.

La profesora tenía razón un noventa por ciento de las veces.

«14 sept. Pinchar una vía en el brazo de alguien que no está sedado».

«2 oct. Que mi madre se entere de lo del préstamo».

«19 oct. Mason».

Esa era la única entrada de toda la libreta que consistía en un nombre.

Jennifer Matthews era de Rhinelander, seis horas al norte, un pueblo de ocho mil habitantes con dos semáforos y un lago. Su padre trabajaba en la papelera y su madre daba clases de piano en el salón de casa a niños que no querían estar allí.

Era la primera de su familia en ir a la universidad y llevaba cuatro años sintiéndose culpable por lo caro que era.

Estudiaba enfermería en el Madison Area Technical College, trabajaba veinte horas semanales en una residencia de ancianos de la calle Sherman y dormía seis horas cuando podía.

Le gustaba el trabajo. Esa era la parte que sus compañeras no entendían.

Le gustaban los ancianos. Le gustaba especialmente el señor Pulaski, que tenía noventa y un años, que la llamaba por el nombre de su hija muerta y al que ella le seguía la corriente porque no le costaba nada y porque el hombre se ponía contento.

—Eso es mentirle —le dijo una compañera.

—Es dejarle en paz —dijo Jennifer.

Conoció a Mason Kopelman en mayo, en una cafetería de State Street, porque él tenía un libro de anatomía sobre la mesa y ella le preguntó si estudiaba medicina.

—No —dijo él—. Me gusta cómo están hechas las cosas.

Estuvieron dos horas hablando.

Después, en noviembre, cuando ya estaba muerta, dos de sus amigas le contarían a la policía la misma versión: que Jennifer había vuelto aquella tarde diciendo que había conocido al chico más interesante de Wisconsin.

Interesante. Esa fue la palabra que las dos recordaron.

Salieron cuatro meses.

Y durante los tres primeros, Jennifer Matthews fue feliz de una manera que le daba un poco de vergüenza contar, porque era una felicidad de las que suenan tontas al describirlas: que la escuchaba. Que le hacía preguntas de verdad. Que se acordaba de los nombres de sus pacientes y preguntaba por ellos por su nombre, incluso por el señor Pulaski, incluso semanas después.

—Es que no habla de sí mismo nunca —le dijo a su madre por teléfono en julio.

—Eso es raro, cariño.

—No, mamá. Es descansado.

El primer problema fue una tontería y ella misma lo apuntó como tontería.

Una noche de agosto se despertó a las tres de la madrugada y él estaba despierto, incorporado sobre un codo, mirándola.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Llevas mucho?

—Un rato.

—¿Y no te aburres?

—No.

Ella se rió y se dio la vuelta y se volvió a dormir, y a la mañana siguiente lo contó en el descanso del trabajo como una anécdota graciosa, y dos compañeras se rieron y una no.

La segunda vez fue en septiembre.

La tercera, cuatro días después.

Y la cuarta fue la noche en que Jennifer Matthews se despertó, lo vio ahí, mirándola en la oscuridad con los ojos abiertos y la cara completamente relajada, y por primera vez en su vida sintió una cosa muy concreta y muy antigua en la nuca.

No dijo nada. Fingió seguir dormida.

Y estuvo cuarenta minutos así, con los ojos cerrados y la respiración fingida, contando.

Rompió con él el 21 de septiembre en una cafetería, a mediodía, en un sitio con gente, sin saber muy bien por qué había elegido un sitio con gente.

Se lo dijo mal. Después pensaría mil veces que se lo había dicho mal.

—Es que no sé quién eres —dijo—. Llevo cuatro meses y no sé quién eres.

Mason Kopelman se quedó callado unos segundos.

—Vale —dijo.

—¿Ya está?

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. Algo.

—Tienes razón —dijo él—. No sabes quién soy. Eso es cierto y no te lo voy a discutir.

Se levantó, dejó el dinero de los dos cafés sobre la mesa, y se fue.

Y Jennifer Matthews se quedó ahí sentada, con la sensación exacta de haber hecho algo bien y de haber hecho algo cruel al mismo tiempo, que es una sensación para la que no hay palabra.

Aquella noche escribió en la libreta verde: «21 sept. Que haya sido injusta».

La entrada del 19 de octubre —la que decía solo «Mason»— es la penúltima de la libreta.

No hay explicación. Una palabra y nada más.

La policía del condado de Dane recogió la libreta el 10 de noviembre de 2004, la fotografió, la catalogó como efecto personal sin relevancia para un accidente de tráfico y se la devolvió a la familia en una bolsa de plástico junto con un reloj, unas llaves y un teléfono móvil.

Su madre la guardó veinte años en un cajón sin volver a abrirla.

La abrió el 22 de noviembre de 2024, a petición de un detective de Oshkosh que la llamó por teléfono un viernes por la noche y que le pidió disculpas cuatro veces antes de hacerle la pregunta.

La última entrada de la libreta de tapas verdes de Jennifer Matthews está fechada el 6 de noviembre de 2004, dos días antes de su muerte.

Dice:

«6 nov. Que tenga razón y no sea nada mío».

Nadie ha sabido nunca a qué se refería.

Tom Brenner tiene una fotocopia de esa página en el mismo cajón donde guarda el expediente de su hermana.

El día que Jennifer Matthews murió, el 8 de noviembre de 2004, hizo un turno de siete horas en la residencia de la calle Sherman.

Cambió catorce vías. Ayudó a comer a nueve personas. Discutió con una supervisora por los horarios del fin de semana y ganó la discusión.

Y a las seis de la tarde, antes de irse, pasó por la habitación 112 a despedirse del señor Pulaski, que llevaba tres días sin hablar y que aquella tarde tampoco habló.

Le colocó bien la manta y le dijo que volvía el miércoles.

El señor Pulaski murió en febrero de 2005 y nadie llegó a contarle nunca lo que había pasado con la enfermera que le seguía la corriente.

Capítulo 6
El pacto

Madison, Wisconsin. 8 de noviembre de 2004. Los trillizos tienen diecisiete.

El teléfono sonó a las 3:40 de la madrugada.

Marcus estaba en su primer año en la Universidad de Wisconsin, en una residencia de la calle Langdon, en una habitación doble que compartía con un chico de Eau Claire llamado Petey que aquella noche estaba en casa de su novia.

Llevaba dormido cuarenta minutos cuando el móvil vibró sobre el escritorio, moviéndose dos centímetros sobre la madera.

—Necesito que vengas —dijo Mason.

—¿Qué hora es?

—Necesito que vengas ahora. Y necesito que vengas solo.

Había algo en su voz.

Marcus lo pensaría después mil veces, en terapia, en sus propias sesiones con pacientes, a las cuatro de la madrugada de los años siguientes, y siempre llegaría a la misma conclusión:

No había miedo.

Había una especie de nitidez. Como si Mason estuviera más despierto de lo que había estado nunca. Como si acabara de quitarse algo de encima.

—¿Dónde estás?

—Aparcamiento del parque Warner. La zona de atrás, la que da a los árboles.

—Mason, ¿qué—?

Colgó.

Marcus condujo veinte minutos con las manos frías.

Se puso el abrigo sobre el pijama, cogió las llaves del Escort de segunda mano que le habían comprado en agosto, y por el camino se dijo cuatro o cinco cosas, todas ellas tranquilizadoras y todas ellas falsas.

Que Mason había bebido. Que había tenido un accidente pequeño y no quería llamar a papá. Que se había peleado con alguien en un bar y le daba vergüenza. Que había roto algo.

Se saltó un semáforo en ámbar en la esquina de Gorham y pensó, con una lucidez que le duró tres segundos, que llevaba tres años esperando esta llamada sin saber que la esperaba.

El aparcamiento estaba vacío salvo por el Corolla de su hermano.

Faltaba una farola —la habían roto en verano y no la habían repuesto— y esa zona quedaba completamente oscura, cosa que Mason sabía perfectamente porque los tres habían aparcado ahí docenas de veces.

Mason estaba sentado en el capó, con las manos entre las rodillas y los hombros caídos hacia delante.

Llevaba una sudadera gris que Marcus reconoció inmediatamente porque era suya, de la universidad, con el escudo descolorido.

—No enciendas la linterna del móvil —dijo Mason cuando lo oyó acercarse.

—¿Qué has hecho?

—Siéntate.

—Mason, ¿qué has hecho?

—Marcus. —Levantó la cara por primera vez—. Siéntate, por favor.

Marcus se sentó en el capó, a un metro de él.

El metal estaba frío a través del pijama. El motor llevaba apagado el tiempo suficiente para haberse enfriado del todo, y esa

fue la primera información objetiva que Marcus procesó sin querer: su hermano llevaba ahí más de una hora.

Y entonces Mason se lo contó.

Todo. Sin adornos, sin justificaciones largas, sin llorar, en un tono que a Marcus le recordó —y esa asociación lo perseguiría durante el resto de su carrera— al de un paciente describiendo un síntoma en una primera consulta.

Se llamaba Jennifer Matthews. Veintidós años. Estudiante de enfermería en el Madison Area Technical College.

Llevaban cuatro meses viéndose. Ella había roto en septiembre y él lo había aceptado sin discutir, y después había descubierto —Mason no explicó cómo y Marcus no preguntó nunca— que Jennifer había estado contando cosas sobre él a sus amigas.

Que le daba miedo. Que había algo raro en él. Que a veces se despertaba a las tres de la mañana y él estaba despierto, mirándola.

—Y era verdad —dijo Mason—. Eso es lo que no entiendes. Era todo verdad. Yo hacía eso.

—Mason—

—Pero ella lo contaba como si fuera un chiste. Como si yo fuera un chiste que se cuenta en una cocina con vino. —Se miró las manos—. Y una de esas amigas me lo contó a mí. Riéndose.

—¿Dónde está? —preguntó Marcus.

Mason no contestó.

—Mason. ¿Dónde está Jennifer?

—En la carretera de la mina. A unos ochocientos metros de la curva grande. —Una pausa—. El coche está en la cuneta. Va a parecer que se salió.

Marcus se bajó del capó y vomitó al lado del coche.

Vomitó tres veces, y después siguió teniendo arcadas cuando ya no le quedaba nada, y después se quedó de rodillas en el asfalto con la frente apoyada en el metal frío del parachoques, respirando.

Mason no se movió.

No se acercó. No le puso una mano en la espalda. No le trajo agua.

Y esa quietud fue lo que finalmente le hizo entender a Marcus que su hermano no estaba en shock.

Que su hermano estaba esperando.

—Tienes que entregarte —dijo Marcus, todavía de rodillas.

—No.

—Mason, tienes que—

—Escúchame. —Y por primera vez en toda la noche, la voz de Mason se movió—. Si me entrego, esto se acaba. Yo me acabo. ¿Lo entiendes? No existe una versión de esto en la que yo cumplo unos años, salgo y arreglo mi vida. Tengo diecisiete años. Van a pedir que me juzguen como adulto y lo van a conseguir, y voy a morir dentro.

—Has matado a una persona.

—Sí.

Lo dijo sin una sola vacilación. Sin bajar la voz. Sin buscar una palabra más suave.

Y esa fue la primera vez en su vida que Marcus Kopelman sintió miedo físico de su propio hermano: no del hecho, sino de la facilidad con que la frase le había salido de la boca.

—¿Por qué me has llamado a mí? —susurró—. ¿Por qué no a Michael?

—Porque Michael va a decir que sí sin pensarlo —dijo Mason—. Y necesito que alguien lo piense.

Michael llegó cuarenta minutos después.

Estaba en primero de Derecho en Northwestern y había conducido desde Evanston a ciento cuarenta por hora por la 90, y llegó con las llaves todavía en la mano y sin abrigo.

Escuchó la historia entera de pie, con los brazos cruzados, sin interrumpir ni una sola vez.

Cuando Mason terminó, Michael hizo tres preguntas.

—¿Alguien te vio con ella esta noche?

—No.

—¿Tienes su sangre encima?

—En la sudadera. Es de Marcus.

Michael se giró hacia su hermano.

—Quítatela.

—Michael—

—Que te la quites.

Marcus se quitó el abrigo, y después la sudadera, y se quedó en camiseta a cuatro grados en un aparcamiento vacío a las cinco menos veinte de la madrugada, y Michael cogió la sudadera con dos dedos y la metió en una bolsa del supermercado que sacó del maletero de su propio coche, donde había cuatro bolsas más.

Marcus miró aquellas cuatro bolsas y no dijo nada.

No dijo nada entonces y no lo dijo nunca, y esa fue una de las tres o cuatro cosas que le impidieron dormir con normalidad durante los veinte años siguientes: que su hermano, en el trayecto desde Evanston, se había parado a comprar bolsas.

Y la tercera pregunta.

La que Marcus repetiría palabra por palabra veinte años más tarde, en una sala de interrogatorios sin ventana, con una grabadora encendida y las manos temblándole sobre una mesa de formica:

—¿Vas a volver a hacerlo?

Mason lo miró un rato largo. Diez segundos. Doce.

—No lo sé —dijo.

Y Michael asintió, como si esa fuera la respuesta correcta.

Como si mentir hubiera sido mucho peor.

—Vale —dijo—. Entonces esto es lo que va a pasar.

Lo que pasó después ocupó cuatro horas y media, y Marcus participó en todas y cada una de ellas.

Michael dirigió.

Tenía diecinueve años, tres meses de facultad de Derecho y una capacidad de organización que en cualquier otro contexto de la vida habría sido admirable y probablemente rentable.

Habló de rutas. De qué gasolineras de la 151 tenían cámara y cuáles no, información que resultó que sabía porque había estado prestando atención a cosas así desde los quince años sin ninguna razón concreta.

Habló de la diferencia entre una coartada que se sostiene y una que se rompe: que una coartada perfecta es sospechosa y que lo que hay que tener es una tarde normal y aburrida con dos o tres anclas verificables.

Habló de por qué no había que limpiar demasiado.

—Una escena impecable es una confesión —dijo, y a Marcus se le quedó grabada la frase entera, con la entonación.

Y habló de por qué había que quemar la ropa en tres sitios distintos y no en uno, y de por qué había que hacerlo el martes y no esa misma noche.

A las ocho y cuarto de la mañana, los tres estaban sentados en un reservado de un Denny's de la carretera 151, con tres cafés delante y ninguno había dormido.

Había cuatro personas más en el local. Un camionero. Una pareja mayor. Una camarera de unos cincuenta años que les rellenó las tazas dos veces y les preguntó si venían de una fiesta.

—De un funeral —dijo Michael.

—Ay, lo siento mucho, cielo.

Y se fue.

—A partir de ahora funciona así —dijo Michael, en voz baja, cuando la mujer estuvo lejos—. Mason: tú no tomas decisiones solo. Nunca más. Si notas que va a pasar algo, me llamas. A mí. Antes. Aunque sea a las cuatro de la mañana, aunque no estés seguro, aunque te parezca una tontería.

Mason asintió.

—Marcus: tú no vuelves a mirar para otro lado. Si lo ves raro, si te dice algo, si notas cualquier cosa, me lo dices a mí. Tú eres el que lo va a notar. Eres el único de los tres que nota cosas.

—¿Y tú qué haces?

—Yo me encargo de que ninguno de los dos vaya a la cárcel.

Marcus miró la taza.

El café tenía una película fina en la superficie y una marca de labios ajena en el borde que la camarera no había visto.

—¿Y eso en qué me convierte a mí? —preguntó.

—En su hermano —dijo Michael.

Marcus tenía diecisiete años.

Estaba en primero de Psicología. Había elegido esa carrera en marzo, sin saber muy bien por qué, con la idea vaga y luminosa de que quería entender a la gente para poder ayudarla, y su tutor le había dicho que tenía una intuición poco común para alguien de su edad.

Fuera empezaba a clarear sobre el aparcamiento del Denny's.

—Vale —dijo.

Esa fue la palabra.

Cinco letras. Una sílaba. Dicha a las ocho y cuarto de la mañana del 9 de noviembre de 2004, en un reservado de vinilo rojo, delante de una taza de café con una marca de labios ajena.

Marcus Kopelman pasaría los veinte años siguientes intentando averiguar si existía en el mundo suficiente bien acumulado como para cancelar una sola sílaba.

El cuerpo de Jennifer Matthews fue encontrado el 9 de noviembre a las 11:20 por un empleado del condado que iba a revisar una alcantarilla.

El informe del sheriff del condado de Dane concluyó pérdida de control del vehículo sobre superficie helada, con traumatismo craneal compatible con el impacto contra el montante de la puerta. No se apreciaron indicios de intervención de terceros.

Sus padres viajaron desde Rhinelander esa misma tarde.

Su madre insistió durante cinco semanas en que Jennifer conducía muy bien y en que aquella carretera la hacía cuatro veces por semana. Se lo dijo a dos agentes, a un forense y a un periodista local que escribió cuatro párrafos.

El caso se cerró el 3 de diciembre de 2004.

Estuvo cerrado durante veinte años, un mes y once días.

Capítulo 7
Tom Brenner

Departamento de Policía de Oshkosh. 15 de octubre de 2024. 6:47 a.m.

Tom Brenner se despertó con la mejilla pegada a la fotografía de una chica muerta.

Se despegó la cara del papel con cuidado —por costumbre profesional, no por respeto— y comprobó que no hubiera dejado marca ni humedad en el borde. Después volvió a meter la fotografía en su funda de plástico y la funda en la carpeta.

Melissa Hartley. Dieciséis años. Desaparecida el 3 de septiembre de 1998 a la salida de un partido de voleibol escolar. Encontrada parcialmente en 2003 en una zanja de drenaje del condado de Calumet por dos hombres que buscaban chatarra.

Llevaba once años trabajando en ella en sus horas libres, que eran todas.

El reloj de la pared marcaba las 6:47. La chaqueta seguía puesta. En la papelera había dos envoltorios de máquina expendedora y un vaso de café del día anterior, o del anterior a ese.

Le dolía el cuello de una manera nueva, en un punto concreto a la izquierda de la tercera vértebra, y Tom archivó ese dolor donde archivaba todos los demás.

El teléfono sonó.

—Brenner.

—Soy Jenkins.

Y ahí hubo una pausa de dos segundos que Tom notó inmediatamente.

—Tenemos un cuerpo.

Dieciséis años en delitos violentos le habían enseñado a Tom que Jenkins no hacía pausas. Jenkins era un hombre de sesenta y un

años que había estado presente cuando sacaron de un lago a una familia de cuatro en 2011 y que aquella misma noche lo había contado en su cocina comiendo pizza de peperoni, con la boca llena, mientras su mujer ponía la mesa.

—¿Dónde?

—Cabaña abandonada. Lago Winnebago, lado este, término municipal de Black Wolf. Tres millas desde la carretera por camino de tierra. —Ruido de papel—. El propietario fue a revisar la parcela ayer por la tarde. Es un tipo de Fond du Lac que la heredó en 2019 y no había vuelto desde entonces. Se encontró la puerta abierta.

—¿Y por qué me llamas a mí y no al detective de guardia?

—Porque el de guardia es Kowalczyk y lleva cuatro meses en el puesto.

—Jenkins.

—Porque cuando lo veas vas a entender por qué te he llamado a ti.

Tom colgó y se quedó un momento mirando el teléfono en la palma de la mano.

Después cogió las llaves.

Condujo treinta y cinco minutos hacia el este, por carreteras que se iban estrechando hasta convertirse en dos surcos de grava paralelos con hierba en el centro.

La radio estaba apagada.

Tom nunca ponía la radio yendo a una escena. Había leído una vez, en una revista de la sala de espera de un dentista, que muchos cirujanos escuchan música durante las operaciones, y le había parecido monstruoso, y después había pasado tres semanas dándole vueltas a por qué le parecía monstruoso y no había llegado a ninguna conclusión satisfactoria.

Usó el trayecto para vaciarse.

Ese era el método que le había enseñado su primer sargento, Ed Vanacek, en 2003: llegas vacío, sales lleno. No traigas nada tuyo a la escena. No traigas tu divorcio, ni tu hipoteca, ni tu hija, ni tu hermana. La escena no tiene sitio para ti.

Vanacek murió en 2016 de un cáncer de páncreas que le duró siete semanas.

Tom había fingido seguir su método durante veintiún años.

La verdad era que traía a su hermana a todas partes.

Sarah Brenner tenía diecinueve años cuando la encontraron en el garaje de la casa de sus padres, en Neenah, el 4 de febrero de 2002. Estudiaba segundo de Magisterio. Tocaba el clarinete, mal, con una constancia que a Tom le había parecido siempre admirable.

La conclusión del forense del condado de Winnebago fue suicidio. Había una nota. La letra era suya y un perito lo confirmó. El toxicológico era coherente. La disposición de la escena era coherente. Todo era coherente.

Todo excepto que la nota decía lo siento mucho, papá.

Y su padre llevaba cuatro años muerto.

Tom lo señaló. Tenía veintidós años, era agente de patrulla con siete meses de servicio y no tenía ninguna autoridad sobre nada, y lo señaló tres veces ante tres personas distintas.

Las tres se lo explicaron con distintos grados de amabilidad. El detective encargado, que era un hombre decente y que se tomó veinte minutos con él, le dijo que el dolor hace cosas raras, que la gente escribe a los muertos más de lo que se cree, que él había visto notas dirigidas a perros.

Puede que tuviera razón.

Veintidós años después, Tom seguía sin saberlo, y ese era exactamente el problema: no que estuvieran equivocados, sino que nadie había mirado lo suficiente como para poder afirmar que tenían razón.

Su matrimonio se disolvió despacio bajo el peso de esa aritmética.

Su exmujer —también Sarah, una coincidencia que su terapeuta había querido explorar en 2015 y que Tom había declinado explorar con una frase que después le pareció reveladora: no es un tema, es un nombre común— se lo dijo un domingo por la tarde con una claridad que él siempre le agradeció:

—No estás casado conmigo, Tom. Estás casado con la idea de que si trabajas lo suficiente, algo se va a arreglar hacia atrás.

Katie tenía siete años cuando se fueron a Madison.

Ahora tenía dieciséis. Habían pasado dos años desde su última conversación de más de cuatro frases, y esa había sido en el aparcamiento de un restaurante, y había terminado con Katie diciendo vale, papá, no pasa nada, que es la frase que dicen los hijos cuando ya no esperan nada.

El camino terminaba en un claro.

Tres coches patrulla, la furgoneta del forense del condado, cinta amarilla estirada entre dos abedules jóvenes. Un agente de uniforme apuntando matrículas en una tablilla con la capucha puesta.

Y detrás, la cabaña.

Madera gris sin pintar. Tejado hundido en la esquina noreste. Ventanas tapiadas con planchas de contrachapado que alguien había arrancado hacía poco: se veía la madera clara alrededor de los agujeros donde habían estado los clavos, y las planchas estaban apoyadas contra la pared lateral, apiladas con cuidado, no tiradas.

Tom se fijó en eso antes de entrar.

Apiladas con cuidado.

Jenkins lo esperaba en el porche, fumando, cosa que había dejado en 2019 después de dieciocho meses de parches.

—Antes de que entres —dijo—. El forense dice entre las ocho y las once de anoche. Sin agresión sexual. Sin forcejeo.

—¿Sin forcejeo?

—Ya me dirás.

Tom entró.

La habitación principal medía unos cinco metros por seis. El suelo era de tablas anchas y en dos sitios había cedido. Olía a moho, a cera quemada y a lo otro.

Había velas.

Docenas de velas blancas consumidas hasta el suelo, colocadas directamente sobre la madera, formando un rectángulo. Un técnico las estaba fotografiando una por una con una regla graduada al lado, y llevaba, según el número que tenía escrito en la etiqueta que sostenía, cuarenta y una.

En el centro, sobre una mesa de roble, estaba Sarah Chen.

Tom se detuvo en el umbral.

Después, cuando le preguntaron —y le preguntaron mucho, primero Rachel Kim y más tarde el psicólogo del departamento y mucho más tarde su propia hija—, diría que fue el nombre. Que se enteró del nombre y por eso reaccionó como reaccionó.

Pero no era verdad. En ese momento todavía no sabía cómo se llamaba.

Fue otra cosa.

Fue la simetría.

Los brazos estaban extendidos en cruz, atados a los extremos de la mesa, y la distancia de cada muñeca al borde de la madera era exactamente la misma. Tom lo comprobó después con las fotografías y con una regla: doce centímetros a cada lado, con una diferencia de menos de un centímetro entre ambos.

Las velas formaban un rectángulo con los lados paralelos a las paredes de la habitación.

La cabeza estaba centrada respecto al eje longitudinal de la mesa con una precisión que no podía ser accidental.

Alguien había medido.

Alguien había estado ahí de pie, en aquella habitación, mirando, corrigiendo, dando un paso atrás para comprobar.

—Las heridas —dijo el forense, un hombre joven llamado Chidi Okoye, sin levantar la vista—. Mire las heridas, detective.

Tom se acercó.

Empezaban en el antebrazo izquierdo. Cortes horizontales, paralelos entre sí, separados por unos dos centímetros. Los primeros eran superficiales, apenas epidérmicos, del tipo que uno se hace con el filo de una hoja de papel.

A medida que subían por el brazo se hacían más profundos.

Y lo hacían en una progresión tan regular que Tom pensó, sin querer pensarlo, en una escala de laboratorio. En una probeta graduada. En algo que sirve para medir.

—Es gradual —dijo Okoye—. Milímetro a milímetro. Nunca se pasa. Nunca corta nada que la mate deprisa, y créame que había ocasiones. —Se enderezó y se bajó la mascarilla—. Detective, llevo nueve años en esto. Esto no lo ha hecho alguien que estuviera enfadado. Esto lo ha hecho alguien que estaba trabajando.

—¿Cuánto duró?

—Tres horas. Puede que cuatro.

Tom rodeó la mesa despacio, con las manos en la espalda.

Y entonces le vio la cara.

Los ojos estaban abiertos.

Y no estaban abiertos porque hubiera muerto con los ojos abiertos: los párpados superiores estaban fijados a la piel de la frente con algo transparente y adhesivo, aplicado con limpieza, sin excedente, sin arrastres.

Alguien la había obligado a mirar.

Y en la frente, escrito con lo que era evidentemente su propia sangre, en letras mayúsculas trazadas con el dedo índice, con una

caligrafía cuidadosa y perfectamente legible incluso a metro y medio de distancia:

MENTIRA

VERDAD

Tom notó una cosa muy concreta en el pecho, a la altura del esternón.

No fue náusea. Había tenido náuseas en escenas de crimen y sabía perfectamente cómo eran.

Fue reconocimiento.

—¿Identificación? —preguntó, y le sorprendió que la voz le saliera completamente normal.

—Bolso en la silla de ahí —dijo Jenkins desde la puerta—. Sarah Chen. Cuarenta y ocho años. Abogada penalista, despacho en Chicago, socia directora. De las caras. Estaba en el hotel Riverside de Oshkosh en unas jornadas del Colegio de Abogados del estado.

Tom se giró.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Sarah.

Fuera, en el claro, alguien arrancó un motor y lo dejó al ralentí.

Tom Brenner se quedó de pie en aquella cabaña, en un cuadrilátero de cuarenta y una velas apagadas, mirando a una mujer llamada Sarah a la que alguien había pegado los párpados para que no pudiera dejar de mirar.

Y sintió —con una claridad absoluta, injustificable y profundamente poco profesional— que llevaba veintidós años esperando este caso.

—Quiero todo —dijo—. Cada fotografía. Cada muestra. Quiero las velas contadas y quiero saber de qué supermercado son. Quiero a los ocho vecinos más cercanos aunque el más cercano esté a cinco kilómetros. Quiero saber quién ha entrado en ese camino en los últimos seis meses.

—Tom.

—Y quiero el historial completo de casos de esta mujer desde el primer día que pisó una sala.

—Tom. —Jenkins entró y bajó la voz—. Esto no es nuestro. Chicago va a reclamarlo. O el estado.

—Ha muerto en el condado de Winnebago.

—Ya lo sé. Solo digo que te prepares para que te lo quiten.

Tom volvió a mirar la mesa.

—No lo van a reclamar —dijo—. Cuando vean esto, no lo va a querer nadie.

Capítulo 8
Ochenta y una absoluciones

Departamento de Policía de Oshkosh. 16 de octubre de 2024.

El historial profesional de Sarah Chen ocupaba mil cuatrocientas doce páginas y Tom lo leyó entero en día y medio.

Lo hizo en la sala de reuniones grande, la que solo se usaba para las presentaciones del jefe, con las cortinas cerradas y las paredes cubiertas de folios impresos pegados con cinta de carrocero, en un estado que Rachel Kim describiría dos semanas más tarde, con precisión clínica y sin ninguna ironía, como hipomanía funcional inducida por caso.

Trescientos once clientes en veintidós años de ejercicio.

De esos, ochenta y uno habían sido absueltos o habían visto sus cargos retirados. Casi siempre por vicios de procedimiento.

Ese era el patrón, y Tom tardó cuatro horas en verlo con claridad: Sarah Chen no ganaba juicios. Los desmontaba antes de que empezaran.

Tenía un talento casi artístico para la cadena de custodia. Para los plazos. Para el momento exacto en que un agente había leído los derechos y para si en ese momento el detenido estaba o no esposado. Para las órdenes judiciales redactadas con quince palabras de más.

Había escrito dos artículos académicos sobre ello. Uno de ellos era lectura obligatoria en la facultad de Derecho de Marquette.

Tom hizo una lista.

De los ochenta y uno absueltos, treinta y cuatro habían vuelto a ser detenidos posteriormente por algún delito. De esos treinta y cuatro, once lo habían sido por delitos violentos. Y de esos once, cuatro habían dejado víctimas identificables con nombre y apellidos.

Escribió los cuatro nombres en la pizarra blanca con rotulador negro.

El tercero era Bradley Harrison.

—¿Por qué ese? —preguntó Jenkins desde la puerta, a las dos de la madrugada del segundo día, con dos cafés de máquina en las manos.

—Por la frente.

—No te sigo.

Tom se levantó, cogió el rotulador y golpeó con él la fotografía pegada en el centro de la pizarra.

—MENTIRA. VERDAD. —Se giró—. No es un insulto. Piénsalo. No pone zorra, no pone puta, no pone ninguna de las cosas que escribe la gente que odia a las mujeres, y llevo diecinueve años leyendo lo que escribe esa gente. Pone dos conceptos jurídicos.

Jenkins dejó uno de los cafés sobre la mesa.

—Sigue.

—Esto no lo ha escrito alguien que odiara a Sarah Chen por ser mujer. Lo ha escrito alguien que la odiaba por ser abogada. Y no por ser abogada en general: por un caso concreto.

—Eso reduce el círculo a la mitad del estado. Esa mujer sacó a ochenta y una personas.

—No. —Tom volvió a la mesa y se sentó—. Lo reduce a alguien que sabe qué casos llevó. Y eso no está en internet, Jenkins. He mirado. Su web tiene tres casos destacados y Harrison es uno, pero solo el nombre del caso. Para saber lo de los cuarenta minutos de la cadena de custodia hay que leerse la transcripción. Y para saber lo que Harrison hizo después de salir, hay que cruzar tres registros distintos.

—Entonces buscas a alguien que ha estado investigando.

—Durante meses. Puede que años.

Jenkins entró en la sala y se sentó, cosa que no había hecho en dos días.

—Vale. Ahora dime lo que estás pensando y no me estás diciendo.

Tom tardó en contestar.

Bebió del café, que estaba malo y demasiado caliente, y dejó el vaso.

—Que no es el primero.

—¿Perdón?

—Un tipo no empieza así. —Tom señaló las fotos con la barbilla —. Cuarenta y una velas colocadas en un rectángulo con los lados paralelos a las paredes. La cuerda mojada antes de atarla, que es una cosa que no se le ocurre a nadie que no la haya probado. Los párpados fijados con adhesivo quirúrgico. La progresión de los cortes milímetro a milímetro durante tres horas sin pasarse ni una vez.

Levantó la vista.

—Eso es control absoluto de principio a fin, sin un solo error, en un sitio sin luz, sin agua y sin cobertura. Nadie tiene control absoluto la primera vez, Jenkins. Nadie. La primera vez la gente vomita, se corta, se deja la cartera.

—Entonces buscas antecedentes.

—Busco a alguien que lleva años practicando y que hasta ahora lo hacía sin firmar. —Se pasó las dos manos por la cara—. Y eso significa que están archivados como otra cosa. Accidentes. Sobredosis. Robos que salieron mal. Suicidios.

Jenkins lo miró un buen rato.

—Tom.

—No lo digas.

—Tengo que decirlo.

—Ya sé lo que vas a decir.

—Pues déjame decirlo igual. —Jenkins se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa—. Llevas veintidós años convencido de que hay muertes archivadas como suicidios que no lo son. Veintidós. Y ahora aparece un caso, el primer caso grande que te cae en años, y lo primero que te sale de la boca es exactamente esa teoría.

Tom no se movió.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo sé perfectamente. —Lo miró a los ojos—. Llevo dos días sabiéndolo. Me he despertado esta mañana sabiéndolo. ¿Tú crees que no he pensado en eso?

—No lo sé. Por eso pregunto.

—Y es exactamente por eso que lo voy a comprobar con datos y no con corazonadas. —Tom empujó una hoja hacia él—. Dame patrones. Dame nombres, fechas, expedientes. Si sale algo, seguimos. Si no sale nada en dos semanas, lo suelto y me vuelvo a las cámaras de tráfico y a los teléfonos como todo el mundo.

—¿Lo sueltas de verdad?

—Lo suelto de verdad.

Jenkins se levantó despacio, con ese quejido de rodillas que hacía siempre.

—Voy a pedir el volcado de casos cerrados del este del estado. Veinte años.

—Veinticinco.

—Veinte, Tom. Y ya me estoy pasando. Eso son seis condados y ocho mil expedientes y me lo va a tener que firmar el capitán.

—Veinte está bien.

En la puerta, Jenkins se giró.

—¿Has llamado a tu hija?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Nada —dijo Jenkins—. Absolutamente nada.

Y se fue.

El primer nombre útil llegó a las cuatro y diez de la tarde del día siguiente, y no vino de ninguna base de datos.

Vino de una lista de asistentes.

Sarah Chen se había graduado en el instituto Oshkosh West en 1994. Eso estaba en la primera línea de su biografía profesional y Tom lo había leído cuatro veces sin darle importancia, porque la gente se gradúa en algún sitio.

El anuario de aquel curso estaba en el archivo de la biblioteca municipal, digitalizado en 2009 por un proyecto de voluntariado que había escaneado veintitrés años de anuarios de cuatro institutos del condado y los había subido a un servidor que se caía tres veces al día.

Tom lo abrió más por agotamiento que por método.

Fue pasando páginas. Equipos deportivos. Banda de música. Coro. Club de ajedrez.

Página cuarenta y uno. Club de debate.

Veintidós alumnos en cuatro filas delante de una pizarra.

Sarah Chen estaba en la primera fila, sentada, con las manos sobre las rodillas y una expresión que Tom, treinta años después, reconoció inmediatamente como impaciencia.

Y en la fila de atrás, de pie, uno al lado del otro, con la misma frente, la misma barbilla y el mismo remolino de pelo oscuro naciendo en el mismo lado del cráneo, había tres chicos idénticos.

Tom se quedó mirando la fotografía durante un minuto largo sin parpadear.

Después bajó la vista al pie de foto.

Fila superior, de izquierda a derecha.

«M. Kopelman, M. Kopelman, M. Kopelman».
Ni siquiera el anuario había sabido cuál era cuál.

Capítulo 9
La mujer del expediente 94-1187

Oshkosh, Wisconsin. Marzo de 2008. Los hermanos tienen veintiún años.

Durante tres años y cuatro meses, el sistema funcionó.

Ese era el término que usaba Michael, y lo usaba sin ninguna ironía: el sistema.

Tenía reglas. Tenía protocolos. Tenía un canal de comunicación —una cuenta de correo gratuita registrada a nombre de nadie, en la que jamás se enviaba nada y donde todo se guardaba en la carpeta de borradores para que los tres lo leyeran y lo borraran— y tenía revisiones periódicas que Michael llamaba, con la cara completamente seria, puntos de control.

Marcus fue a tres.

El primero, en enero de 2005, duró cuarenta minutos y terminó con Marcus llorando en el baño de una cafetería de State Street con el grifo abierto para que no se le oyera.

El segundo, en junio, fue más corto.

Para el tercero, en octubre de 2006, Marcus ya había desarrollado el mecanismo que lo sostendría durante las dos décadas siguientes: escuchar a su hermano como si fuera un caso clínico.

Funcionaba.

Esa era la parte obscena. Funcionaba extraordinariamente bien.

—Duermes cinco horas —dijo aquel día, tomando notas mentalmente sin darse cuenta de que las tomaba—. ¿Cuántas dormías antes?

—Seis. Seis y media.

—¿Desde cuándo cinco?

—Desde agosto.

—¿Y la irritabilidad?

—No hay irritabilidad. —Mason miró por la ventanilla—. Nunca hay irritabilidad. Ese es tu error, Marcus. Siempre buscas irritabilidad.

—¿Entonces qué hay?

Mason se quedó pensando de verdad. Tardó unos veinte segundos.

Estaban en el aparcamiento de un centro comercial de Neenah, en el coche, con la calefacción puesta y la lluvia cayendo sobre el parabrisas sin limpiar.

—Presión —dijo—. Como cuando tienes que estornudar y no puedes. No es dolor. No es ansiedad, que es lo siguiente que me vas a preguntar. Es que el cuerpo quiere hacer una cosa concreta y no la hace.

—¿Y cuánto dura?

—Semanas. A veces meses.

—¿Y después?

—Después se va. —Se giró hacia él—. Y eso es lo que nunca me preguntas, y es lo raro. Que se va. Durante mucho tiempo se va del todo y yo soy exactamente igual que tú.

Marcus apuntó eso.

Esta vez de verdad, en el móvil, más tarde, en casa, en la aplicación de notas, con la puerta cerrada.

Lo apuntó porque era exactamente la descripción que aparecía en la literatura sobre conducta compulsiva —la tensión creciente, el alivio posterior, la remisión aparente— y porque, si era honesto consigo mismo, y a los veintiún años Marcus Kopelman todavía intentaba serlo un rato cada día, una parte de él encontraba a su hermano intelectualmente fascinante.

Esa fue la trampa.

No el miedo. No la lealtad, siquiera.

La fascinación.

Marcus tardaría dieciséis años en decir esa palabra en voz alta, y la diría en una sala de tribunal, y sería la frase de su declaración que reprodujeron los dos periódicos.

El sistema se rompió el 14 de marzo de 2008.

Y no lo rompió Mason.

Lo rompió Michael.

Estaban los tres en la casa de Merritt Avenue, un sábado por la mañana. Robert llevaba once años viviendo en Cape Coral, Florida, con una mujer llamada Dolores que trabajaba en una inmobiliaria y a la que ninguno de los tres llegó a conocer.

Eleanor seguía arriba.

Los hermanos habían ido, en teoría, a arreglar el canalón del tejado, que llevaba desde noviembre soltando agua sobre el escalón de la puerta lateral y creando una placa de hielo que Eleanor pisaba todos los días.

Michael llegó a las diez y media con una carpeta bajo el brazo.

—Necesito que veáis una cosa.

—Hay que subir al tejado antes de que llueva —dijo Marcus.

—Cinco minutos.

Puso la carpeta sobre la mesa de la cocina, en el mismo sitio donde llevaban veintiún años poniéndose los platos.

—Servicios sociales del condado de Winnebago. Expediente 94-1187. —Se sentó—. Es nuestro.

Marcus lo abrió.

Era un informe de 1994. Los tres tenían siete años.

Alguien —el nombre del denunciante estaba tachado con rotulador negro, aunque a contraluz se leía perfectamente— había reportado a la familia Kopelman por negligencia y sospecha de maltrato físico a menores.

Había una fotografía en color, grapada a la tercera hoja, con un pie escrito a máquina: menor M.K., lesión en antebrazo derecho, observada en centro escolar.

Marcus se reconoció a sí mismo con siete años, en el patio del colegio Washington, delante de la valla, con la manga subida y un moratón amarillento del tamaño de una mano.

Se acordaba del día. Se acordaba de que hacía frío y de que la señora Patterson le había subido la manga sin pedirle permiso y de que él le había dicho que se había caído.

Había notas de una entrevista con Barbara Patterson, tres párrafos, redactados con una neutralidad administrativa.

Y había una hoja de visita domiciliaria, tres visitas, firmada por una trabajadora social llamada Victoria Sánchez.

—Vino tres veces —dijo Michael—. ¿Os acordáis?

Marcus se acordaba de una mujer con un abrigo rojo sentada en el extremo del sofá del salón.

Se acordaba, sobre todo, de que su madre se había levantado.

Que se había duchado. Que se había vestido con ropa de calle. Que había bajado la escalera y se había sentado en el sillón de enfrente, y que había hablado durante una hora con una voz que no era la suya, una voz clara y educada y despierta, una voz que Marcus no le había oído nunca antes ni le oiría después.

—Cerró el caso —dijo Michael—. Mirad la última hoja.

Marcus pasó las páginas.

«Vivienda adecuada y en condiciones de habitabilidad. Progenitores colaboradores. Menores escolarizados, sin absentismo, sin signos de riesgo actual. Se archiva sin seguimiento».

—Firmado el 2 de diciembre de 1994 —dijo Michael—. Seis semanas antes de que papá le rompiera la clavícula a mamá.

El silencio en la cocina duró bastante.

Fuera se oyó el agua del canalón cayendo sobre el escalón.

—¿Por qué nos enseñas esto? —preguntó Marcus.

—Porque quiero que sepáis quién es.

—Sé quién es. Acabo de leer su nombre.

—Sigue trabajando —dijo Michael—. En Appleton. Llevaba veintiún años en Winnebago y se trasladó en 2001. —Pasó la mano por la carpeta cerrada—. Lleva treinta y un años cerrando expedientes.

Y ahí, en ese momento exacto, Marcus Kopelman sintió que el suelo de aquella cocina se movía debajo de él.

Porque entendió —con una claridad física, náusea incluida, sudor frío en la nuca incluido— lo que estaba ocurriendo en aquella habitación.

Miró a Mason.

Mason estaba leyendo la carpeta con la cabeza inclinada, absolutamente concentrado, exactamente igual que leía cualquier otra cosa: un manual, un prospecto, la parte de atrás de una caja de cereales.

Después miró a Michael.

Y Michael le sostuvo la mirada sin parpadear.

—No —dijo Marcus.

—No he dicho nada.

—Sé perfectamente lo que estás haciendo.

—Estoy enseñándole a mi hermano un documento público que le concierne. —Michael cerró la carpeta con calma y alineó los bordes —. Lo que haga con esa información es asunto suyo. Yo soy abogado, Marcus. Bueno, casi. No le digo a nadie lo que tiene que hacer.

Marcus se levantó tan rápido que la silla cayó hacia atrás y golpeó el zócalo.

Arriba, en el dormitorio principal, no se oyó nada.

—Tenías una regla. —Le temblaba la voz—. Tú pusiste la regla. Tú dijiste: nadie que tenga conexión con nosotros. Tú lo dijiste, Michael, en el Denny's, con un café en la mano, a las ocho y cuarto de la mañana. Dijiste que la única manera de que esto no nos matara era que nunca hubiera un motivo que se pudiera dibujar en una pizarra.

—Y sigue siendo cierto.

—¡Entonces qué es esto!

Michael no levantó la voz.

Michael no levantaba la voz jamás. Ni en 2008 ni en 2024, ni cuando lo procesaron ni cuando salió del tribunal entre cuarenta y siete periodistas.

—Esto es una excepción —dijo.

—Las excepciones no existen. Tú me enseñaste eso.

—Las excepciones existen cuando el beneficio esperado supera al riesgo esperado. —Se puso de pie también, despacio—. Marcus, mírame. Llevamos tres años y cuatro meses sosteniendo esto. ¿Y sabes lo que he entendido en tres años y cuatro meses?

—Dímelo tú.

—Que no va a parar. —Michael señaló hacia la mesa con la barbilla, sin mirar a Mason—. No es una fase. No es un trauma que se pueda tratar con dos años de terapia y un antidepresivo. Es lo que es y va a seguir siéndolo a los treinta y a los cincuenta.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Y tú también, y por eso no duermes. —Bajó la voz—. Y si no va a parar, entonces la única variable que yo puedo controlar en toda esta ecuación es a quién.

Marcus se quedó mudo.

—Va a haber una segunda —dijo Michael—. Y una tercera. Eso ya no está en discusión, y llevo dos años sin discutirlo conmigo

mismo. Lo único que está en discusión es si van a ser chicas de veintidós años que le rompieron el corazón.

—Te estás oyendo.

—Perfectamente.

—¡Te estás oyendo, Michael! —Marcus dio un paso hacia él—. ¡Estás haciendo una lista!

—Estoy reduciendo daños.

—Estás eligiendo quién muere.

—Sí —dijo Michael—. Alguien va a elegir. Prefiero que sea alguien que lo piense.

Marcus se apoyó en la encimera con las dos manos.

—Tú llevas tres años sentándote en coches con él a preguntarle cuántas horas duerme —dijo Michael, más bajo—. Y tomas notas. Te he visto tomar notas, Marcus. No me des lecciones sobre lo que es aceptable.

Fue Mason quien habló entonces, por primera vez en veinte minutos.

—Estoy aquí —dijo.

Los dos se giraron.

Seguía sentado. Tenía la mano abierta sobre la carpeta cerrada, con los dedos extendidos, y no había levantado la voz ni se había movido de la silla.

—Habláis de mí como si fuera el tiempo —dijo—. Como si fuera una cosa que va a pasar y hay que prepararse. Va a llover, así que coge el paraguas.

—Mason—

—Yo elijo, Michael. —Levantó la vista—. Yo. No tú. Yo soy el que está ahí y yo soy el que decide, y tú llevas veinte minutos hablando de mí en tercera persona en mi propia casa.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Acabas de decirlo durante veinte minutos.

Y por primera vez desde que Marcus tenía memoria —desde el patio trasero, desde el rey de la colina, desde los cuatro años—, Michael Kopelman no supo qué contestar.

Se quedó de pie en la cocina de su madre, con una carpeta cerrada en la mesa y el agua del canalón cayendo fuera, sin una sola frase disponible.

Nadie arregló el canalón aquel día.

Victoria Sánchez murió el 9 de agosto de 2008.

Tenía cincuenta y seis años. Vivía sola en una casa de una planta en el norte de Appleton desde su divorcio en 1999. Tenía dos hijos adultos, uno en Milwaukee y otro en Denver, y tres nietos.

Salió a las 21:15 a sacar la basura al contenedor de la esquina, cosa que hacía los sábados.

La encontraron a las 23:40, a cuarenta metros de su puerta, en el callejón que da a la calle Oneida.

El bolso no estaba. Le faltaban el reloj y los pendientes.

El informe del Departamento de Policía de Appleton lo clasificó como robo con violencia con resultado de muerte. Hubo una investigación de once semanas. Se interrogó a cuatro personas, tres de ellas con antecedentes por robo en la zona. El caso pasó a inactivo el 2 de febrero de 2009.

El bolso apareció seis días después de la muerte en un contenedor a dos kilómetros, vaciado de dinero, con la documentación intacta.

Ese detalle —la documentación intacta— llamó la atención de un inspector joven llamado Rivera, que lo anotó en el margen de su informe con un signo de interrogación y dos palabras: «poco habitual».

Nadie leyó esa anotación durante dieciséis años.

La leyó, a las 2:15 de la madrugada del 4 de noviembre de 2024, un detective de Oshkosh llamado Tom Brenner, en la página ochenta y siete de un volcado de casos inactivos de seis condados.

Y se quedó muy quieto.

Marcus se enteró por el periódico.

Estaba desayunando en la cocina del piso que compartía con dos compañeros en Madison, con la radio puesta, y vio el titular en la página siete. Cuatro párrafos. Sin fotografía.

Vomitó el café en el fregadero.

Después se sentó en el suelo, con la espalda contra el mueble y las rodillas dobladas, y llamó a Michael.

Sonó cinco veces.

—Dime.

—¿Fuiste tú o fue él?

Al otro lado se oía ruido de teclas y una impresora.

—Marcus.

—Contéstame.

Y Michael Kopelman, veintiún años, segundo año de Derecho, desde una sala de becarios de un despacho de Chicago, contestó con una tranquilidad que su hermano oiría en sueños durante los dieciséis años siguientes:

—Marcus, esa pregunta no tiene una respuesta útil.

Y colgó.

Marcus se quedó en el suelo de la cocina un rato largo, con el móvil en la mano y la radio hablando del tiempo.

Y entendió por fin, a los veintiún años, con el suelo frío debajo, que ya no había dos hermanos y un monstruo.

Que había tres personas dentro de la misma cosa.

Y que él era una de ellas.

Interludio
El sábado de Victoria Sánchez

Appleton, Wisconsin. 9 de agosto de 2008.

El sábado 9 de agosto de 2008, Victoria Sánchez se levantó a las siete menos cuarto porque los sábados no sabía dormir hasta tarde.

Llevaba treinta y un años levantándose a las siete menos cuarto y el cuerpo ya no atendía a razones.

Hizo café. Regó las tres macetas del alféizar. Puso una lavadora.

Y a las nueve y media se sentó a la mesa de la cocina con una libreta y un bolígrafo, porque estaba redactando su carta de jubilación y llevaba tres semanas sin conseguir pasar del segundo párrafo.

Tenía cincuenta y seis años. Le quedaban catorce meses.

El primer párrafo estaba bien: agradecía los treinta y un años, mencionaba a dos supervisores y decía que había sido un privilegio.

El segundo era el problema.

El segundo párrafo era donde ella quería escribir la verdad, y llevaba tres semanas comprobando que la verdad no cabía en una carta de jubilación.

La verdad era esta:

Que en treinta y un años había abierto mil ciento cuarenta expedientes y había cerrado mil ciento treinta y ocho.

Que había llevado una media de cincuenta y siete casos activos simultáneos durante toda su carrera, cuando el máximo recomendado por el propio estado eran veinte.

Que en 1994, el año que peor recordaba, había tenido setenta y uno.

Que había pedido refuerzos por escrito once veces.

Que en 1996 se lo había dicho a un concejal en una comida, y el concejal le había dicho que hacía una labor admirable.

Y que había una parte del trabajo de la que no hablaba con nadie, ni con su exmarido cuando lo tenía, ni con sus hijos, ni con las compañeras: la parte en que uno aprende, sin proponérselo, a cerrar.

Porque los expedientes hay que cerrarlos.

Porque si no cierras, no puedes abrir el siguiente.

Porque hay una casa en la que probablemente pasa algo y hay otras cuarenta esperando, y en algún momento de los años ochenta Victoria Sánchez desarrolló una capacidad que le permitió sobrevivir treinta y un años en aquel trabajo y que consistía en lo siguiente:

En entrar en una casa donde una mujer se ha duchado, se ha vestido y se ha pintado los labios a las once de la mañana de un martes de diciembre, y en decidir que eso es una buena señal.

A mediodía dejó la carta.

Se fue al centro comercial y compró un regalo de cumpleaños para su nieta pequeña, que cumplía cuatro años el jueves: un juego de médicos de plástico, con estetoscopio y jeringuilla, que le pareció una elección graciosa y un poco irónica.

Comió sola en el patio de comidas, mirando a la gente.

Por la tarde habló cuarenta minutos por teléfono con su hijo de Denver.

Le contó que estaba escribiendo la carta y que no le salía. Él le dijo que la escribiera corta, que nadie las lee.

—Ya lo sé que nadie las lee —dijo ella—. La escribo para mí.

—¿Y qué quieres decir?

Victoria Sánchez se quedó callada un momento, con el teléfono entre el hombro y la oreja, mirando la libreta abierta sobre la mesa.

—Que hice lo que pude —dijo—. Y que no fue suficiente, y que eso no es lo mismo que no haber hecho nada, pero tampoco es lo

contrario.

—Mamá, eso es muy largo para una carta.

—Ya.

Se rieron los dos.

Cenó a las ocho: pollo con arroz, un vaso de vino blanco, un programa de la televisión que llevaba once años viendo.

A las nueve y diez recogió la cocina.

A las nueve y cuarto sacó la basura.

El contenedor estaba en la esquina, a cuarenta metros de su puerta, y había una farola que llevaba desde junio sin funcionar y por la que ella había llamado dos veces al ayuntamiento.

En la libreta que quedó abierta sobre la mesa de la cocina, y que la policía de Appleton fotografió el 10 de agosto de 2008 y catalogó como sin relevancia, el segundo párrafo de la carta de jubilación de Victoria Sánchez estaba empezado seis veces y tachado seis veces.

La última versión, la que no llegó a tachar, decía:

«Lo que más me gustaría decir, y que probablemente no diga, es que a lo largo de estos años ha habido casas en las que debí quedarme un rato más».

Su hijo se llevó la libreta a Denver.

En diciembre de 2024 se la enseñó a un detective de Oshkosh que había volado hasta Colorado para hablar con él una tarde.

—Mi madre nunca supo por qué la mataron —dijo—. Murió pensando que fue por un bolso.

Tom Brenner leyó el párrafo tres veces y no fue capaz de decirle a aquel hombre que su madre había muerto exactamente por eso: por una casa en la que debió quedarse un rato más.

Le dio las gracias, le devolvió la libreta y cogió el vuelo de las once y cuarenta.

Se lo contó a Rachel Kim doce días después, en una cocina, a las dos de la mañana.

Y Rachel le dijo la única cosa que se podía decir:

—Hizo usted bien en callarse.

—No estoy seguro.

—Yo sí —dijo ella—. Hay verdades que no son para el que las oye. Son para el que las cuenta.

Capítulo 10
Tres vidas construidas encima

2009 - 2013.

Lo que nadie entiende de los secretos grandes es que no impiden vivir.

Los organizan.

Marcus terminó el máster en 2011 y el doctorado en 2014.

Se especializó en trauma complejo, que era la especialidad más difícil y la peor pagada, y eligió esa combinación con una deliberación que su directora de tesis interpretó como vocación.

La tesis se tituló Lealtad patológica y disonancia moral en sistemas familiares cerrados. Doscientas noventa páginas. Su directora escribió en el informe que era «inusualmente intuitiva».

Marcus leyó esa palabra —inusualmente— en el despacho de la facultad, delante de ella, y tuvo que decir que le había sentado mal el café y salir al pasillo.

Conoció a Priya Raghunathan en 2012, en un congreso en Portland, discutiendo sobre metodología en el turno de preguntas de una ponencia mala. Ella tenía razón y él lo reconoció públicamente, y aquella noche cenaron con otras nueve personas y a las dos de la mañana quedaban ellos dos.

Se casaron en 2015 en un jardín de Berkeley con cuarenta invitados.

Michael fue el padrino y dio un discurso de siete minutos que hizo llorar a la madre de Priya.

Mason asistió, se sentó en la segunda fila, no habló con casi nadie y se marchó antes del baile.

Ravi nació en 2017. Nila en 2020.

Priya era una de las personas más inteligentes que Marcus había conocido en su vida, y no supo absolutamente nada durante veinte años.

Ese fue el logro de su existencia, si es que se le puede llamar así.

Y lo consiguió con una técnica que descubrió por accidente en 2013 y que después perfeccionó hasta convertirla en un reflejo.

No mentía.

Mentir deja huellas. Mentir obliga a recordar la mentira, a mantener versiones, a evitar temas. Mentir cansa y el cansancio se nota.

Lo que hacía era otra cosa: ser tan absolutamente honesto sobre todo lo demás —sus miedos, su infancia, su padre, su madre, su culpa difusa, sus pesadillas, su terapia, sus dudas profesionales— que el hueco quedaba tapado por el puro volumen de verdad que había alrededor.

Priya sabía lo de Robert. Sabía lo de la depresión de Eleanor y lo de las cortinas cerradas y lo del vaso en la mesilla. Sabía que Marcus lloraba a veces sin motivo aparente los domingos por la tarde y que tenía pesadillas recurrentes con bosques.

Todo era verdad. Cada palabra.

En 2019, en terapia de pareja —la propuso ella, y Marcus aceptó en el mismo segundo, porque negarse habría sido una señal—, la terapeuta le preguntó si había algo que nunca le hubiera contado a su mujer.

Marcus se tomó su tiempo.

Miró la planta de la esquina. Miró a Priya. Volvió a mirar la planta.

—Sí —dijo.

Priya se giró hacia él en el sofá.

—Cuando tenía trece años, dejé que le hicieran daño a un chico. —Habló despacio—. Se llamaba Derek Hoffman. Me estuvo pegando dos cursos. Y un día mis hermanos fueron a por él, en un bosque detrás del campo de béisbol, y yo estuve ahí de pie a dos metros. No hice nada. Ni para pararlo ni para ayudar. Solo miré.

La terapeuta asintió despacio.

—¿Y qué siente al recordarlo?

—Que descubrí quién era —dijo Marcus—. Con trece años. Y que llevo desde entonces intentando que no sea verdad.

Priya le cogió la mano y lloró un poco.

Aquella noche, en la cama, le dijo que lo quería más que antes de la sesión, y que le parecía increíblemente valiente haber dicho eso en voz alta.

Marcus se quedó tumbado en la oscuridad, con la mano de su mujer en la suya.

Y pensó que acababa de decir la verdad más profunda de su vida, sin una sola palabra falsa, y que le había servido para enterrar la otra doce metros más abajo.

Michael no se casó.

Tuvo cuatro relaciones largas. Todas terminadas por la otra parte. Todas terminadas, según le contó una vez a Marcus en un aeropuerto, con variantes de la misma frase: no estás aquí.

—¿Y qué les contestas? —preguntó Marcus.

—Que tienen razón.

A partir de 2016 dejó de intentarlo.

Su carrera, en cambio, fue vertical.

Entró en Brennan, Cole & Whitmore en 2010 como asociado de primer año, con un despacho interior sin ventana y ciento noventa horas facturables al mes.

Socio junior en 2014.

Socio de pleno derecho en 2018, el más joven en los sesenta y un años de historia del despacho, con treinta y un años.

Su especialidad era la defensa penal de alto perfil y su método era conocido en tres estados.

Michael Kopelman no discutía si su cliente lo había hecho.

Michael Kopelman discutía si el Estado podía demostrarlo con material admisible.

Era, decían sus rivales en las cenas del Colegio, como jugar al ajedrez contra alguien que se ha aprendido de memoria el reglamento, el manual del árbitro y el historial disciplinario del árbitro.

Dieciséis juicios por homicidio. Catorce absoluciones.

Nadie hizo nunca en voz alta la pregunta obvia sobre esa cifra, porque en el mundo de Michael la pregunta obvia sonaba a envidia y la envidia se paga cara.

En 2013 aceptó a un cliente llamado Wallace Tran, empresario de Waukesha, acusado de matar a su socio comercial de dos disparos en un almacén.

Michael consiguió que se excluyeran las grabaciones de una cámara de seguridad, por un defecto en la descripción del lugar en la orden judicial que ocupaba once palabras.

Tran fue absuelto el 4 de abril de 2013.

En julio, un abogado de treinta y cuatro años llamado David Chen publicó un artículo de cinco páginas en el boletín trimestral del Colegio de Abogados del estado.

El artículo no mencionaba a Michael por su nombre.

Hablaba de «una tendencia preocupante en la práctica penal del este de Wisconsin» y describía tres casos con suficiente detalle como para que cualquiera del gremio supiera exactamente de quién estaba hablando.

El párrafo final decía que el autor había solicitado formalmente al Colegio la apertura de un expediente informativo.

Y Mason.

Mason se licenció en Informática en 2009, en un programa a distancia de la Universidad de Wisconsin-Stout, y pisó el campus once veces en cuatro años.

Trabajó desde entonces en remoto. Primero backend, después sistemas distribuidos, y a partir de 2015 seguridad.

Era muy bueno. Esa era la palabra que usaban todos sus jefes en las evaluaciones, y en 2018 una de ellas escribió, en un formulario que Tom Brenner leería seis años más tarde: «Mason ve el fallo antes de que exista. No sé cómo lo hace».

Cambiaba de empresa cada dos o tres años, siempre por iniciativa propia, siempre en buenos términos, siempre con dos semanas de preaviso.

Vivía solo en un apartamento de una habitación en el East Side de Madison, tercer piso sin ascensor, alquiler estable desde 2011.

Tenía dos plantas —un potos y una sansevieria—, un gato llamado Nueve, y una rutina que no varió en quince años.

Se levantaba a las 6:40. Corría ocho kilómetros por el paseo del lago. Trabajaba de ocho a cinco. Cenaba a las siete. Leía hasta las once.

No bebía. No fumaba. No tenía deudas ni tarjetas de crédito.

Sus vecinos, cuando los entrevistaron en noviembre de 2024, dijeron todos casi exactamente lo mismo, con esa monotonía escalofriante que sale en todos los reportajes de todos los casos:

Que era muy tranquilo.

Que siempre saludaba en la escalera.

Que una vez, en 2021, había subido la compra a la señora del 2B durante tres semanas seguidas cuando ella se rompió la cadera, sin que nadie se lo pidiera, y que se había negado a aceptar dinero.

Todo eso era verdad.

En el sótano de ese mismo edificio, en un trastero de metro y medio por dos alquilado a nombre de una sociedad de responsabilidad limitada constituida en Delaware en 2011 por Michael Kopelman, había una caja de plástico gris de las de guardar ropa de invierno.

Dentro había once objetos.

Un reloj de mujer.

Un par de pendientes.

Una tarjeta de biblioteca.

Y ocho cosas más.

Capítulo 11
El artículo

Milwaukee, Wisconsin. Noviembre de 2013.

David Chen no tenía absolutamente ninguna relación con Sarah Chen.

Era una coincidencia de apellido —el cuarto más común entre los estadounidenses de origen chino— y esa coincidencia le costaría a Tom Brenner cinco días de trabajo en noviembre de 2024 antes de poder descartarla del todo.

Tenía treinta y cuatro años. Se había licenciado en Marquette en 2004 con el número once de su promoción, y había rechazado dos ofertas de despachos grandes para trabajar en una clínica jurídica sin ánimo de lucro especializada en desahucios.

Ganaba cincuenta y un mil dólares al año.

Tenía una novia llamada Elise Moreau, arquitecta técnica, con la que llevaba seis años, y una bicicleta de carretera que le había costado más que su coche y sobre la que su madre hacía bromas en todas las cenas familiares.

Y era, según dijeron después todos los que lo conocieron, insoportablemente honesto.

Esa fue la palabra que usó su propio jefe en el funeral: insoportablemente.

El expediente informativo del Colegio de Abogados se abrió el 12 de septiembre de 2013.

No era gran cosa.

Michael lo supo el mismo día, porque Michael sabía todo el mismo día y porque tenía dos personas en la secretaría del Colegio que le debían favores.

Contrató a un abogado disciplinario de Madison, un hombre de sesenta años llamado Petrucci que llevaba treinta en esa especialidad. Preparó una respuesta de cuarenta páginas con nueve anexos.

Y según todos los cálculos razonables —según los propios cálculos de Petrucci, que se los facturó por escrito—, el expediente iba a cerrarse sin sanción en un plazo de seis a nueve meses.

Marcus lo llamó en cuanto se enteró.

Se enteró tarde, en noviembre, por una conversación de pasillo en un congreso, de la manera más estúpida posible: alguien mencionó que había un abogado en Milwaukee dando la lata con un tema de ética profesional.

—Dime que no.

—No sé de qué me hablas.

—Michael. Dime que no.

—Marcus, tengo una reunión en seis minutos.

—¡Dime que no!

Hubo una pausa larga al otro lado. Se oía tráfico. Michael estaba en la calle, no en el despacho.

—No —dijo Michael.

Y colgó.

Marcus se quedó con el teléfono en la mano, de pie en el pasillo alfombrado de un centro de congresos de Denver, con la acreditación colgando del cuello y una taza de café en la otra mano.

Y no supo —no lo supo entonces, ni lo sabría con certeza absoluta nunca, ni siquiera en marzo de 2025, ni siquiera sentado en un estrado con la mano sobre una Biblia— si su hermano acababa de negar la acusación o de negarse a responderla.

David Chen murió el 3 de diciembre de 2013.

Lo encontró Elise Moreau a las 19:40, en el garaje de la casa que alquilaban en el barrio de Bay View, cuando volvió de trabajar.

El coche estaba en marcha. La puerta del garaje, cerrada. La puerta que comunicaba con la casa, cerrada y con una toalla enrollada al pie.

Había una nota escrita a mano, en una hoja de cuaderno, sobre el capó, sujeta con la llave del coche.

El toxicológico salió coherente: monóxido, sin alcohol, sin medicación.

La letra fue verificada por un perito calígrafo del estado y confirmada como suya con un grado de certeza alto.

No había signos de lucha. No había lesiones defensivas. La puerta basculante del garaje no mostraba manipulación ni marcas de palanca.

El forense del condado de Milwaukee dictaminó suicidio el 11 de diciembre.

Elise Moreau se opuso desde el primer día.

Dijo que David no estaba deprimido, y lo dijo sabiendo perfectamente que eso es lo que dice todo el mundo.

Dijo que estaba, de hecho, insoportablemente contento aquella semana, porque el lunes le habían aceptado a trámite un caso colectivo de vivienda que llevaba dos años intentando levantar y por el que había trabajado cuatrocientas horas sin cobrar.

Dijo que habían quedado esa noche para cenar en un sitio nuevo de la avenida Kinnickinnic y que él había hecho la reserva a las 16:15 desde su móvil, y que ella tenía el mensaje de confirmación del restaurante en el teléfono, y que si alguien quería verlo se lo enseñaba.

Nadie quiso verlo.

Y dijo, sobre todo, que la nota estaba mal.

No la letra. La letra era suya, eso no lo discutió nunca.

El contenido.

—Decía cosas que no eran suyas —declaró en noviembre de 2024, en una habitación de un hotel de Milwaukee, frente a un detective que había conducido dos horas para escucharla y que llevaba once años sin que nadie lo hiciera—. Decía que había sido una carga. David no usó esa palabra en su vida. Yo estuve seis años con él y no la usó nunca, ni sobre él ni sobre nadie.

—Siga.

—Y decía: lo siento mucho, papá. —Elise Moreau levantó la cara —. Su padre estaba vivo, detective. Su padre está vivo ahora mismo, en Wauwatosa, tiene ochenta y un años. Ese hombre vino al funeral de su hijo y leyó un poema.

Tom Brenner, que llevaba veintidós años cargando con una nota escrita a mano dirigida a un padre muerto cuatro años antes, se levantó y salió al pasillo.

Estuvo fuera cuatro minutos.

Cuando volvió, Elise le había servido un vaso de agua del grifo del baño y no dijo absolutamente nada sobre su ausencia, y Tom le agradeció esas dos cosas durante el resto del caso.

Elise Moreau presentó dos escritos y una queja formal ante la oficina del forense.

El primer escrito recibió respuesta en cuarenta y un días. El segundo no recibió ninguna.

Nadie reabrió nada.

En 2015 dejó Milwaukee y se fue a trabajar a un estudio de Saint Paul. Volvió en 2021.

Cuando Tom la encontró, casi once años después de la muerte, lo primero que ella le dijo —antes de saludar, antes de invitarlo a sentarse, con la puerta de la habitación todavía abierta— fue:

—¿Cuánto tiempo llevan?

—¿Perdón?

—Los que lo hicieron. —Le temblaba la voz y no hizo ningún esfuerzo por disimularlo—. Llevo once años sabiendo que hay alguien. Once. No sé quién y no sé por qué y me da igual. Solo quiero saber cuánto tiempo llevan.

Tom tardó en contestar.

—Creo que veinte años —dijo.

Elise Moreau asintió despacio.

Se sentó en el borde de la cama y se echó a llorar de una manera que Tom no había visto llorar a nadie en diecinueve años de notificar muertes:

Sin ninguna sorpresa.

El expediente disciplinario contra Michael Kopelman se cerró sin sanción el 4 de marzo de 2014.

El motivo formal, recogido en dos líneas, fue que el promotor de la queja había fallecido y que ninguna otra parte había manifestado interés en continuar el procedimiento.

Marcus voló a Chicago en enero de 2014.

No avisó. Cogió un vuelo de las seis y media de la mañana, aterrizó a las ocho, y se pasó el día entero en la ciudad sin llamar a nadie.

Se presentó en el vestíbulo del despacho a las siete y media de la tarde, con la barba de tres días y el abrigo mojado de nieve derretida, y se quedó de pie delante del mostrador hasta que la recepcionista, incómoda, llamó arriba.

Michael bajó en cuatro minutos.

No dijo nada en el ascensor. Lo llevó a una sala de reuniones vacía de la planta once, cerró la puerta y encendió solo la lámpara de la esquina, dejando la mesa larga en penumbra.

—No puedo seguir —dijo Marcus.

—Sí puedes.

—Michael, era un hombre que escribió un artículo.

—Era un hombre que iba a inhabilitarme.

—¡Un expediente informativo! ¡Petrucci te dijo por escrito que se cerraba sin sanción, lo he—!

Se calló.

Michael lo miró.

—¿Cómo sabes tú lo que me dijo Petrucci?

—Porque llamé a su despacho en diciembre haciéndome pasar por ti —dijo Marcus—. Tenemos la misma voz, Michael. Llevamos veintiséis años teniendo la misma voz y es la primera vez en mi vida que lo uso para algo.

Se hizo un silencio de varios segundos.

Y entonces Michael Kopelman hizo algo que Marcus no le había visto hacer nunca:

Se rió.

Fue una risa corta, sin ninguna alegría, de una sola sílaba.

—Nunca sabes qué encuentran cuando empiezan a mirar —dijo, y se sentó, y se aflojó la corbata, cosa que Marcus tampoco le había visto hacer nunca—. Esa es la única cosa que se aprende de verdad en esta profesión. No importa lo que buscan. Importa dónde miran. Le abres un cajón a alguien por una cosa y encuentra otra.

—Voy a ir a la policía.

—No, no vas.

—¿Por qué estás tan seguro?

Michael levantó la cara.

Y por primera vez en toda la conversación, en toda la década, Marcus le vio en la cara algo que no le había visto nunca: cansancio auténtico. No estratégico. No calculado.

—Porque yo también he pensado en ir —dijo Michael.

El silencio que siguió duró casi un minuto entero.

Fuera se oía el tráfico de Wacker once pisos más abajo.

—Lo pensé en 2009 —continuó—. Después de Victoria. Marzo, creo. Estuve una noche entera sentado en el sofá con el número del FBI marcado en el teléfono. —Se pasó la mano por la cara—. Lo tuve marcado. Solo tenía que apretar. Y estuve así desde las once hasta las cuatro y media de la mañana.

—¿Y?

—Y entonces hice lo que hago siempre. —Levantó la vista—. Calculé.

—Eso no es un cálculo. Eso es una excusa.

—Déjame terminar.

Michael empezó a enumerar con los dedos, sin ningún énfasis, con la misma entonación con la que habría leído una factura de servicios.

—Mason: perpetua. Sin discusión, sin atenuantes, sin acuerdo posible. Yo: quince a veinte años por obstrucción, encubrimiento y conspiración, más inhabilitación permanente. Tú: siete a doce.

—Michael—

—Mamá: sola, sin nadie, con la prensa en la puerta durante dos años. Setenta y dos años, sin ingresos propios, sin un hijo libre. —Un dedo más—. Y las familias. La familia de Jennifer Matthews, que lleva cinco años empezando a estar bien. La familia de Victoria Sánchez, que lleva uno. Los dos hijos, los tres nietos. Todos ellos vuelven a la casilla uno y esta vez con cámaras en el jardín y con reporteros preguntándoles cómo se sienten.

Bajó la mano.

—Eso es el cálculo, Marcus. Me llevó cinco horas y media hacerlo y llevo cinco años sin encontrarle un error.

—Hay un error.

—¿Cuál?

—Que en tu cálculo no hay nadie que todavía esté vivo. —Marcus seguía de pie—. Solo cuentas el daño de contarlo. No

cuentas el daño de no contarlo, porque ese daño todavía no tiene nombre ni cara y no se puede meter en la columna.

Michael no contestó inmediatamente.

—Sí —dijo al final—. Ese es el error.

—¿Y?

—Y no lo he corregido. —Lo miró—. Ese es el problema, Marcus. Que siempre son las dos cosas a la vez. Es un cálculo y es una excusa, y saber que es una excusa no lo convierte en falso.

Marcus voló de vuelta esa misma noche, en el último vuelo, con dos asientos vacíos a su lado.

Llegó a casa a las dos de la madrugada. Priya estaba dormida con la lámpara de su lado encendida y un libro abierto boca abajo sobre el pecho.

Marcus le quitó el libro, apagó la lámpara y se metió en la cama con cuidado, sin despertarla, y se quedó mirando el techo hasta que empezó a entrar luz por la persiana.

Y sobre las cinco de la mañana entendió una cosa que le heló la sangre, y que sería exactamente lo que confesaría en una sala de interrogatorios sin ventana once años más tarde:

Que su hermano tenía razón en los números.

Que él había repasado el cálculo tres veces durante el vuelo y que salía igual.

Y que él, Marcus Kopelman, doctor en Psicología Clínica, especialista en trauma complejo, padre de un niño de dos años, no se había quedado callado por miedo, ni por lealtad, ni por amor a su hermano.

Se había quedado callado porque alguien le había dado una hoja de cálculo y la hoja salía a su favor.

Y eso lo convertía en una cosa completamente distinta de todo lo que había creído ser.

Interludio
David Chen, tres de diciembre

Milwaukee, Wisconsin. 3 de diciembre de 2013.

El 3 de diciembre de 2013, David Chen tuvo el mejor día laboral de su vida y no llegó a contárselo a nadie.

A las 9:20 de la mañana recibió un correo del tribunal del condado de Milwaukee admitiendo a trámite la demanda colectiva Ortega y otros contra Fairbrook Property Management.

Ciento nueve inquilinos. Cuatro edificios. Dos años de trabajo suyo y de una becaria llamada Priya Sandoval que cobraba nueve dólares la hora.

David Chen leyó el correo tres veces.

Después se levantó, salió al pasillo, volvió a entrar y le dijo a la becaria:

—Ha entrado.

—¿Qué ha entrado?

—Fairbrook.

Priya Sandoval se puso a gritar en mitad de una clínica jurídica sin ánimo de lucro, y David Chen se rió tanto que tuvo que sentarse.

Se lo contó a cuatro personas aquella mañana.

A su jefe, que le dio dos palmadas en el hombro y le dijo que no se hiciera ilusiones. A su madre, por teléfono, que le preguntó si eso significaba que iba a ganar más dinero y que se decepcionó con la respuesta. A un compañero de la facultad, por mensaje. Y a la señora Ortega, que era la demandante principal y que trabajaba limpiando oficinas en el turno de noche.

La señora Ortega no dijo nada durante unos segundos.

—¿Entonces nos van a escuchar? —preguntó al final.

—Nos van a escuchar.

—Ay, señor Chen.

Y colgó, porque estaba en el autobús y porque no quería llorar en el autobús.

David Chen tenía treinta y cuatro años.

Se había licenciado el número once de su promoción en Marquette y había rechazado dos ofertas de despachos grandes en 2004, una de ellas por ciento cuarenta mil dólares anuales.

Sus padres no lo entendieron nunca del todo, aunque su padre, que tenía setenta años y una tienda de electrodomésticos en Wauwatosa, había dejado de discutírselo en 2009.

Ganaba cincuenta y un mil dólares. Alquilaba una casa pequeña en Bay View con Elise Moreau, con la que llevaba seis años.

Tenía una bicicleta de carretera que le había costado tres mil dólares y sobre la que su madre hacía bromas en todas las cenas familiares.

Era, según dijeron después todos los que lo conocieron, insoportablemente honesto.

Esa palabra —insoportablemente— la usó su propio jefe en el funeral, y la gente se rió, y después se le quebró la voz y ya no pudo seguir leyendo.

A las 16:15 de aquella tarde, David Chen hizo una reserva para dos personas a las 20:30 en un restaurante nuevo de la avenida Kinnickinnic que había abierto en octubre y del que Elise había hablado tres veces.

El mensaje de confirmación llegó a su móvil a las 16:17.

Ese mensaje seguía en la memoria del teléfono once años después, y Elise Moreau lo ofreció a la policía en tres ocasiones distintas, y nadie quiso verlo ninguna de las tres.

A las 17:40 salió de la clínica.

Llevaba en la mochila el borrador de un escrito, una manzana que no se había comido y el ejemplar de diciembre del boletín trimestral del Colegio de Abogados del estado, en cuya página once seguía apareciendo, desde julio, un artículo de cinco páginas firmado por él.

Ese artículo había producido, en cinco meses, exactamente tres consecuencias.

Una llamada de felicitación de un profesor jubilado.

Un expediente informativo abierto contra un abogado de Chicago cuyo nombre él no había mencionado.

Y dos correos anónimos que David Chen borró sin contestar y que no le contó a nadie, tampoco a Elise, porque le pareció que eran de la clase de cosas que uno se busca cuando escribe algo así.

Llegó a casa a las 18:05.

Dejó la mochila en la entrada. Puso la calefacción, que tardaba media hora en subir. Contestó dos correos.

Y a las 18:30, aproximadamente, según reconstruyó Tom Brenner once años después con la ayuda de un vecino que había oído la puerta del garaje y que en 2013 no fue interrogado por nadie, David Chen salió al garaje.

Elise Moreau volvió a casa a las 19:40.

Encontró la mochila en la entrada, la calefacción a veintidós grados y la luz de la cocina encendida.

Y una casa demasiado silenciosa.

En la nota que había sobre el capó, escrita con su letra y verificada por dos peritos distintos con once años de diferencia, había una frase que Elise Moreau discutió durante toda su vida.

No la primera. No la última.

La tercera.

Decía que había sido una carga.

Y David Chen no usó esa palabra en su vida. Ni sobre él ni sobre nadie. Elise Moreau lo dijo en 2013, en 2014, en dos escritos, en una queja formal, en una habitación de hotel de Milwaukee en 2024 y en un estrado en 2025.

Y también decía: lo siento mucho, papá.

Su padre tenía sesenta y nueve años, estaba vivo, vivía a veintiséis minutos en coche de aquel garaje, y once días después leyó un poema en el funeral de su hijo con las manos temblando.

Se llama Henry Chen.

Tiene ochenta y un años y todavía abre la tienda de Wauwatosa tres mañanas por semana, porque dice que si se queda en casa piensa.

En marzo de 2025 recibió una carta certificada del Departamento de Justicia del estado de Wisconsin comunicándole que el expediente de la muerte de su hijo había sido reclasificado como homicidio.

Once años, tres meses y veintiún días después.

La leyó de pie, en la trastienda, entre dos cajas de lavadoras.

Después cerró la tienda, se sentó en el coche y llamó a Elise Moreau, que ya no era nada suyo pero que era la única persona en el mundo que iba a entender lo que significaba aquel papel.

—Lo han puesto —dijo—. Lo han puesto por escrito.

Y estuvieron los dos llorando por teléfono durante nueve minutos, un hombre de ochenta y un años en un coche aparcado y una mujer de cuarenta y siete en un estudio de arquitectura, sin decirse casi nada.

Capítulo 12
Allison Park

Green Bay, Wisconsin. Septiembre de 2019.

Entre diciembre de 2013 y septiembre de 2019 no murió nadie.

Y esos cinco años y nueve meses fueron los peores de la vida de Marcus Kopelman.

La gente cree que el infierno es la crisis. No lo es.

El infierno es el intervalo.

Marcus pasó cinco años esperando el teléfono.

Contestaba todas las llamadas al primer tono, incluidas las comerciales, incluidas las de números desconocidos, incluidas las que le entraban en mitad de una sesión con un paciente, y eso último llegó a costarle una queja formal en 2017.

Cuando veía el nombre de Michael en la pantalla, el pulso le subía a ciento treinta antes de deslizar el dedo. Lo comprobó una vez, con el reloj, por curiosidad clínica: ciento treinta y cuatro.

Cuando veía el de Mason —que llamaba tres o cuatro veces al año, siempre para nada, siempre para preguntar por los niños y por el trabajo— se encerraba en el baño antes de contestar.

En 2016 desarrolló una arritmia.

El cardiólogo le preguntó por el nivel de estrés y Marcus dijo que su trabajo era exigente, y el cardiólogo asintió y escribió trabajo exigente en el historial, y le recetó un betabloqueante que Marcus tomó durante dos años.

En 2017 empezó a beber.

No mucho, y nunca delante de Priya: dos dedos de whisky en el despacho de casa, entre las once y las doce de la noche, con la puerta cerrada y el vaso enjuagado antes de subir.

Lo dejó en 2018 él solo, sin ayuda y de un día para otro, en el momento exacto en que se vio a sí mismo escondiendo una botella detrás de la segunda fila de libros de su propia biblioteca.

Reconoció el gesto.

Se lo había visto hacer a su madre en la cocina de Merritt Avenue en 1996, detrás de las latas de conserva, y llevaba veintidós años sin acordarse de aquello.

Y en 2018 hizo la única cosa auténticamente buena de esos cinco años.

Abrió una consulta gratuita.

Dos tardes por semana, martes y jueves, de cuatro a nueve, en el mismo local, sin secretaria y sin cobrar. Hijos adultos de familias violentas. Sin coste, sin lista de espera y sin límite de sesiones.

Priya pensó que era generosidad y lo quiso más por ello, y se lo contó a sus padres en Navidad, y su suegro le estrechó la mano con las dos suyas.

Y en cierto modo lo era.

Marcus era extraordinariamente bueno en esas sesiones. Mejor de lo que era cobrando. Sus pacientes de los martes y jueves mejoraban más rápido que los de pago y él sabía perfectamente por qué: porque los entendía desde dentro, con una precisión que ningún manual le había dado nunca.

Pero por debajo había otra cosa, y Marcus la sabía perfectamente, porque era psicólogo y porque no había manera de no saberlo.

Estaba pagando.

Y llevaba la contabilidad.

No en papel —ni siquiera él se atrevió nunca a tanto—, pero sí en la cabeza, y con precisión.

Tres personas muertas por su silencio. Ciento cincuenta y siete pacientes atendidos gratis entre 2018 y 2024. Cuántas personas

salvadas hacen falta para compensar tres muertas.

La cuenta no salía nunca.

Y no salía porque las cuentas de ese tipo no salen jamás, y Marcus lo sabía mejor que nadie, porque se lo explicaba a sus propios pacientes dos tardes por semana con estas palabras exactas:

—Lo que le hicieron a usted no se cancela haciéndole cosas buenas a otras personas. La moral no es una balanza. Es un registro.

Y a las nueve de la noche cerraba el local, se subía al coche y hacía exactamente lo contrario.

Allison Park tenía veintiséis años.

En 2003 tenía diez y vivía en la casa de al lado de los Wolcott, en Racine, y declaró en instrucción que había visto a Bradley Harrison entrar en el jardín trasero la tarde del 14 de abril.

Su testimonio no llegó a usarse en el juicio: se excluyó junto con el resto del material cuando el juez estimó la moción de Sarah Chen, porque su identificación se había producido en una rueda de reconocimiento fotográfico realizada tres días después de la firma tardía del registro de custodia y toda la cadena quedó contaminada.

Una niña de diez años que dijo la verdad y a la que se le apartó por una fecha mal escrita.

En 2019 trabajaba de enfermera en el hospital Bellin de Green Bay, en la planta de oncología. Se iba a casar en abril de 2020.

El 2 de septiembre, a las 22:50, la encontró su prometido en el suelo del cuarto de baño.

Sobredosis de oxicodona.

Allison Park tenía una prescripción activa de oxicodona por una hernia discal de 2017. Había estado en un programa de reducción progresiva. Su historial mencionaba dos episodios de ansiedad tratados en 2018 y una anotación de su médico de cabecera sobre consumo por encima de la pauta.

El forense del condado de Brown dictaminó intoxicación accidental.

Nadie objetó nada.

Ni su prometido, ni sus padres, ni su hermano.

Todos tuvieron la misma sospecha silenciosa, y todos la tuvieron en la dirección equivocada: todos pensaron que Allison había recaído, y ninguno quiso decirlo en voz alta, y en el funeral se abrazaron y hablaron de lo mucho que trabajaba.

Fue la más limpia de las cuatro.

Y fue la única que Michael Kopelman no supo hasta después.

Eso —eso exactamente— fue lo que rompió el sistema.

El 18 de septiembre, Michael condujo desde Chicago hasta Madison sin avisar. Salió del despacho a las tres de la tarde, canceló dos reuniones y no dio explicaciones.

Aparcó frente al edificio de Mason a las cinco y cuarto. Subió los tres pisos y llamó a la puerta.

Mason abrió con el gato en brazos.

—Hola.

—¿Green Bay?

—Pasa.

—¿Green Bay, Mason?

—Que pases.

Michael entró.

El apartamento estaba impecable, como siempre. Había un cuenco de sopa a medias sobre la mesa, todavía humeando, y un libro abierto boca abajo al lado, con el lomo agrietado.

Y esos dos detalles domésticos —la sopa caliente, el libro— le revolvieron el estómago de una manera que no le pasaba desde noviembre de 2004.

—Teníamos un protocolo.

—Sí.

—Tú me llamas. Yo miro la ruta, miro las cámaras, miro los antecedentes, miro si existe alguna conexión que se pueda dibujar en una pizarra. —Michael no se sentó—. Ese es todo el sistema, Mason. Es literalmente lo único que hay entre nosotros tres y una perpetua.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué?

Mason dejó el gato en el suelo.

Se sentó en el borde del sofá, con los codos en las rodillas.

Y contestó con una sinceridad tan total que a Michael le pareció una agresión física.

—Porque cuando te llamo, se convierte en tuyo.

—¿Qué?

—Cuando te llamo, me haces preguntas. —Levantó la vista—. Me haces preguntas durante cuarenta minutos, y las preguntas son buenas, y son las correctas, y al final de las cuarenta preguntas la cosa ha dejado de ser mía y se ha convertido en un problema de logística. Rutas. Horarios. Cámaras.

—Ese es el objetivo.

—Ya lo sé. —Mason se pasó la lengua por los labios—. Y yo no estoy resolviendo un problema de logística, Michael. Estoy haciendo la única cosa que hago.

—Estás confesando que no quieres control.

—Estoy diciendo que llevas quince años convirtiendo lo mío en tuyo. Y que en algún momento, entre Victoria y ahora, dejé de reconocerlo.

Michael se quedó de pie en medio del salón.

Y entonces Mason dijo la frase que Michael Kopelman repetiría, palabra por palabra y sin poder evitarlo, cinco años y dos meses más

tarde, a las tres de la madrugada, en la única conversación que tuvo con Tom Brenner fuera de una sala oficial:

—Tú no me proteges a mí, Michael. Te proteges de la versión de ti que quiso que Victoria Sánchez muriera.

Michael salió sin contestar.

Bajó los tres pisos, se subió al coche y condujo tres horas y media de vuelta a Chicago sin poner la radio.

A la altura de Kenosha tuvo que salir en un área de servicio y aparcar en el extremo del aparcamiento de camiones, porque le temblaban demasiado las manos para sostener el volante con seguridad.

Estuvo veinte minutos ahí parado.

Después entró, se compró un café que no se bebió, y siguió.

Entre 2019 y 2024, los tres hermanos Kopelman se vieron exactamente cuatro veces.

Todas en Navidad. Todas en la casa de Merritt Avenue. Todas delante de su madre, que ponía la mesa para cuatro y hablaba del tiempo y de las obras de la calle.

No volvieron a hablar del asunto ni una sola vez.

Y esa fue, según diría Rachel Kim en su informe pericial de febrero de 2025, «la decisión más peligrosa que tomó ese sistema familiar en veinte años»:

«El sujeto tercero permaneció durante cinco años sin ningún tipo de contención externa, en un contexto en el que la contención previa —por deficiente y moralmente aberrante que fuera— había venido funcionando como regulador de frecuencia.

La ruptura de ese vínculo no redujo el riesgo.

Lo liberó».

Interludio
Allison Park tenía diez años

Racine, 2003 - Green Bay, 2019.

En abril de 2003, Allison Park tenía diez años y estaba subida a la valla del jardín trasero de su casa comiendo un helado de naranja.

Desde ahí se veía el jardín de los Wolcott.

Eso fue todo lo que hizo en su vida para acabar dentro de un expediente judicial: estar subida a una valla a la hora equivocada, en el único sitio del vecindario desde el que se veía una puerta lateral.

Declaró tres veces.

La primera, a los cuatro días, en el salón de su casa, con su madre al lado y un agente que se sentó en el suelo para quedar a su altura y que le habló muy despacio.

La segunda, tres semanas después, en una sala del juzgado de menores con una psicóloga presente.

Y la tercera, en octubre, en una rueda de reconocimiento fotográfico con seis imágenes sobre una mesa.

Allison Park señaló la número cuatro sin dudar.

—¿Estás segura, cariño?

—Sí.

—¿Cómo de segura?

—Segura segura.

Tenía diez años y once meses y no se equivocó.

Su testimonio no llegó a usarse.

En febrero de 2004, la abogada de la defensa presentó una moción de setenta y una páginas argumentando que la cadena de custodia del material probatorio se había roto el 17 de abril de 2003,

cuando un técnico de laboratorio firmó el registro de entrada con cuarenta minutos de retraso.

Y argumentó, en el apartado cuarto, que la rueda de reconocimiento fotográfico realizada tres días después de aquella firma se había practicado sobre una investigación ya contaminada, y que además la menor había sido expuesta a cobertura mediática local en el intervalo.

El juez estimó la moción el 3 de marzo de 2004.

Se excluyó todo.

Incluida una niña de diez años que había dicho la verdad y que la habría dicho igual delante de doce personas.

Nadie se lo explicó.

Esa es la parte que consta en el informe pericial de Rachel Kim y que ella subrayó en la vista de determinación de pena de 2025:

Que nadie llamó a los padres de Allison Park para explicarles qué había pasado.

Que la familia se enteró por el periódico local el 11 de junio de 2003 —una noticia de seis párrafos titulada «Sobreseído el caso Harrison»— y que la madre tuvo que explicarle a su hija de once años, en la cocina, con el periódico abierto sobre la mesa, que el señor de la casa de al lado se iba a casa.

—¿Y lo que yo dije?

—Lo que tú dijiste estuvo bien, mi vida.

—¿Y entonces?

Su madre no supo qué contestar y le dijo que se fuera a jugar.

Allison Park se hizo enfermera.

Nadie de su familia estableció nunca la conexión y probablemente no la había, o probablemente la había y nadie quiso decirlo en voz alta, que es lo que pasa en las familias.

Trabajaba en la planta de oncología del hospital Bellin de Green Bay desde 2016.

Sus compañeras dijeron después que era la que se quedaba.

Esa fue la expresión que usaron tres de ellas por separado, con las mismas palabras, en tres conversaciones distintas con un detective de Oshkosh en diciembre de 2024.

La que se quedaba. Cuando alguien estaba solo. Cuando alguien iba a morirse esa noche y no tenía a nadie. Cuando la familia vivía lejos y no llegaba a tiempo.

Allison Park se quedaba.

No lo cobraba y no lo apuntaba.

En 2017 se hizo una hernia discal levantando a un paciente de ciento diez kilos que se le vino encima, y a partir de ahí vino la oxicodona, y a partir de ahí vino el programa de reducción, y a partir de ahí vinieron dos episodios de ansiedad en 2018 y una anotación de su médico de cabecera sobre consumo por encima de la pauta.

Y a partir de ahí, en septiembre de 2019, vino la frase que dijeron todos sin decirla.

Se iba a casar el 18 de abril de 2020 con un profesor de secundaria llamado Trevor Nowak.

Habían reservado el sitio en enero. Tenían ciento diez invitados confirmados y una discusión abierta sobre la música.

El 2 de septiembre de 2019, Allison Park hizo un turno de doce horas.

A las 19:40 se sentó cuarenta minutos con un hombre de setenta y cuatro años llamado Emmett Boyle, que llevaba tres días en la habitación 407 y cuya hija estaba en un vuelo desde Phoenix que aterrizaba a las once y media.

Emmett Boyle murió a las 22:15.

Su hija llegó a las 23:50.

Y lo primero que la enfermera del turno de noche le dijo, en el pasillo, fue que su padre no había estado solo, que había habido alguien con él.

Allison Park ya se había ido a casa.

Trevor Nowak la encontró a las 22:50 en el suelo del cuarto de baño.

El forense del condado de Brown dictaminó intoxicación accidental el 6 de septiembre.

Nadie objetó nada.

Ni su prometido, ni sus padres, ni su hermano, ni las tres compañeras que habían dicho que era la que se quedaba.

Todos tuvieron la misma sospecha silenciosa y todos la tuvieron en la dirección equivocada, y en el funeral se abrazaron y hablaron de lo mucho que trabajaba y de lo cansada que estaba últimamente, y nadie dijo la palabra en voz alta.

Fue la más limpia de las cuatro.

En noviembre de 2024, Tom Brenner condujo hasta Green Bay para hablar con Trevor Nowak, que en cinco años se había casado con otra persona y tenía un hijo de dos años.

Le contó lo que tenían.

Trevor Nowak escuchó los once minutos enteros de pie, en la puerta de su casa, sin invitarlo a entrar, porque su mujer estaba dentro y no quería que oyera.

Cuando Tom terminó, no preguntó nada sobre Mason Kopelman. No preguntó cómo, ni por qué, ni si iba a haber juicio.

Preguntó una sola cosa.

—¿Entonces no recayó?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Estoy seguro.

Trevor Nowak se quedó con la mano en el marco de la puerta.

—He pasado cinco años pensando que no me di cuenta —dijo—. Cinco años. Todos los días.

—Ya lo sé.

—¿Se lo puede decir a sus padres? —Se le rompió la voz—. Por favor. Dígaselo usted, que es policía. A mí no me van a creer.

Tom Brenner condujo desde Green Bay hasta Appleton aquella misma tarde y estuvo dos horas en el salón de una casa con dos personas de setenta años.

Fue, según le dijo después a Rachel Kim, lo único bueno que hizo en todo el caso.

Capítulo 13
Los cinco años

2019 - 2024. Wisconsin, Chicago, San Francisco.

Lo que ocurrió entre septiembre de 2019 y octubre de 2024 fue nada.

Cinco años de nada, repartidos entre tres hombres que compartían un genoma y que dejaron de hablarse el mismo mes.

Y esa nada es la parte del caso que más costó reconstruir, porque no dejó rastro: no hay expedientes, no hay llamadas, no hay correos. Solo hay cuatro Navidades y un montón de días.

Tom Brenner tardó tres semanas en reconstruir esos cinco años y lo hizo del modo más lento posible: preguntando a la gente que estaba alrededor.

En diciembre de 2019, los tres hermanos Kopelman cenaron en la casa de Merritt Avenue.

Eleanor puso la mesa para cuatro.

Hizo pavo, aunque nadie se lo había pedido y aunque llevaba diez años haciendo pollo, y tardó cinco horas.

Michael llegó a las tres. Marcus a las tres y veinte, con Priya y con Ravi, que tenía dos años. Mason a las cuatro menos cuarto, en su Honda gris, con una caja de galletas comprada en una gasolinera.

Comieron a las cinco.

Hablaron de las obras de la calle Jackson, que llevaban ocho meses. Del tiempo. De un vecino que había vendido la casa. Del colegio al que iría Ravi.

Priya Raghunathan declaró en 2025 —por videoconferencia, desde California, con un abogado presente y sin mirar a la cámara— que aquella cena le pareció rarísima.

—¿En qué sentido rara?

—En que eran tres hermanos que llevaban un año sin verse y que no se preguntaron nada. Nada personal. Ni una sola pregunta en cuatro horas.

—¿Y a usted qué le pareció?

—Yo pensé que era cosa de hombres del Medio Oeste. —Priya se quedó callada un momento—. Y ahora me paso las noches pensando en aquella mesa.

En 2020 no hubo cena. Fue el año de la pandemia y nadie viajó.

Eleanor pasó la Navidad sola. Sus tres hijos la llamaron: Marcus once minutos, Michael cuatro, Mason veintiséis.

La llamada de Mason fue la más larga de las tres y la única en la que, según le contó Eleanor a la señora Dobrowski, se hablaron de verdad.

Le preguntó si tenía bastante comida. Le preguntó si estaba tomando la medicación. Le preguntó si le había arreglado alguien el canalón.

—No —dijo Eleanor—. Sigue igual.

—Ya voy yo en primavera.

No fue.

En 2021 los tres volvieron a la mesa.

En 2022 y 2023 también.

Cuatro cenas en cinco años, todas con la misma estructura, todas de cuatro horas, todas sin una sola pregunta.

Y en esos cinco años, cada uno hizo lo que sabía hacer.

Marcus atendió a ciento cincuenta y siete pacientes gratis. Publicó dos artículos y un capítulo de manual. Cumplió treinta y cinco años, y treinta y seis, y treinta y siete. Tuvo una hija en 2020 a la que llamó Nila y a la que quiso, según dijo en el estrado, «de una manera que me daba miedo, porque yo sabía lo que hay dentro de esta familia».

Dejó de beber. Empezó a correr. Se compró una bicicleta estática que usó cuatro meses.

Y todas las noches, entre las once y las doce, se sentaba en el despacho de casa a hacer una cosa que nunca le contó a nadie y que confesó en la vista de determinación de pena porque el fiscal se lo preguntó directamente:

Buscaba noticias.

Todas las noches, durante cinco años. Muertes accidentales en Wisconsin. Sobredosis. Suicidios. Robos con violencia.

Un hombre buscando en internet la prueba de que su hermano había vuelto a matar, para poder por fin no callarse.

—¿Y qué habría hecho si hubiera encontrado algo? —preguntó el fiscal.

Marcus Kopelman tardó bastante en contestar.

—No lo sé —dijo—. Y esa es la respuesta honesta y es la peor de todas.

Michael, en esos cinco años, ganó nueve juicios.

Compró un apartamento en Lincoln Park en 2021 por novecientos mil dólares y lo amuebló entero en un fin de semana con la ayuda de una decoradora, y dos años después seguía sin haber colgado un solo cuadro.

Su despacho lo nombró jefe del área penal en 2022.

Rechazó dos ofertas de otros bufetes.

Y en marzo de 2023 hizo una cosa que salió a la luz en su propio juicio y que nadie supo explicar del todo:

Constituyó un fondo fiduciario de doscientos mil dólares a nombre de una tal Doreen Matthews, de Rhinelander, Wisconsin.

Doreen Matthews es la madre de Jennifer Matthews.

Nunca supo de dónde venía el dinero. La notificación decía que era un fondo de compensación de un antiguo empleador de su hija,

y ella lo creyó, y lo usó para pagar la residencia de su marido, que tiene alzhéimer.

Cuando el fiscal se lo preguntó a Michael Kopelman en julio de 2025, él contestó:

—No voy a responder a eso.

—¿Reconoce haberlo constituido?

—Reconozco haberlo constituido y no voy a responder a por qué.

Y no respondió nunca.

Y Mason.

Mason, en esos cinco años, no hizo absolutamente nada.

Esa es la conclusión de dieciocho semanas de investigación y es la parte que más inquietó a Rachel Kim.

Trabajó. Corrió ocho kilómetros cada mañana. Leyó doscientos treinta y un libros, según el registro de préstamos de la biblioteca pública de Madison, que Tom Brenner solicitó y obtuvo en enero de 2025.

Cuidó de un gato.

Subió la compra a una vecina de setenta y nueve años durante tres semanas en 2021, sin que nadie se lo pidiera y negándose a aceptar dinero.

Votó en dos elecciones.

Fue al dentista.

Y no mató a nadie durante cinco años, un mes y doce días.

—Eso es lo que la gente no va a querer oír —dijo Rachel Kim en el estrado, el 13 de marzo de 2025, en la respuesta más citada de todo su testimonio—. Que durante cinco años este hombre fue exactamente igual que su vecino de rellano. Que si usted lo hubiera conocido en 2022 le habría parecido un hombre tranquilo y un poco solitario, y habría tenido usted razón.

—Doctora, ¿está usted diciendo que no era peligroso?

—Estoy diciendo que era las dos cosas —dijo Rachel Kim—. Que siempre fue las dos cosas y que las dos eran ciertas al mismo tiempo. Y que ese es el hallazgo más incómodo de todo este caso y el motivo por el que la gente va a preferir creer que era un monstruo, porque un monstruo se distingue en un rellano.

Capítulo 14
El año en que Mason dejó de esconderse

Madison, Wisconsin. Enero - octubre de 2024.

El 17 de marzo de 2024, Mason Kopelman cumplió treinta y siete años.

Marcus le mandó un mensaje a las nueve de la mañana: «Felicidades. Un abrazo». Michael le mandó otro a las once y cuarenta: «Felicidades». Sin punto final.

Eleanor lo llamó por la tarde y hablaron ocho minutos.

Hablaron del tiempo, que en marzo de 2024 fue malo incluso para Wisconsin, y de la señora Dobrowski, que se había caído en el porche y llevaba tres semanas con muletas, y de que había que arreglar el canalón.

—Sigue ahí lo del canalón —dijo Eleanor.

—Ya.

—Desde 2008.

—Lo sé, mamá.

—No te lo digo por eso.

—Ya lo sé.

Mason colgó, se sentó en el borde de la cama y estuvo dos horas sin moverse.

El gato subió, se le puso encima de las rodillas y se durmió, y él no lo tocó ni una vez.

Lo que pasó aquel año no fue una escalada.

Fue lo contrario.

Fue un desmontaje.

En febrero dejó de correr.

Llevaba dieciséis años corriendo ocho kilómetros cada mañana por el paseo del lago Mendota, en invierno con dos capas térmicas y frontal, y una mañana simplemente no se levantó a las 6:40.

A la semana siguiente tampoco.

En marzo cambió las zapatillas de sitio: las metió en el armario del pasillo, debajo de una caja, para no verlas al salir.

En abril dejó su trabajo.

Escribió un correo de tres líneas y dio dos semanas de preaviso.

Su jefa de equipo, una mujer de Denver llamada Corinne Baptiste que solo lo había visto por videollamada en cuatro años, le contestó a los once minutos pidiéndole que se lo pensara, que le mejoraba el salario un veinte por ciento y le daba dos meses sabáticos, y que era el mejor ingeniero de sistemas que había tenido nunca.

Mason contestó: «Gracias, Corinne. No es por el trabajo».

Y ella no volvió a escribir, porque hay respuestas que se entienden.

Corinne Baptiste declaró por videoconferencia en marzo de 2025 y tuvo que parar dos veces.

En mayo empezó a leer sobre sí mismo.

Esa es la parte que Rachel Kim consideraría clínicamente más importante de todo el caso, y la que Tom Brenner encontraría, meses después, en el historial del navegador de un portátil incautado en un trastero de metro y medio por dos.

Cuatrocientas once búsquedas entre el 3 de mayo y el 28 de septiembre de 2024.

Manuales de psiquiatría forense. Artículos de revistas indexadas sobre trastorno antisocial de la personalidad. Entrevistas con criminólogos. Actas de congresos. Tres tesis doctorales completas descargadas en PDF.

Y, en cuarenta y una ocasiones, publicaciones firmadas por M. Kopelman, doctor en Psicología Clínica.

Mason leyó todo lo que su hermano había publicado en veinte años.

No buscaba cómo no ser detectado.

Ese fue el detalle que a Rachel Kim le heló la sangre cuando revisó el historial: ni una sola búsqueda sobre técnicas forenses, sobre ADN, sobre procedimiento policial. Ni una.

Buscaba un nombre.

El 12 de junio le escribió a Marcus.

Fue el único mensaje largo que su hermano recibió de él en cinco años, y Marcus lo conservó, y en noviembre lo entregaría impreso a la policía con las manos temblando tanto que se le cayó al suelo del despacho de Tom Brenner.

«Marcus.

Llevo dos meses leyendo tus cosas. Los papeles que publicas y los libros que citas. También el capítulo del manual de 2019, que está muy bien y que supongo que nadie te ha dicho que está muy bien.

He leído todo lo que he encontrado sobre lo que soy, que es bastante más de lo que pensaba, y he llegado a una conclusión que creo que ni tú ni yo esperábamos.

No hay nada roto.

Toda la literatura da por supuesto que hay un daño. Una lesión, un trauma, un déficit, una privación temprana, un golpe en la cabeza a los seis años. Que en algún momento algo se estropeó y lo que queda es el hueco.

Y yo he buscado mi hueco durante veinte años, Marcus. Con seriedad. He buscado el momento exacto en que se rompió algo.

No existe.

No me pasó nada que no os pasara a vosotros dos. La misma casa. El mismo padre. La misma madre en la misma cama con las mismas cortinas cerradas. El mismo colegio, la misma maestra, el mismo bosque. El mismo ADN hasta el último par de bases: lo he mirado, hay artículos sobre trillizos monocigóticos y somos el caso de manual.

Y tú te dedicas a curar gente. Y Michael a sacarla de la cárcel. Y yo hago lo que hago.

Eso significa una de dos cosas. O es aleatorio, que es insoportable y además convierte a todo el mundo en una moneda al aire.

O yo no soy un error del sistema.

Soy una opción del sistema.

Llevo treinta y siete años escondiéndome de una cosa que no es una enfermedad. Y no pienso seguir haciéndolo.

No me llames.

M.»

Marcus lo llamó nueve veces esa noche.

La primera a las 21:14. La última a las 03:41.

Mason no contestó ninguna, y no volvió a escribirle nunca más.

El 3 de julio, Mason condujo a Chicago.

Aparcó en un aparcamiento público de la calle Monroe y se sentó en una cafetería de la acera de enfrente del edificio del despacho de su hermano, junto a la ventana, durante cuatro horas y diez minutos.

Pidió un café y después un té y después nada.

No entró.

Michael no lo vio nunca y no supo que había estado ahí hasta que se lo enseñaron en un tribunal.

Pero una cámara de tráfico de la esquina de Wacker con Monroe registró su coche entrando en el aparcamiento a las 10:52, y una cámara de la propia cafetería lo registró saliendo a las 15:04, y esas dos imágenes serían, el 12 de marzo de 2025, la prueba número 44 de la acusación contra Michael Kopelman.

No probaron absolutamente nada.

El jurado no se puso de acuerdo.

El 19 de agosto, Mason localizó a Sarah Chen.

No fue difícil. Su despacho tenía web, su web tenía biografía, y su biografía tenía tres casos destacados. Uno de ellos era el Estado contra Harrison.

Le llevó once minutos.

Lo que sí requirió tiempo —seis semanas, según reconstruyó Tom Brenner en diciembre a partir de solicitudes de archivo, peajes y una tarjeta de biblioteca— fue lo otro.

Encontrar a Michelle Wolcott.

Porque Mason Kopelman no quiso matar a Sarah Chen por lo que había hecho.

Quiso matarla por lo que le había pasado a la chica de la que ella se había olvidado.

Y para eso primero tenía que encontrarla.

Tenía que averiguar que Michelle Wolcott había dejado la universidad en 2004. Que se había mudado tres veces en cuatro años, a Kenosha, a Beloit y a Racine. Que había trabajado en dos residencias y en un almacén. Que en marzo de 2016 había desaparecido de todos los registros administrativos del estado de Wisconsin.

Y que nadie —ni su familia, ni la policía de tres condados, ni la abogada que la había destrozado en una sala en 2003— había ido a buscarla.

Solicitó registros por escrito. Once solicitudes en seis semanas. Pagó las tasas con giro postal.

Cruzó tres bases de datos de personas no identificadas.

Y el 24 de septiembre de 2024 encontró un registro de enterramiento de indigente en el cementerio municipal de Racine, correspondiente a una mujer no identificada recuperada del lago el 17 de marzo de 2016, sin ficha dental disponible, sin coincidencias.

Tumba 4-118.

Fue esa misma tarde.

Se quedó de pie delante de aquella placa de metal oxidada, en la parcela común, detrás del seto mal podado, durante cuarenta minutos.

Un jardinero del cementerio lo vio y lo recordó, y lo declaró en 2025, y dijo que le había extrañado porque en la parcela común no va nunca nadie, y que el hombre no lloraba ni rezaba ni hacía nada.

Solo estaba de pie.

Y ese fue, según reconstruiría Rachel Kim en el informe pericial que hizo llorar a dos miembros del jurado, el momento exacto en que aquel caso dejó de ser un caso de asesinato en serie y se convirtió en otra cosa mucho más difícil de mirar:

«El sujeto no seleccionó a la víctima final por impulso ni por acceso ni por oportunidad. La seleccionó tras un proceso de investigación documental de seis semanas, motivado por una injusticia real, verificable y no reparada.

Esto no lo hace menos culpable.

Lo hace más peligroso.

Un asesino que solamente desea matar es un problema de contención.

Un asesino que además tiene razón sobre algo es un problema de sociedad».

El 14 de octubre de 2024, a las 20:15, Sarah Chen salió del hotel Riverside de Oshkosh, donde asistía a unas jornadas del Colegio de Abogados del estado.

Llevaba abrigo azul marino y no llevaba paraguas.

Se subió a un coche voluntariamente.

La cámara del vestíbulo del hotel, una unidad de baja resolución instalada en 2017 y nunca actualizada, grabó los últimos once segundos en los que Sarah Chen estuvo viva en un lugar público.

Una mujer de cuarenta y ocho años, con abrigo azul marino, riéndose de algo que le acaba de decir un hombre al que claramente reconoce.

Tom Brenner vio esa grabación cuarenta y una veces.

La vio en el ordenador de la sala de reuniones, y en su portátil, y en el móvil a las cuatro de la mañana, y con Jenkins, y con Rachel, y solo.

Y en la número cuarenta y dos, a las 04:12 de la madrugada del 22 de octubre, con el edificio vacío y las cortinas cerradas, se dio cuenta de una cosa que llevaba una semana entera delante de los ojos.

El hombre de la grabación tenía la cara girada. No se le veía. Nunca se le vio.

Pero sostenía la puerta con la mano izquierda.

Interludio
Sarah Chen, la última semana

Chicago - Oshkosh. 7 - 14 de octubre de 2024.

Sarah Chen no quería ir a Oshkosh.

Llevaba tres semanas buscando la forma de no ir. Había intentado que fuera un asociado, había intentado moverlo a la sesión de primavera y había intentado, el jueves anterior, inventarse un conflicto de agenda que su propia secretaria desmontó en catorce segundos.

—Tiene usted la semana entera libre.

—Tengo la revisión del caso Bergstrom.

—El caso Bergstrom se cerró en agosto.

Sarah Chen suspiró.

—Resérveme el hotel —dijo.

Tenía cuarenta y ocho años. Era socia directora del área penal de un despacho de ciento diez abogados en South Wacker. Había estado en tres portadas de revistas del sector, la última en 2022, con un traje que odiaba y una postura que le había costado cuarenta minutos.

Se había divorciado dos veces. La primera en 2007, de un arquitecto. La segunda en 2018, de otro abogado, lo cual, según le dijo su hermana Wendy en la única conversación sincera que tuvieron sobre el tema, «era previsible desde el primer día, Sarah, hasta para mí, y yo vivo en Arizona».

No tenía hijos. Lo había decidido en 2004 y no se había arrepentido nunca, y estaba cansada de que la gente diera por hecho que sí.

El lunes 7 de octubre trabajó once horas.

El martes, doce.

El miércoles salió a las siete y media y fue al cine sola a ver una película que no le gustó, y se fue a los cuarenta minutos, y se compró un helado en la calle Clark y se lo comió andando, y aquella noche durmió ocho horas, cosa que no le pasaba desde julio.

El jueves 10 de octubre, a las 16:20, le devolvió la llamada a su hermana.

Fue la última conversación de las dos y duró seis minutos.

Wendy le contó que su hija menor había entrado en un equipo de natación. Sarah le contó que tenía que ir a Wisconsin a dar una ponencia sobre inteligencia artificial y descubrimiento de prueba, y que había escrito nueve páginas y no le convencía ninguna.

—¿Y de qué va?

—De que las máquinas van a poder leer cuatro millones de documentos en una tarde y de que eso va a cambiarlo todo.

—Suena bien.

—Suena a que dentro de diez años nadie va a poder esconder nada —dijo Sarah—. Y no sé si eso es bueno.

—¿Por qué no iba a ser bueno?

Sarah Chen se quedó un momento con el teléfono en la oreja, mirando por la ventana de la planta veintidós.

—Porque me he pasado la vida buscando lo que la gente escondió mal —dijo—. Los cuarenta minutos. La firma tardía. El sello que falta. —Se rió sin ganas—. Si las máquinas lo encuentran todo, yo no sirvo para nada.

—Sarah, tú no buscas eso.

—Sí que busco eso, Wendy. Es literalmente lo que hago.

Hubo un silencio de esos.

—Te tengo que dejar —dijo Sarah—. Te llamo el domingo.

—Vale.

No la llamó el domingo.

El viernes 11 hizo algo que quedó registrado en el sistema del despacho y que a Tom Brenner le costó cuatro días entender.

A las 21:40 de la noche, desde su terminal, Sarah Chen abrió el archivo digitalizado del caso Estado contra Harrison.

Era un expediente de 2003, escaneado en 2011 durante una migración de archivos, y desde entonces nadie lo había abierto.

Estuvo dentro cincuenta y un minutos.

No imprimió nada. No descargó nada. No envió ningún correo.

Solo lo leyó.

Y a las 22:31 lo cerró y se fue a casa.

Tom Brenner encontró ese registro el 21 de octubre y lo miró durante mucho rato.

Porque no encajaba con nada.

Nadie sabía todavía que Mason Kopelman había solicitado esa misma transcripción en agosto. Nadie sabía que la había recibido el 1 de septiembre. Y nadie iba a saber nunca por qué Sarah Chen, un viernes por la noche, tres días antes de morir, se quedó cincuenta y un minutos leyendo el caso que la había hecho famosa.

—Es una coincidencia —dijo Jenkins.

—Puede ser.

—Tom, la gente relee sus casos.

—Veintiún años después no.

Rachel Kim tenía otra teoría y no la dijo hasta enero.

—Creo que alguien le habló de él.

—¿Cómo?

—Creo que alguien la contactó antes. Por correo, por teléfono, en una de esas jornadas. Alguien le mencionó el nombre de Michelle Wolcott y ella no le dio importancia en el momento, y tres días después se sentó a mirarlo.

—Eso no lo podemos probar.

—No —dijo Rachel—. Pero explicaría dos cosas.

—¿Cuáles?

—Por qué abrió el expediente un viernes por la noche. —Rachel lo miró—. Y por qué se subió a un coche voluntariamente riéndose con alguien a quien reconoció.

El lunes 14 de octubre, Sarah Chen condujo tres horas hasta Oshkosh.

Llegó al hotel Riverside a las 15:40. Se registró en la habitación 412. Deshizo la maleta.

A las 18:00 asistió a la sesión inaugural.

A las 19:30 cenó en una mesa larga con once colegas y una ponencia insufrible de fondo, y se tomó dos copas de un Cabernet mediocre y dijo tres veces que estaba cansada.

A las 20:15 salió al vestíbulo a llamar a su hermana, que no le cogió el teléfono.

Wendy Chen estaba en la ducha.

Vio la llamada perdida a las nueve menos veinte y decidió devolvérsela al día siguiente, porque eran las ocho y cuarto en Wisconsin y las seis y cuarto en Arizona y su hija tenía entrenamiento.

Esa es la parte con la que Wendy Chen vive.

En la habitación 412 del hotel Riverside, la policía encontró una maleta a medio deshacer, un neceser, un cargador de móvil y nueve folios grapados sobre el escritorio.

Era la ponencia.

Estaba corregida a mano, en rojo, con la letra rápida de alguien que trabaja de pie.

En el margen de la página siete, junto a un párrafo sobre la capacidad de los sistemas automatizados para detectar irregularidades procesales en archivos históricos, Sarah Chen había escrito cuatro palabras que nadie ha sabido nunca cómo interpretar

y que Tom Brenner tiene enmarcadas en su despacho de asesor, en una fotocopia, junto a una hoja de una libreta verde:

«¿Y si hubiera mirado?»

Interludio
Michelle Wolcott, doce años

Racine, Wisconsin. 2004 - 2016.

Michelle Wolcott dejó la universidad en octubre de 2004, cuatro meses después de que Bradley Harrison saliera libre.

No hubo una decisión. Eso es lo que su madre intentó explicar durante ocho años a gente que apuntaba en formularios.

No dijo me voy. No hizo las maletas.

Simplemente dejó de ir a clase, primero un martes, después dos días, después una semana, y en noviembre la secretaría le mandó una carta y ella no la abrió, y en enero ya no estaba matriculada.

Tenía veinte años.

Trabajó en una residencia de ancianos de Kenosha durante catorce meses. La despidieron por faltas de asistencia.

Trabajó en un almacén de distribución de la 94 durante dos años y medio, en el turno de noche, cargando palés. Ese fue el trabajo que más le duró y el único del que hablaba.

—Le gustaba porque no había que hablar con nadie —dijo Dolores Wolcott, sentada en su salón, en noviembre de 2024, con la carpeta azul sobre la mesa—. Ocho horas cargando cajas y todo el mundo con los cascos puestos. Me decía: mamá, es el mejor sitio del mundo.

Se mudó tres veces en cuatro años.

Kenosha en 2005. Beloit en 2007. Racine en 2009.

Nunca más lejos de cincuenta minutos de la casa de su madre, y esa es una cosa en la que Dolores Wolcott pensó mucho después.

—Se iba, pero no se iba del todo —dijo—. Yo eso lo entendía.

En 2011 dejó de venir a las cenas de los domingos.

En 2012 empezó a llamar los sábados por la mañana, siempre entre las diez y las once, siempre once o doce minutos, y a Dolores le pareció que aquello era mejor que nada y no lo forzó.

Hablaban del tiempo. Del programa de las subastas. De una vecina.

Nunca de 2003.

Ni una sola vez en trece años.

—¿Nunca lo mencionó? —preguntó Tom.

—Una vez.

Dolores Wolcott se quedó mirando la fotografía de la repisa.

—En 2014. Por teléfono, un sábado. Estábamos hablando de nada y se quedó callada y me dijo: mamá, ¿tú te acuerdas de la señora del juzgado?

—¿Qué señora?

—La abogada. La que le hacía las preguntas.

—Sarah Chen.

—Yo entonces no sabía cómo se llamaba, detective. Nadie nos dijo nunca cómo se llamaba. —Dolores tragó saliva—. Y le dije que sí, que me acordaba. Y ella me dijo: pues yo sueño con ella. Y colgamos.

—¿Y usted qué hizo?

—Nada.

Se le quebró la voz por primera vez en toda la conversación.

—La llamé el sábado siguiente y hablamos del tiempo.

Michelle Wolcott desapareció el 4 de marzo de 2016.

Tenía veintinueve años, un apartamento de una habitación en Racine, un trabajo de reponedora en un supermercado y una gata a la que había puesto Nueve —una coincidencia que Tom Brenner descubrió en enero de 2025 y que le costó tres noches de sueño

hasta que verificó, por dos vías distintas, que era exactamente eso: una coincidencia—.

Su madre denunció la desaparición el 6 de marzo.

La denuncia se registró en Racine. Después, cuando los agentes vieron que había tenido domicilios en dos condados más, se abrieron expedientes paralelos en Kenosha y en Rock.

Tres expedientes. Tres números distintos. Tres sistemas que no se hablaban entre sí.

El cuerpo apareció el 17 de marzo, a doscientos metros del muelle, empujado por la corriente.

Sin identificación. Sin denuncia cruzada, porque los tres expedientes estaban abiertos como personas desaparecidas y no como posibles fallecidas, y porque el registro de no identificados del condado se cotejaba manualmente una vez al mes.

Y sin ficha dental.

El dentista de Michelle Wolcott, un hombre llamado Rasmussen que la había tratado desde los ocho años, se jubiló en 2009 y vendió la clínica. La clínica cambió de local en 2012 y los archivos en papel anteriores a 2005 se perdieron en la mudanza.

Esa es la cadena entera.

Un dentista que se jubila, una mudanza, tres números de expediente y un cotejo manual mensual.

Michelle Wolcott fue enterrada el 11 de abril de 2016 en la parcela común del cementerio municipal de Racine, en un ataúd de contrachapado, sin ceremonia y sin nadie presente salvo dos empleados municipales.

Tumba 4-118.

A cincuenta y cuatro minutos en coche de la casa donde su madre estaba llamando por teléfono a comisarías.

En diciembre de 2024, cuando por fin la identificaron y le entregaron los restos, Dolores Wolcott organizó un funeral en la

iglesia de Saint Casimir de Kenosha.

Fueron cuarenta y una personas.

Ese número no es casualidad y Dolores lo hizo a propósito: invitó a una persona por cada llamada anotada en su carpeta azul.

Vino su familia. Vinieron cuatro vecinos. Vinieron dos compañeras del almacén de la 94 que llevaban doce años sin verla y que se enteraron por las noticias.

Vino Trevor Nowak, que no la conocía de nada, y que condujo dos horas y media desde Green Bay porque un detective de Oshkosh le había contado quién era.

Y vino Tom Brenner, de paisano, y se sentó en la última fila.

Al final del funeral, Dolores Wolcott se acercó a él en el pasillo.

—¿Le puedo pedir una cosa, detective?

—Claro.

—Cuando le vea, dígale que fui. —Le sostuvo la mirada sin ningún temblor—. Dígale que al final sí que fue alguien.

Tom Brenner le dijo que se lo diría.

Y no se lo ha dicho.

Lleva desde diciembre de 2024 sin abrir un solo sobre de una caja de cartón que hay en un garaje, y eso significa, entre otras cosas, que hay un recado de una mujer de sesenta y ocho años que lleva casi dos años sin llegar a su destino.

Capítulo 15
Lo que había debajo del muelle

Condado de Racine, Wisconsin. 22 de octubre de 2024.

La llamada entró a las 6:05 de la mañana y Tom Brenner llevaba once minutos despierto.

Estaba de pie junto a la ventana de la sala de reuniones, con un café de máquina y la grabación del hotel congelada en el portátil, en el fotograma exacto de la mano izquierda.

—Detective Brenner.

—Soy Ana Villareal, sargento del Departamento del Sheriff del condado de Racine. Me han pasado su solicitud de anoche.

—¿Cuál de ellas? Mandé tres.

—La de exhumación de una parcela común del cementerio municipal. —Ruido de papeles—. Detective, antes de seguir necesito preguntarle una cosa. ¿Usted cómo supo que había que mirar ahí?

Tom se sentó en el borde de la mesa.

—No lo supe —dijo—. Lo dedujo el asesino y yo fui detrás de él.

—Explíquemelo.

—Sarah Chen defendió a un violador en 2003. La víctima era una chica de diecinueve años, Michelle Wolcott. Después del juicio, Michelle desapareció del mapa administrativo del estado. —Tom se pasó la mano por la cara—. Llevo tres días buscándola porque quien mató a Sarah Chen la buscó primero. Y si él la encontró, sargento, yo puedo encontrarla.

Al otro lado hubo un silencio de varios segundos.

—La encontramos ayer a las cuatro de la tarde —dijo Villareal—. Pero no en el cementerio.

Tom se puso de pie.

—¿Perdón?

—La tumba de indigente número 4-118 está registrada a nombre de una mujer no identificada recuperada del lago en marzo de 2016. Eso es lo que hay en el papel. —Ruido de páginas otra vez—. Ayer abrimos esa parcela porque su solicitud venía firmada por un fiscal y porque a mi capitán le pareció más fácil cavar que discutir con un detective de Oshkosh a las once de la noche.

—¿Y?

—Y encontramos el ataúd exactamente donde tenía que estar. En su cuadrícula, a la profundidad correcta, con la placa de identificación en su sitio. —Una pausa—. Y estaba vacío.

Tom no dijo nada.

—Detective, ¿sigue ahí?

—Sigo aquí.

—El terreno está intacto. Es hierba de ocho años, con raíz. No hay señales de excavación reciente en un radio de veinte metros. Sea lo que sea que pasó, pasó en el momento del enterramiento o muy poco después.

—¿Y dónde está ella?

—Ahí es donde se pone feo.

Tom oyó cómo la sargento cerraba una puerta al otro lado de la línea.

—Anoche a las 23:32 recibimos un aviso al 911. Voz masculina, teléfono de prepago comprado en efectivo, cuarenta y un segundos de duración. Dio unas coordenadas debajo de un muelle derrumbado en la orilla sur del embarcadero viejo. —Bajó la voz—. Enviamos una unidad a las seis de la mañana. Acabamos de sacar restos humanos.

—¿Cuántos?

—Uno. Femenino. Adulto joven. Envuelto en lona industrial y sujeto con cadena a un pilar de hormigón sumergido. —Otra pausa

—. Detective, la lona es nueva. La cadena es nueva. El candado es nuevo y tiene el precinto de la marca todavía. Quien la puso ahí no la puso en 2016. La puso hace tres o cuatro semanas.

Tom cerró los ojos.

—La sacó de la tumba —dijo.

—¿Cómo dice?

—La sacó de la tumba y la volvió a poner donde alguien tuviera que encontrarla. —Abrió los ojos—. Sargento, ¿en el aviso dijo algo más? ¿Tiene la transcripción?

—La tengo delante.

—Léamela. Entera. Palabra por palabra.

Ruido de teclas.

—«Debajo del muelle sur del embarcadero viejo, a doce metros de la orilla, atada al segundo pilar. Se llamaba Michelle Wolcott. Tenía diecinueve años cuando la agredieron y veintinueve cuando la mataron. Estuvo siete años en una tumba con un número por nombre a cincuenta y cuatro minutos en coche de la casa de su madre. Nadie la buscó y eso también es un delito, solo que no está en ningún código». —Villareal se detuvo—. Fin de la llamada. No hubo respuesta a las preguntas del operador. Colgó él.

Tom se quedó de pie en medio de su despacho, con el teléfono pegado a la oreja, mirando la pizarra blanca sin verla.

—Detective.

—Sí.

—Esto no es una confesión —dijo Ana Villareal.

—No.

—Entonces qué es.

—Es una acusación —dijo Tom—. Nos está acusando a nosotros.

Rachel Kim llegó a Oshkosh esa misma tarde.

Tom no la había pedido.

La había pedido el capitán Nowak, y la había pedido por el motivo que Tom más detestaba en el mundo: porque el caso empezaba a tener prensa, porque el Journal Sentinel había publicado una pieza a doble página el domingo, y porque tener a una psicóloga forense en el equipo quedaba bien en una rueda de prensa.

Se presentó en la sala de reuniones a las cinco menos cuarto, con un maletín rígido y dos vasos de café que había comprado en la cafetería de enfrente.

Le puso uno delante.

—Solo negro —dijo—. Nadie que duerma en su oficina le pone leche al café.

Tom la miró.

—¿Quién le ha dicho que duermo aquí?

—Nadie. —Dejó el maletín en el suelo y se quitó el abrigo—. Hay una manta doblada encima del archivador, hay un cepillo de dientes en el vaso del lavabo del pasillo y usted lleva la misma camisa que en la foto de la rueda de prensa de anteayer. Es una camisa muy reconocible, detective. Tiene una raya azul.

Tenía cuarenta y un años. Era profesora asociada en Marquette y había trabajado en catorce casos de homicidio en once años, tres de ellos en Illinois.

Tom lo sabía porque había leído su expediente aquella mañana en veinte minutos con la intención expresa y consciente de encontrar un motivo para rechazarla.

No lo había encontrado.

—Le voy a ahorrar tiempo —dijo Tom—. No creo en los perfiles.

—Perfecto. Yo tampoco.

—¿Perdón?

—Los perfiles psicológicos aplicados a la identificación de sospechosos tienen una tasa de acierto que oscila entre lo mediocre

y lo vergonzoso, y hay literatura de sobra sobre ello desde los años noventa. —Rachel se sentó y abrió el maletín—. Yo no vengo a decirle si el asesino vive con su madre o si orina de pie. Vengo a decirle qué le pasa por dentro a la persona que hizo esto, porque eso sí sirve para predecir lo que va a hacer a continuación.

—¿Y va a hacer algo a continuación?

—Va a hacer algo a continuación. Eso téngalo por seguro.

Tom se quedó callado unos segundos.

Después, muy despacio, retiró la silla de enfrente y se sentó también.

—Vale —dijo—. Dígame qué le pasa por dentro.

Rachel extendió las fotografías de la cabaña sobre la mesa, en orden, y las giró hacia él.

—Primero, lo que no es —dijo—. Esto no es sadismo sexual. No hay componente erótico en ninguna parte de esta escena: no hay desnudez ritualizada, no hay posicionamiento, no hay contacto. Y eso, estadísticamente, es rarísimo en un homicidio de tres horas de duración.

—Vale.

—Tampoco es ira. La ira desordena. La ira rompe cosas que no hacía falta romper y deja huellas de esfuerzo. Aquí no hay una sola cosa desordenada, detective: hay cuarenta y una velas colocadas con los lados paralelos a las paredes.

—¿Y psicosis?

—Tampoco. —Rachel señaló—. Y esto es importante, porque va a ser lo primero que alegue la defensa. Las velas no forman un símbolo. No hay pentagrama, no hay círculo, no hay cruz, no hay nada. Forman un rectángulo. Y un rectángulo no significa nada. Solo ilumina.

—Entonces qué es.

Rachel apoyó el dedo índice en la fotografía de la mesa.

—Es un juicio.

Tom levantó la vista.

—Mire la disposición —dijo ella—. La víctima está colocada en el centro, elevada, inmovilizada y obligada a mirar. Los párpados no se fijan por crueldad, detective. Se fijan porque necesita que ella vea. —Pasó a la siguiente foto—. Y las heridas son progresivas y ordenadas porque son un procedimiento, no un desahogo. Hay una escala. Hay una gradación. Alguien estaba llevando la cuenta.

—¿La cuenta de qué?

—Del tiempo que ella tardaba en admitir algo. —Se echó hacia atrás—. Esta persona no estaba castigando a Sarah Chen. Estaba celebrando un proceso contra ella. Con acusación, con presentación de pruebas, con interrogatorio y con sentencia escrita en la frente.

—MENTIRA. VERDAD.

—El veredicto —dijo Rachel—. Literalmente el veredicto. Dos opciones, una tachada.

Tom miró las fotos un rato largo sin decir nada.

—¿Y el segundo cuerpo? —preguntó al final—. ¿La chica del muelle?

—Eso es lo que me tiene preocupada de verdad.

Rachel entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Detective, sacar a una víctima de una tumba anónima, trasladarla, ocultarla en un sitio distinto y después llamar a la policía para que la encuentren no aporta absolutamente nada a su seguridad. Al contrario: multiplica el riesgo por diez. Es la parte de todo esto en la que más probabilidades tenía de que lo cogieran.

—Entonces por qué.

—Porque quiere que alguien entienda el argumento completo. —Lo miró—. Esta persona ha pasado años matando y escondiéndolo bien. Y de golpe, este año, ha empezado a exponer. Eso no es

escalada de violencia, detective. Es escalada de comunicación. Está intentando que le lean.

—¿Y qué pasa cuando alguien deja de esconderse?

—Que empieza el reloj —dijo Rachel—. Porque la única forma de que un mensaje se complete es que alguien lo reciba. Y cuando él llegue a la conclusión de que ya lo hemos recibido, va a necesitar un último acto que no se pueda ignorar.

Se quedaron callados los dos.

Fuera se había puesto a llover otra vez, esa lluvia fina de octubre en Wisconsin que no moja pero que no para.

—Detective —dijo Rachel—. Antes de seguir necesito preguntarle una cosa, y necesito que no se ofenda.

—Adelante.

—¿Por qué este caso?

—Es mi jurisdicción.

—No le he preguntado eso.

Tom la miró.

—He leído su expediente igual que usted ha leído el mío —dijo Rachel, sin apartar los ojos—. Diecinueve años de servicio y cero bajas por enfermedad, lo cual no es dedicación, es evitación, y cualquier psicóloga que le diga otra cosa le está haciendo la pelota. Y anteayer solicitó al condado de Milwaukee el expediente completo de un suicidio de 2013 que no tiene ninguna conexión probada con este caso.

Tom no contestó.

—Se lo pregunto porque voy a trabajar con usted —dijo ella, más suave—. Y prefiero saber ahora dónde está su punto ciego que descubrirlo en el peor momento posible.

Tom estuvo mucho rato sin decir nada.

La lluvia repiqueteaba en el alféizar.

Después se levantó, fue hasta el archivador, abrió el cajón de abajo del todo y sacó una carpeta fina, muy gastada en los bordes, con la esquina superior derecha doblada de tantas veces abierta.

No tenía número de caso.

La dejó sobre la mesa, delante de ella.

—Se llamaba Sarah —dijo—. Como ella. Tenía diecinueve años, como la chica del muelle. Y dejó una nota escrita a mano dirigida a nuestro padre.

Rachel abrió la carpeta.

—Nuestro padre llevaba cuatro años muerto —dijo Tom.

Interludio
Sarah Brenner, 2002

Neenah, Wisconsin. Enero - febrero de 2002.

Sarah Brenner tocaba el clarinete mal.

Esa es la primera cosa que Tom cuenta siempre de ella, y la cuenta con una insistencia que ha desconcertado a tres personas: a su exmujer, a su hija y a Rachel Kim.

Lo tocó nueve años. Desde los diez hasta los diecinueve.

No mejoró.

Ese era el asunto, y Tom tardó veinte años en poder explicarlo sin que se le rompiera la voz: que su hermana pequeña dedicó nueve años de su vida a una cosa que se le daba mal, sin ninguna ambición, sin ningún talento y sin ninguna intención de dejarla.

—¿Por qué sigues? —le preguntó una vez, con dieciséis años, desde la puerta de su habitación.

—Porque me gusta.

—Es que suena fatal, Sarah.

—Ya lo sé —dijo ella, sin dejar de tocar—. Pero a mí me suena bien desde aquí dentro.

Su padre, Raymond Brenner, murió en marzo de 1998 de un infarto en el aparcamiento de un supermercado, a los cincuenta y un años, con la compra en el carro.

Sarah tenía quince. Tom, dieciocho.

Lo que pasó después es lo que pasa en muchas casas: que uno de los dos hijos se convirtió en el que está bien.

Tom se fue a la academia de policía en 1999.

Sarah se quedó, empezó Magisterio en el colegio comunitario de Fox Valley y siguió viviendo en casa con su madre, y durante tres

años fue —según todos los testimonios, incluido el de su propia madre en 2002— una chica alegre.

Alegre.

Esa palabra aparece cuatro veces en el expediente.

En enero de 2002 empezó a estar rara.

Su madre lo notó. Tom no.

Esa es la parte que Tom Brenner no le ha contado nunca a nadie salvo a Rachel Kim, una noche de febrero de 2026, en la cocina, después de que ella le preguntara qué era lo que realmente no soportaba de todo aquello.

No es que nadie le creyera lo de la nota.

Es que su madre lo llamó tres veces en enero de 2002 para decirle que Sarah estaba rara.

Y que él tenía veintidós años, siete meses de patrulla, un turno de noche que le encantaba y una novia nueva.

Y que dijo: ya la llamaré.

—¿La llamó? —preguntó Rachel.

—Una vez. El 26 de enero. Hablamos nueve minutos.

—¿De qué?

—De nada. De un coche que se había comprado un primo nuestro.

—¿Y ella le dijo algo?

Tom tardó mucho en contestar.

—Me dijo que quería que fuéramos a comer un día los dos solos. Sin mamá.

—¿Y usted qué dijo?

—Que sí. —Se quedó mirando el fregadero—. Que sí, que cuando pudiera. Que tenía unos turnos raros ese mes.

El 4 de febrero de 2002, Sarah Brenner apareció muerta en el garaje de la casa de Neenah.

La encontró su madre.

La conclusión del forense del condado de Winnebago fue suicidio. Había una nota, escrita a mano en una hoja arrancada de un cuaderno de espiral, sobre el banco de trabajo.

Un perito verificó la letra en 2002 y otro distinto la volvió a verificar en 2025, y los dos llegaron a la misma conclusión con veintitrés años de diferencia.

La nota tenía seis líneas.

Cinco de esas seis líneas eran, según Tom Brenner, exactamente lo que su hermana habría escrito.

La sexta decía: «lo siento mucho, papá».

Y su padre llevaba cuatro años enterrado en el cementerio de Saint Margaret, a once minutos de aquel garaje.

Tom lo señaló tres veces.

Al detective encargado, un hombre llamado Delgado que fue amable y que se tomó veinte minutos con él y que le dijo que había visto notas dirigidas a perros.

Al forense, que le explicó que el dolor no sigue una lógica y que la gente escribe a los muertos más de lo que se cree.

Y a su madre, que se lo dijo llorando en la cocina, en marzo, y que le contestó la única frase de toda su vida que Tom no le ha perdonado nunca:

—Tommy, déjalo. Por favor. Déjalo ya.

Carol Brenner murió en 2014.

En sus últimos dos años, con demencia avanzada, llamó a Tom por el nombre de su marido en once ocasiones.

Y una vez, en 2013, en una residencia de Appleton, le cogió la mano y le dijo:

—Tenías razón con lo de tu hermana.

Tom se quedó helado.

—Mamá. Mamá, mírame. ¿Qué has dicho?

Pero ella ya estaba hablando de otra cosa, de una vecina de 1979, y no volvió a decirlo nunca más, y Tom Brenner pasó los once años siguientes intentando decidir si aquello había sido un momento de lucidez o una frase suelta de una mujer enferma.

Nunca lo decidió.

El expediente de Sarah Brenner tiene cuarenta y una páginas.

Es una coincidencia numérica con la carpeta azul de Dolores Wolcott, y Tom se dio cuenta en noviembre de 2024, en una casa de Kenosha, y tuvo que salir al porche.

En la caja de cartón del garaje del apartamento del río hay sesenta y dos sobres sin abrir.

Y en el cajón de arriba del escritorio hay tres cosas:

El expediente completo, con la esquina superior derecha doblada de tantas veces abierta.

Una fotocopia de la página de una libreta de tapas verdes que dice: «6 nov. Que tenga razón y no sea nada mío».

Y una fotocopia del margen de la página siete de una ponencia sobre inteligencia artificial que dice: «¿Y si hubiera mirado?».

Tom Brenner las guarda juntas.

No sabría explicar por qué, y cuando Rachel Kim se lo preguntó una vez, en 2026, contestó lo único que se le ocurrió:

—Porque son tres mujeres que escribieron una pregunta y nadie estaba mirando cuando la escribieron.

Capítulo 16
El problema del ADN

Laboratorio Regional de Criminalística. Wausau, Wisconsin. 28 de octubre de 2024.

La doctora Imelda Ferraro tenía sesenta y tres años, veintinueve de ellos en genética forense, y llevaba cuatro minutos intentando explicar lo mismo de tres maneras distintas.

Su despacho tenía una ventana que daba al aparcamiento, un póster plastificado del proceso de replicación del ADN pegado con celo desde 2006 y una foto de tres nietos.

—Otra vez —dijo Tom—. Y esta vez asuma que soy idiota.

—No es que sea usted idiota, detective. Es que lo que le estoy diciendo es genuinamente absurdo y su cerebro se resiste, que es exactamente lo que le va a pasar al jurado.

Ferraro giró la pantalla del ordenador.

—Tenemos material genético de la escena. Y es buen material, que en este oficio es una expresión que uso tres o cuatro veces al año. Epitelial, recuperado de debajo de la uña del dedo anular derecho de la víctima. Perfil completo, veinticuatro marcadores. Sin mezcla, sin degradación relevante, sin contaminación.

—Eso es una noticia magnífica.

—Sería una noticia magnífica si su sospechoso fuera hijo único.

Tom esperó.

Ferraro se quitó las gafas y las dejó sobre el teclado.

—Los gemelos monocigóticos comparten el genoma —dijo—. Se forman a partir de un solo cigoto que se divide. En trillizos monocigóticos, que es lo que usted tiene, el cigoto se divide dos veces. El resultado son tres individuos con el mismo ADN.

—Sé lo que son unos trillizos idénticos, doctora.

—Sabe lo que son socialmente. No sabe lo que significan para mí.

Se inclinó hacia delante.

—Detective, el análisis estándar de STR, que es el que usamos en el noventa y nueve coma algo por ciento de los casos, el que los tribunales de este país aceptan desde 1994 y el que sostiene la mitad de las condenas por homicidio de este estado, no los distingue. En absoluto. Y no es que le dé una probabilidad baja de distinguirlos.

—Entonces qué.

—Es que le da una coincidencia perfecta con los tres a la vez. Los tres son, para mi máquina, la misma persona.

Tom se quedó mirando el perfil en la pantalla, las columnas de picos que no significaban nada para él.

—¿Y si les tomo una muestra a los tres?

—Le saldrán tres coincidencias perfectas. —Ferraro volvió a ponerse las gafas—. Yo podré subir a un estrado y decir bajo juramento que el material de la escena pertenece a un varón de la familia Kopelman con una probabilidad de error de uno entre varios miles de millones.

—Eso suena bien.

—Y entonces el abogado defensor se pondrá de pie y me hará una sola pregunta.

—¿Cuál de los tres.

—Cuál de los tres. —Ferraro asintió despacio—. Y yo tendré que contestar la verdad delante de doce personas.

—Que es.

—Que no lo sé.

Tom se pasó las dos manos por la cara.

—Existe otra técnica —dijo Ferraro, más despacio—. Antes de que se vaya de aquí pensando que le he arruinado el caso.

—Le escucho.

—Se llama secuenciación de genoma completo con detección de variantes somáticas. La idea es sencilla: después de la separación del cigoto, cada embrión empieza a acumular mutaciones propias. Errores de copia. Muy pocas, pero están. Un puñado en todo el genoma.

—Entonces se puede.

—Se puede. En un laboratorio de investigación, con una muestra de altísima calidad y cantidad, con entre seis y ocho semanas de trabajo, y con un coste que no le voy a decir en voz alta porque le va a doler y porque su capitán no me va a coger el teléfono.

—¿Y?

—Y con una condición que nadie le va a poder garantizar. —Ferraro levantó el dedo índice—. Que la muestra tenga suficiente material intacto para secuenciar el genoma entero, no solo veinticuatro marcadores. La suya no lo tiene, detective. Es material epitelial recuperado de debajo de una uña después de tres horas y una noche entera. Sirve para un perfil estándar. No sirve para esto.

—¿Está segura?

—Se lo puedo poner por escrito.

Tom miró por la ventana al aparcamiento.

—Entonces qué me está diciendo exactamente, doctora. Dígamelo en una frase para que se me quede.

Imelda Ferraro cerró el portátil.

—Le estoy diciendo que su prueba genética le sirve para saber quién fue —dijo—. Y que no le sirve absolutamente de nada para demostrarlo.

Tom condujo las dos horas de vuelta a Oshkosh en silencio, con la radio apagada por costumbre.

Lo que le corroía por el camino no era el problema técnico.

Era otra cosa. Era una sospecha que le había empezado en el despacho de Ferraro, alrededor del minuto once, y que se le fue haciendo más nítida a cada kilómetro:

Que alguien lo había previsto.

Que esto no era mala suerte.

Esa noche, en la sala de reuniones, con las cortinas cerradas y Jenkins ya en su casa, lo dijo en voz alta por primera vez.

—No es solo que sean idénticos —dijo—. Es que lo saben.

Rachel levantó la vista del informe que estaba leyendo.

—Explíquese.

—Michael Kopelman es abogado penalista. —Tom se levantó y fue a la pizarra—. Lleva dieciséis años ganando juicios de homicidio con argumentos de admisibilidad de prueba. No con coartadas, no con testigos: con procedimiento. Es literalmente su especialidad y hay artículos publicados sobre ello.

—Continúe.

—Dieciséis juicios por homicidio, catorce absoluciones. —Golpeó la pizarra con los nudillos—. ¿De verdad vamos a creer que un hombre así no sabe que su propio ADN es indistinguible del de sus hermanos? ¿Que nunca se lo ha planteado en dieciséis años?

—No —dijo Rachel—. No lo vamos a creer.

—Entonces lo sabe. Y lo sabe desde el primer día. Desde antes del primer día. —Tom se giró—. Y si lo sabe...

Rachel dejó el bolígrafo sobre la mesa muy despacio.

—Entonces han vivido veinte años dentro de una protección que no tuvieron que construir —dijo—. Les vino de fábrica.

—Les vino de fábrica.

Tom escribió tres nombres en la pizarra, en horizontal, y trazó una línea entre ellos.

MARCUS. MICHAEL. MASON.

—Ese es el problema real de este caso —dijo—. Y llevo tres horas dándole vueltas y no le veo la salida. No es que yo no sepa cuál de los tres fue. Es que aunque lo sepa, cada uno de ellos es la duda razonable de los otros dos.

—Desarrolle.

—Detengo a uno. —Tom señaló el primer nombre—. La defensa se pone de pie y dice: señores del jurado, este hombre tiene dos hermanos con su mismo ADN y el Estado no puede decirles cuál de los tres estuvo en esa cabaña. Absolución.

—¿Y si los detiene a los tres?

—Peor. La defensa dice: el propio Estado admite que solo uno es culpable y reconoce que no sabe cuál, y les pide a ustedes que condenen a dos inocentes por si acaso. —Bajó el rotulador—. Absolución por triplicado, y encima con aplausos.

Se quedaron mirando la pizarra.

—Salvo que uno hable —dijo Rachel.

—Salvo que uno hable.

—Entonces la pregunta ya no es de laboratorio. Es mía.

—Sí.

Rachel se levantó, se acercó a la pizarra y se quedó un rato delante de los tres nombres con los brazos cruzados.

Después puso el dedo debajo de uno.

—Este.

—¿Por qué Marcus?

—Por tres cosas. —Se giró—. La primera: es el único de los tres que eligió una profesión que consiste, literalmente, en conseguir que la gente diga en voz alta lo que le duele. Un hombre no se hace psicólogo de trauma por casualidad, detective. Se hace psicólogo de trauma porque tiene uno.

—La segunda.

—Consulta gratuita dos tardes por semana desde 2018. He mirado los registros de su colegio profesional en California. —Rachel volvió a la mesa—. Ciento cincuenta y siete pacientes sin cobrar en seis años. Eso son unas mil doscientas horas de trabajo no facturado.

—Podría ser un buen hombre.

—Podría. Es perfectamente posible y me consta que existen. —Se sentó—. O podría estar pagando una deuda.

—¿Y la tercera?

—La tercera es la que me hace estar segura. —Rachel lo miró—. Los otros dos no vinieron cuando les citamos. Michael mandó a su abogada a preguntar por el estatus procesal. Mason no contestó al teléfono.

—Marcus contestó al segundo tono.

—Marcus contestó al segundo tono, dijo que cogía un vuelo y preguntó a qué hora tenía que estar aquí. —Rachel se echó atrás—. Detective, en mi experiencia, cuando alguien lleva veinte años pagando una deuda que nadie le está reclamando, es porque lo único que quiere en el mundo es que por fin alguien se la reclame.

Tom miró el nombre de la pizarra durante un rato largo.

Después descolgó el teléfono de la mesa.

—Jenkins. —Esperó—. Ya lo sé que es tarde. Cita a los tres hermanos Kopelman. Por separado, el mismo día, con dos horas de diferencia entre uno y otro. —Escuchó—. No. Voluntaria. Que vengan porque quieren venir.

Colgó.

—¿Los tres el mismo día? —dijo Rachel—. Se van a avisar entre ellos. En cuanto salga el primero va a llamar a los otros dos desde el aparcamiento.

—Cuento con eso.

—¿Perdón?

—Cuento con eso —repitió Tom, y cogió la chaqueta del respaldo —. Quiero que hablen. Quiero que se pongan de acuerdo en una versión y quiero que se pongan de acuerdo deprisa y por teléfono.

—¿Por qué?

—Porque la gente que dice la verdad no necesita ponerse de acuerdo, doctora. —Se puso la chaqueta—. Y una historia coordinada entre tres personas siempre tiene una costura. Siempre. Alguno la cose mejor que los otros y ahí es donde se ve.

Rachel lo pensó unos segundos.

—¿Y si no la tiene?

Tom se detuvo en la puerta con la mano en el marco.

—Entonces tendremos un problema serio —dijo—. Porque significará que llevan veinte años ensayándola.

Capítulo 17
Primer interrogatorio: Marcus

Sala A. Departamento de Policía de Oshkosh. 31 de octubre de 2024. 10:02.

La sala A medía tres metros por tres y medio.

Tom la había elegido a propósito, porque era la más pequeña de las tres y porque no tenía ventana. La sala C tenía una ventana alta que daba al patio interior, y una ventana, por pequeña que sea, le dice al cerebro que existe un afuera.

Mesa de formica gris atornillada al suelo. Dos sillas de plástico. Una cámara en la esquina superior derecha con un piloto rojo que Tom no tapaba nunca, porque quería que se viera.

Marcus Kopelman llegó doce minutos antes de la hora.

Eso fue lo primero que Tom anotó, y lo anotó con interés genuino, porque en diecinueve años había visto llegar tarde a los inocentes por nervios y puntuales a los culpables por disciplina, pero casi nunca antes de tiempo.

Llegar antes de tiempo significa que llevas semanas queriendo venir.

—Doctor Kopelman.

—Marcus, por favor.

Se dieron la mano.

Tom notó la palma fría y ligeramente húmeda, y notó también que Marcus se la secó en el pantalón inmediatamente después, con un gesto rápido, avergonzado.

—Marcus. Antes de nada, tres cosas. No está usted detenido. No está acusado de nada. Y puede levantarse e irse por esa puerta en cualquier momento sin darme ninguna explicación. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo.

—Voy a grabar. ¿Le parece bien?

—Sí.

—¿Quiere un abogado? Puedo esperar el tiempo que haga falta.

Y ahí hubo una pausa de medio segundo.

Tom la vio. La vio entera.

—No —dijo Marcus.

Tom pulsó el botón.

—Treinta y uno de octubre de 2024, diez horas cero dos minutos. Detective Thomas Brenner, Departamento de Policía de Oshkosh. Comparece de forma voluntaria y sin asistencia letrada Marcus Kopelman, treinta y siete años, con domicilio en San Francisco, California.

Dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Marcus, ¿por qué ha venido?

—Porque me lo pidieron.

—Su hermano Michael recibió exactamente la misma petición hace cuatro días y todavía no me ha contestado. Su hermano Mason tampoco. —Tom apoyó los antebrazos en la mesa—. Le pregunto otra vez: ¿por qué ha venido usted?

Marcus se miró las manos.

—Porque ha muerto una compañera de mi instituto.

—Sarah Chen no fue compañera suya. Se graduó tres años antes que usted.

—Del mismo instituto.

—Del mismo instituto, sí. Igual que otras ochocientas personas de las que ninguna ha cogido un avión esta semana.

Silencio.

—Marcus, voy a hacer una cosa poco habitual —dijo Tom—. Le voy a decir exactamente lo que pienso, y después le voy a dejar hablar todo el rato que quiera sin interrumpirle. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Creo que ha venido desde California, en avión, dejando a dos hijos pequeños en casa, para una entrevista voluntaria de una hora sobre una mujer con la que no tenía relación.

Marcus no se movió.

—Y creo que ha llegado doce minutos antes.

Un segundo entero.

—Háble me de sus hermanos —dijo Tom.

—¿Qué quiere saber?

—Empiece por lo más fácil. ¿Cómo son?

Y ahí Tom lo vio ocurrir.

Marcus se relajó.

Fue completamente físico: los hombros bajaron dos centímetros, la mandíbula se soltó, la respiración se hizo más larga y más profunda. Cambió de postura en la silla. Se echó ligeramente hacia atrás.

Le habían hecho una pregunta que sabía responder. Le habían hecho, por primera vez en veinte años, la pregunta que llevaba veinte años queriendo que alguien le hiciera.

—Michael es el más inteligente de los tres —dijo—. Y no lo digo por modestia ni por afecto, lo digo con precisión técnica: le hicieron un test a los once años, en el colegio, un WISC completo, y sacó una puntuación que asustó a la orientadora hasta el punto de que llamó a mi madre dos veces.

—¿Y eso qué significa en la práctica?

—Que procesa muy rápido. Que ve consecuencias a cuatro o cinco pasos vista mientras el resto de nosotros vemos una. Yo he trabajado con gente muy brillante, detective, en dos universidades. Michael está por encima.

—Vale.

—Y no tiene ninguna intuición moral. —Marcus lo dijo sin dramatismo, como quien menciona un dato clínico—. Cero. Ni buena

ni mala: no la tiene. Tiene un sistema moral, que es una cosa completamente distinta.

—Explíquemelo.

—La mayoría de la gente siente que algo está mal antes de poder explicar por qué. Eso es intuición moral y aparece hacia los cuatro años. —Marcus junto las manos—. Michael se lo construyó. A los quince años, con lógica, deliberadamente, como quien construye un puente. Y funciona. Funciona muy bien la mayor parte del tiempo.

—¿Y el resto del tiempo?

—Que si le cambias un dato de entrada, te da una respuesta completamente distinta. Y no le tiembla la voz. Y no entiende por qué a los demás nos parece raro.

Tom escribía sin mirar el papel.

—Siga. Mason.

—Mason es... —Marcus se detuvo por primera vez en toda la conversación—. Mason es difícil de explicar en una frase.

—Tenemos tiempo.

—Mason mira.

—¿Qué quiere decir?

—Es lo que hace desde que nació. Y lo digo literalmente: desde el día que nació. Mi madre lo cuenta. Salió sin llorar y con los ojos abiertos y estuvo mirando la habitación. —Marcus levantó la vista—. Los otros niños interactúan con el mundo. Mason lo observa.

—Eso no suena tan grave.

—Es que no lo cuento como algo grave. Lo cuento como algo cierto. —Se inclinó un poco—. Y lo observa muy bien, detective. Es la persona más perceptiva que he conocido en mi vida, y llevo veinte años dedicándome profesionalmente a percibir a la gente. Me da vergüenza reconocerlo pero es así.

—¿Y qué es lo que ve?

—Lo que escondemos.

—¿Y qué hace con eso?

Marcus tardó cuatro segundos.

—Depende del día —dijo.

Tom no rellenó el hueco.

Ese era el trabajo, y le había costado once años aprenderlo: no rellenar los huecos. Dejó cuatro segundos más de silencio y no apuntó nada y no cambió de postura.

—Y usted, Marcus. ¿Usted cómo es?

—Yo soy el que se queda mirando.

Salió demasiado rápido.

Salió antes de que él pudiera pararlo, y Tom vio con absoluta claridad el momento en que Marcus se dio cuenta de lo que acababa de decir: los ojos se abrieron una fracción de milímetro y la mano derecha se cerró sobre el borde de la mesa.

—Explíqueme eso.

—No es nada. Es una forma de hablar.

—Marcus.

—Es una expresión. Quería decir que soy el observador de la familia, el que—

—Marcus. —Tom no levantó la voz—. Lleva usted seis minutos en esta sala. Ha dicho unas sesenta frases. Y acaba de decir la única que ha querido retirar.

Silencio.

—¿Qué es lo que se queda mirando?

En la sala contigua, detrás del espejo, Rachel Kim escribió en su libreta, subrayándolo dos veces:

«Se rompe por la identidad, no por los hechos. NO preguntar qué hizo. Preguntar quién es».

—Vamos a cambiar de tema —dijo Tom—. ¿Dónde estaba el catorce de octubre entre las ocho y las once de la noche?

—En mi casa. San Francisco.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Mi mujer estaba en Boston, en un congreso. Los niños ya estaban dormidos. —Marcus tragó saliva—. Ya sé cómo suena.

—¿Cómo suena qué?

—Que no tengo coartada.

—Marcus, yo no le he preguntado por su coartada.

Tom se echó hacia atrás en la silla.

—Le he preguntado si alguien puede confirmarlo. Eso se lo pregunto a todo el mundo. Se lo pregunté al propietario de la cabaña, que tiene setenta y ocho años y estaba en Fond du Lac. Se lo pregunté al cartero.

Marcus cerró los ojos un momento.

—Perdón.

—No pida perdón. Es información útil. —Tom cambió de tono—. ¿Sabe qué es lo que me tiene desconcertado de usted?

—No.

—Que se está defendiendo de acusaciones que nadie le ha hecho.

Marcus abrió los ojos.

—Llevo diecinueve años en esto —dijo Tom—. La gente inocente se enfada. Se ofende. A la media hora me están diciendo oiga, ¿qué está insinuando usted? Y la gente culpable niega, mucho y con detalles, porque cree que los detalles ayudan.

—¿Y yo?

—Usted no está haciendo ninguna de las dos cosas. Usted está haciendo una tercera cosa que veo tres o cuatro veces en toda una carrera.

—¿Cuál?

—Se está adelantando. —Tom apoyó el codo en la mesa—. Lleva veinte minutos contestando la pregunta siguiente.

Marcus no dijo nada.

Tom abrió la carpeta y sacó una hoja, que dejó boca abajo sobre la formica.

—¿Le suena el nombre de Victoria Sánchez?

Marcus se quedó muy quieto.

—Sí.

—¿De qué?

—Fue trabajadora social en el condado. Vino a nuestra casa cuando teníamos siete años.

—Murió en 2008. Robo con violencia. En Appleton.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo leí en el periódico.

—¿En 2008 usted leía el periódico de Appleton?

Silencio.

—¿Le suena David Chen? —dijo Tom.

—No.

—¿Seguro? Abogado, Milwaukee, murió en diciembre de 2013.

—Seguro.

Y ahí Tom supo dos cosas a la vez.

Supo que Marcus Kopelman acababa de decir su primera mentira de la mañana. Y supo, con esa certeza física que no vale nada delante de un tribunal y lo vale todo dentro de una sala, que no era una mentira sobre lo que sabía.

Era una mentira sobre lo que podía soportar.

—Allison Park —dijo Tom.

—No.

—Jennifer Matthews.

Marcus dejó de respirar.

Duró dos segundos y medio. La caja torácica se detuvo, se quedó arriba, sostenida, y volvió a bajar demasiado despacio, con un control que solo tiene alguien que se está obligando a bajarla.

Tom no dijo nada. Miró.

—¿Marcus?

—Sí.

—¿Le suena Jennifer Matthews?

—Fue... —La voz le salió rara. Carraspeó—. Fue novia de mi hermano. Murió en un accidente de coche. En 2004.

—¿Qué hermano?

—Mason.

—¿Estaba usted en Wisconsin cuando ocurrió?

—Estudiaba en Madison.

—No le he preguntado eso. Le he preguntado si estaba usted en Wisconsin cuando ocurrió.

—Sí.

—¿Vio a su hermano esa noche?

Silencio.

El piloto rojo de la cámara parpadeó una vez, como hacía cada treinta segundos.

—Marcus. ¿Vio usted a su hermano la noche del ocho de noviembre de 2004?

Marcus Kopelman levantó la cara.

Y Tom vio, con una claridad absoluta y para el resto de su vida, a un hombre pasar por delante de una puerta abierta.

Estuvo delante de ella. Miró dentro.

Tom lo vio mirar dentro.

Y después Marcus bajó la vista a la formica gris y dijo, con una voz plana y perfectamente educada:

—Creo que sí quiero un abogado.

Tom se quedó un segundo entero sin moverse.

—Por supuesto —dijo—. Entrevista terminada, diez cuarenta y uno.

Apagó la grabadora.

Y entonces hizo la única cosa en todo aquel caso que no fue estrictamente reglamentaria, y la hizo porque llevaba veintidós años esperando a un hombre como aquel sentado enfrente.

Se levantó. Recogió la carpeta. Fue hasta la puerta.

Y con la mano en el picaporte, sin girarse, dijo:

—Marcus. Fuera de acta.

Marcus no contestó.

—En febrero de 2002 mi hermana apareció muerta en el garaje de la casa de mis padres. —Tom abrió la puerta unos centímetros—. Tenía diecinueve años. Dejaron una nota escrita con su letra, verificada por un perito, dirigida a nuestro padre. Nuestro padre llevaba cuatro años enterrado.

Silencio.

—Lo dije tres veces —siguió Tom—. A tres personas distintas. Y las tres me explicaron, con mucha educación, que el dolor hace cosas raras.

Se giró por fin.

Marcus estaba mirando la mesa.

—He pasado veintidós años sabiendo una cosa que no puedo demostrar —dijo Tom—. Sé exactamente lo que se siente. Es lo único que le voy a ofrecer hoy y no espero nada a cambio.

Salió y cerró.

En el pasillo, Rachel lo estaba esperando con los brazos cruzados y la libreta contra el pecho.

—Eso ha sido muy poco profesional.

—Lo sé.

—Y ha sido lo correcto.

Se puso a su lado y los dos se quedaron mirando la puerta cerrada de la sala A.

—Detective, ese hombre no ha pedido un abogado porque tuviera miedo de usted.

—¿Entonces por qué?

—Porque estaba a punto de decirlo —dijo Rachel—. Y todavía no ha decidido si puede vivir después.

Marcus Kopelman salió del edificio a las 11:04.

No cogió un taxi.

Caminó cuatro manzanas bajo la lluvia sin abrigo, con la chaqueta empapándosele en los hombros, cruzó la avenida en rojo sin mirar y entró en el aparcamiento público de la calle Church.

Se sentó en el coche de alquiler.

Y estuvo cincuenta minutos sin arrancar, con las llaves en la mano.

A las 11:54 marcó un número.

—Michael —dijo—. Voy a hacerlo.

Al otro lado hubo un silencio de cinco segundos.

—¿Dónde estás? —dijo su hermano.

—No.

—Marcus, ¿dónde estás?

—No te lo voy a decir. —Le temblaba la mano que sostenía el teléfono y tuvo que cambiar de oreja—. Te llamo porque durante

veinte años tú has sido el que me avisaba a mí. En 2008. En 2014. Siempre tú. Hoy te aviso yo.

—Escúchame—

—Tienes cuarenta y ocho horas.

—Marcus—

—Cuarenta y ocho horas —repitió—. Haz con ellas lo que tengas que hacer.

Colgó.

Y en un despacho de la planta once de un edificio de South Wacker, en Chicago, Michael Kopelman se quedó de pie mirando el teléfono durante casi un minuto.

Después descolgó otra vez y marcó un número que no había marcado en cinco años y dos meses.

No contestó nadie.

Volvió a marcar. Y otra vez. Y a la cuarta saltó un buzón de voz con la voz plana y educada de su hermano pequeño diciendo que dejara un mensaje.

Michael Kopelman —dieciséis juicios de homicidio, catorce absoluciones, el socio más joven en la historia de su despacho— se apoyó en la mesa con las dos manos y dijo, a un buzón de voz, la frase que un fiscal del estado de Wisconsin reproduciría ante un jurado catorce meses más tarde:

—Mason. Se acabó. Ven a casa.

Capítulo 18
Segundo interrogatorio: Michael

Sala A. Departamento de Policía de Oshkosh. 2 de noviembre de 2024. 14:00.

Michael Kopelman llegó a las dos en punto.

No a las dos menos cinco ni a las dos y dos. A las catorce horas y cero minutos, según el registro de entrada del mostrador, y Tom pensó que probablemente había esperado en el coche.

Llegó con abogada.

Y lo primero que hizo al entrar en la sala A, antes de saludar, antes de sentarse, fue mirar el techo.

—¿Hay cámara?

—Grabación de audio y vídeo —dijo Tom—. La cámara está en esa esquina.

—Gracias.

Se sentó. Se desabrochó el botón de la chaqueta antes de hacerlo, con ese gesto automático de quien lleva veinte años sentándose con traje, y colocó las manos sobre la mesa con los dedos entrelazados.

Llevaba un traje gris marengo y una corbata azul oscuro sin dibujo. Se había afeitado esa mañana. Tenía ojeras que el afeitado no tapaba.

Su abogada —una mujer de unos cincuenta años llamada Denise Auerbach, que había conducido desde Milwaukee y que le costaba a Michael, según calculó Tom más tarde con una llamada, unos mil doscientos dólares la hora— se sentó a su izquierda y colocó un cuaderno amarillo tamaño folio sobre la mesa, en paralelo perfecto al borde.

—Antes de empezar —dijo Auerbach—, quiero que conste en la grabación que mi cliente comparece de forma voluntaria, que no

está detenido, que no ha sido informado de que sea sospechoso en ningún procedimiento y que se reserva el derecho a interrumpir esta entrevista en cualquier momento sin expresar causa.

—Consta.

—Adelante, detective.

Tom encendió la grabadora y dijo la fecha, la hora y los nombres.

Y entonces hizo una cosa que Rachel Kim, detrás del espejo, no esperaba en absoluto y que le hizo dejar el bolígrafo sobre la libreta.

No preguntó nada.

Abrió la carpeta, sacó ocho fotografías y las fue colocando sobre la mesa una a una, boca arriba, despacio, girándolas hacia Michael, sin decir una sola palabra.

La cabaña desde fuera.

El contrachapado apilado contra la pared.

La habitación entera desde el umbral.

El rectángulo de velas.

La mesa.

El antebrazo izquierdo con la progresión de cortes.

Los párpados.

La frente.

Michael las miró todas.

No apartó la vista ni una sola vez, y eso también era información: la mayoría de la gente que ve una escena así aparta la vista al menos una vez, aunque sea medio segundo, aunque sea solo para tragar saliva. Tom lo había visto en fiscales, en jueces y en dos forenses.

Michael Kopelman examinó las ocho fotografías con la atención exacta con la que se revisa un anexo probatorio, y en la sexta —la del antebrazo— se inclinó ligeramente hacia delante para ver mejor.

—¿Es una pregunta, detective? —dijo Auerbach.

—Todavía no.

Tom colocó la novena.

Michelle Wolcott, envuelta en lona industrial, sobre la hierba de la orilla, con la cadena todavía enrollada al torso y un número de referencia en una tablilla junto al cuerpo.

Y ahí sí.

Ahí Michael parpadeó.

Fue una vez. Una sola. Un parpadeo largo, de esos que duran una décima de más.

Y a Tom le bastó.

—Esa no la esperaba —dijo.

—Detective —dijo Auerbach.

—Retiro el comentario. —Tom se sentó por fin—. Señor Kopelman, ¿conocía usted a Sarah Chen?

—Fuimos al mismo instituto. Ella se graduó en el noventa y cuatro, nosotros en el noventa y siete.

—¿Alguna relación posterior?

—Coincidimos en tres jornadas del Colegio de Abogados del estado entre 2016 y 2023. Puedo darle las fechas si le sirven de algo. —La voz de Michael era perfectamente uniforme—. Nunca trabajamos juntos, nunca estuvimos en el mismo caso y nunca estuvimos enfrentados. La saludé quizá cuatro veces en veinte años.

—¿Qué opinión tenía de ella?

—Profesionalmente, alta. Era muy buena en lo que hacía.

—¿Y personalmente?

—No la conocía personalmente, detective. Le acabo de decir que la saludé cuatro veces.

—¿Dónde estaba usted el catorce de octubre entre las ocho y las once de la noche?

—En Chicago. En mi despacho hasta las 21:40 y después en mi domicilio de Lincoln Park.

—¿Puede confirmarlo alguien?

—El registro de acceso del edificio, que se conserva noventa días. La tarjeta magnética del ascensor, que registra planta y hora. Dos correos electrónicos enviados desde mi terminal a las 21:12 y a las 21:33, ambos con acuse. Un pedido de comida a domicilio recibido en mi portal a las 22:05, pagado con tarjeta. Y la cámara del portal de mi edificio, que graba en bucle de treinta días y que caduca la semana que viene, así que si va a pedirla, pídala ya.

Michael no había consultado una sola nota.

—Eso es una coartada muy completa.

—Es una coartada normal, detective. Lo que pasa es que la mayoría de la gente no lleva la cuenta.

—La mayoría de la gente no la necesita.

—La mayoría de la gente no ha defendido a ciento nueve personas acusadas de delitos graves. —Michael separó las manos por primera vez—. Llevo dieciséis años sabiendo dónde estuve cada noche. Es higiene profesional. Cualquier penalista con quince años de ejercicio le dirá lo mismo.

—¿Y le ha hecho falta alguna vez?

—Dos.

Tom levantó la vista.

—¿Dos veces le ha hecho falta su propia coartada?

—2016 y 2021. Dos clientes distintos alegaron que yo les había dado instrucciones fuera del ámbito profesional. En los dos casos se archivó. —Michael volvió a entrelazar los dedos—. Puede pedir los expedientes. Son públicos.

Tom asintió despacio.

—Háble me de Victoria Sánchez.

Auerbach levantó el bolígrafo dos centímetros de la mesa.

—Trabajadora social del condado de Winnebago —dijo Michael, antes de que su abogada pudiera decir nada—. Abrió un expediente sobre mi familia en 1994, expediente 94-1187, y lo cerró en diciembre del mismo año sin seguimiento. Murió en Appleton en agosto de 2008 en lo que la policía calificó de robo con violencia con resultado de muerte.

—¿Cómo sabe usted la fecha exacta en que cerró el expediente?

—Porque lo he leído.

—¿Cuándo?

—En 2008.

—¿Por qué?

—Porque tenía veintiún años, estaba estudiando Derecho, aprendí que los expedientes de servicios sociales sobre menores son accesibles para los propios afectados una vez alcanzada la mayoría de edad, y lo pedí.

—¿Y qué encontró?

Michael no cambió de tono.

—Encontré un documento oficial en el que una funcionaria del estado de Wisconsin escribió que en mi casa no existía ningún riesgo para los menores. —Una pausa mínima—. Seis semanas antes de que mi padre le rompiera la clavícula a mi madre.

—¿Y qué sintió?

—Me pareció un documento interesante.

—Interesante —repitió Tom.

—Detective, yo hablo con precisión. Es un defecto profesional. Interesante es exactamente la palabra.

—¿Se lo enseñó a alguien?

Denise Auerbach puso la mano abierta sobre la mesa, entre su cliente y el detective.

—Michael.

Silencio.

Tom esperó.

Contó mentalmente. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho.

—Voy a interpretar eso como una negativa a responder —dijo.

—Interprételo como quiera —dijo Auerbach—. No es una respuesta y no consta como tal.

—De acuerdo.

Tom cerró la carpeta y se echó hacia atrás.

—Señor Kopelman, voy a decirle lo que pienso. Su abogada le va a decir que no conteste y usted no va a contestar, y eso está perfectamente. Pero le voy a pedir que escuche.

—Le escucho.

—Creo que su hermano Mason mató a Sarah Chen. Creo que mató a Jennifer Matthews en noviembre de 2004, a Victoria Sánchez en agosto de 2008 y a Allison Park en septiembre de 2019. Creo que David Chen no se suicidó en diciembre de 2013. Y creo que Michelle Wolcott lleva ocho años debajo de un muelle porque alguien la sacó de una tumba hace tres semanas para que la encontráramos.

Michael no movió un músculo de la cara.

—Y creo —dijo Tom— que usted lo sabe todo desde hace veinte años.

—Mi cliente no va a responder a eso —dijo Auerbach.

—No he preguntado nada.

Tom apoyó los codos en la mesa.

—Señor Kopelman, ¿sabe cuál es la única cosa de toda esta historia que no me encaja?

Michael inclinó ligeramente la cabeza. Un gesto mínimo: continúe.

—Que usted está aquí.

Silencio.

—Usted no tenía ninguna obligación de venir —dijo Tom—. La citación era voluntaria y usted lo sabía antes de abrir el sobre. Su hermano Mason no ha contestado a tres y yo no puedo hacer absolutamente nada al respecto.

—¿Y?

—Y en vez de eso ha conducido dos horas, ha traído a una de las mejores penalistas del estado a mil doscientos la hora, se ha afeitado, y lleva cuarenta minutos contestándome con una precisión que no le beneficia en nada.

—Detective—

—Déjeme terminar, señora Auerbach. —Tom no levantó la voz ni una vez en toda la sesión—. Un hombre culpable con el nivel de su cliente no viene. Un hombre inocente con su nivel tampoco viene: manda un escrito de tres párrafos y me obliga a ir yo a Chicago.

Se giró hacia Michael.

—Usted ha venido. Y ha contestado a la pregunta de Victoria Sánchez antes de que su abogada pudiera pararle, cuando de las nueve preguntas que le he hecho hoy esa era la única que podía hacerle daño de verdad.

Auerbach se giró hacia su cliente.

—Michael.

—Está bien, Denise.

—No, no está bien. Te estoy diciendo que—

—Está bien. —Michael no la miró—. Detective Brenner, ¿tiene usted una pregunta concreta?

—Sí.

Tom la había estado guardando cincuenta y un minutos.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su hermano Mason?

Y Michael Kopelman —socio del despacho Brennan, Cole & Whitmore, catorce absoluciones en dieciséis juicios de homicidio, el hombre que en 2013 había hecho caer once palabras de una orden judicial y con ellas un caso entero— hizo la única cosa que Tom no había previsto en ninguno de los cuatro escenarios que había ensayado esa mañana en el coche.

Contestó la verdad.

—El treinta y uno de octubre, a las 11:58 de la mañana —dijo—. Le dejé un mensaje de voz. No me lo cogió.

—¿Qué le dijo?

—Michael. —Auerbach cerró el cuaderno amarillo de golpe.

—Le dije: Mason, se acabó. Ven a casa.

El silencio en la sala A fue absoluto.

Detrás del espejo, Rachel Kim se puso de pie sin darse cuenta de que lo hacía.

—Esta entrevista ha terminado —dijo Auerbach, levantándose y recogiendo el cuaderno—. Michael, arriba. Ahora.

Michael se levantó.

Se abrochó el botón de la chaqueta.

Y en la puerta, con su abogada tirándole del codo, se giró hacia Tom y dijo, con la misma calma quirúrgica con la que había dicho todo lo demás:

—Detective. Puramente como hipótesis académica.

—Michael, no —dijo Auerbach.

—Adelante —dijo Tom.

—Si una persona hubiera cometido cinco homicidios a lo largo de veinte años —Michael hablaba despacio, midiendo cada cláusula, exactamente como habría hablado ante un tribunal—, y si esa persona hubiera contado durante ese tiempo con algún tipo de estructura de contención externa, y si esa estructura se hubiera roto por completo en septiembre de 2019...

Se detuvo.

—¿Qué cree usted que estaría pasando ahora mismo?

Tom lo miró.

—Creo que estaría acelerando.

—Sí —dijo Michael Kopelman—. Yo también.

Y se fue.

Rachel entró en la sala A doce segundos después de que se cerrara la puerta del pasillo.

—¿Se ha dado cuenta de lo que acaba de pasar?

—Me he dado cuenta.

—Detective, ese hombre acaba de entregarle a su hermano. Bajo grabación. Con su abogada delante intentando impedírselo.

—Lo sé.

—Y no lo ha hecho por remordimiento. —Rachel caminaba por la sala de un lado a otro—. Si fuera remordimiento habría venido solo. Habría pedido hablar sin abogada. Habría llorado en algún momento de los cincuenta minutos, y no ha llorado, y no ha temblado, y no ha dudado.

—Entonces por qué.

—Porque ha perdido el control y lo sabe. —Se detuvo—. Ha venido aquí a hacer exactamente una cosa, detective, y ha tardado cincuenta minutos en hacerla: comprobar si usted es lo bastante bueno.

—¿Y?

—Y ha decidido que sí. —Rachel señaló la puerta—. Ese último párrafo no era una hipótesis académica. Era un informe de situación. Le acaba de decir que Mason está acelerando y que él ya no puede pararlo, y se lo ha dicho de la única manera en que un abogado puede decir algo así sin autoincriminarse.

Tom miró las nueve fotografías, todavía extendidas sobre la formica gris.

—Rachel.

—Dígame.

—Si Michael sabe que está acelerando... —Tom levantó la vista muy despacio—. ¿Cómo lo sabe?

Rachel se quedó parada en mitad de la sala.

—Ay, Dios —dijo.

—Exacto. —Tom ya estaba recogiendo las fotografías—. Michael no habla con Mason desde hace cinco años. Acaba de decírnoslo bajo grabación y con fecha y hora. Entonces, ¿en qué se basa para saber que está acelerando?

—Porque hay una sexta.

—Porque hay una sexta —dijo Tom, y cogió la chaqueta—. Y todavía no la hemos encontrado.

Capítulo 19
Tercer interrogatorio: Mason

Sala A. Departamento de Policía de Oshkosh. 6 de noviembre de 2024. 09:00.

Mason Kopelman no fue citado por cuarta vez.

Se presentó.

A las nueve menos cuarto de la mañana del seis de noviembre entró por la puerta principal del Departamento de Policía de Oshkosh, cruzó el vestíbulo, se acercó al mostrador y le dijo a la agente de recepción que venía a ver al detective Brenner.

—¿Tiene cita?

—No.

—¿Su nombre?

—Mason Kopelman.

La agente Ruiz tardó cuatro segundos en reaccionar.

Después descolgó el teléfono sin apartar los ojos de él y marcó la extensión con la mano izquierda, buscando las teclas a tientas.

Tom bajó las escaleras de dos en dos.

Lo encontró de pie en el vestíbulo, con las manos en los bolsillos de un anorak azul, mirando un tablón de anuncios sobre prevención de incendios domésticos: un cartel con una alarma de humo dibujada y el eslogan del programa estatal de sustitución de baterías.

Era exactamente la misma cara.

Esa fue la primera cosa que pensó Tom, y le produjo una sensación desagradable en la nuca. Llevaba tres semanas mirando fotografías de esa cara. Había pasado cincuenta minutos con esa cara en la sala A el jueves y otros cincuenta y uno el sábado.

Y ahora la tenía delante por tercera vez, en un cuerpo distinto, con un anorak barato y unas zapatillas que no había limpiado nunca.

—Detective Brenner —dijo Mason.

—Señor Kopelman.

—He recibido tres citaciones. Perdón por el retraso. He estado fuera.

—¿Dónde?

—Por ahí.

Tom lo miró un segundo de más.

—¿Viene con abogado?

—No.

—¿Quiere uno?

—No.

—Puedo asignarle uno de oficio y podemos esperar el tiempo que haga falta. Puedo esperar tres horas si es necesario.

—Lo sé —dijo Mason—. No quiero.

—¿Entiende que tiene derecho a—?

—Detective. —No fue brusco—. Sé perfectamente qué derechos tengo. He tenido mucho tiempo para leer sobre el tema. No quiero abogado y voy a firmarle lo que haga falta para que eso quede claro y no le den problemas después.

En la sala A, sentado, con un vaso de agua delante que no tocaría en las siguientes dos horas y trece minutos, Mason Kopelman firmó la renuncia a asistencia letrada.

Letra pequeña. Regular. Sin temblor.

Tom encendió la grabadora.

—Seis de noviembre de 2024, nueve horas cero dos minutos. Detective Thomas Brenner. Comparece de forma voluntaria y sin asistencia letrada, habiendo firmado renuncia expresa, Mason Kopelman, treinta y siete años, con domicilio en Madison, Wisconsin.

Dejó el bolígrafo.

—Señor Kopelman, ¿sabe por qué está aquí?

—Sí.

—Dígamelo usted.

—Porque ha muerto Sarah Chen y usted cree que la maté yo.

Tom no esperaba que empezara así.

Había ensayado seis aperturas distintas en el coche aquella mañana y ninguna servía ya.

—¿La mató usted?

—No.

—¿Dónde estaba el catorce de octubre entre las ocho y las once de la noche?

—En mi casa.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—No.

—¿Ni una llamada, ni un correo, ni una conexión a internet, ni un pedido?

—Estuve leyendo.

—¿Qué leía?

—Un libro sobre pájaros.

Tom lo miró un segundo de más por segunda vez en veinte minutos.

—¿Sobre pájaros?

—Sobre migración de aves en los Grandes Lagos. Me lo dejó una vecina. —Mason no había cambiado de postura desde que se sentó —. Puede pedírselo. Se llama Wanda Kaminski, vive en el 2B. Se lo devolví el día quince por la mañana.

Tom lo apuntó.

Y esa fue la primera de las once cosas verificables que Mason Kopelman dijo aquella mañana, y las once resultaron ser ciertas.

—Señor Kopelman, voy a enseñarle unas fotografías. Algunas son desagradables.

—De acuerdo.

Tom sacó las mismas nueve que le había puesto a su hermano cuatro días antes y las colocó del mismo modo, en el mismo orden, boca arriba.

Mason las miró.

Y Tom, que llevaba diecinueve años observando a gente mirar fotografías de cadáveres —culpables, inocentes, familiares, testigos, periodistas—, tuvo que reconocer que no había visto nunca nada parecido.

No hubo repulsión.

No hubo interés morboso, que es una cosa que se detecta enseguida porque hace que la gente se acerque un centímetro.

No hubo la sobreactuación de horror de los culpables ni la palidez auténtica de los inocentes.

Mason Kopelman miró las fotografías de una mujer torturada durante tres horas con exactamente la misma expresión con la que había mirado, quince minutos antes, un cartel sobre alarmas de humo.

—¿Qué ve? —preguntó Tom.

—¿Es una pregunta del interrogatorio?

—Sí.

Mason tocó una de las fotos con el dedo índice y la giró un poco hacia sí.

La del rectángulo de velas.

—Veo que quien hizo esto no tenía prisa —dijo—. Y veo que no disfrutó.

—¿Cómo lo sabe?

—Por las velas.

—Explíquemelo.

—Están puestas en un rectángulo, con los lados paralelos a las paredes. —Mason señaló con la uña—. Si disfrutas, haces un círculo. La gente que disfruta hace círculos porque quiere estar dentro de algo. Un círculo tiene centro y el centro es donde estás tú.

—¿Y un rectángulo?

—Un rectángulo no tiene centro emocional. Solo tiene área. —Levantó la vista—. El rectángulo solo sirve para ver bien.

Tom sintió el vello del antebrazo por debajo de la camisa.

—Continúe.

—Y los cortes.

Mason acercó otra fotografía, la del antebrazo izquierdo, y la puso al lado de la primera.

—Están hechos por alguien que quería que la conversación durase. Empiezan superficiales y bajan un milímetro cada vez, y eso significa que había una escala prevista antes de empezar. —Se echó atrás—. Eso no es placer, detective. Eso es paciencia. Son cosas distintas y la gente siempre las confunde.

—¿Y sobre qué querría conversar alguien durante tres horas?

—Sobre lo que ella era.

—¿Y qué era?

—Una mujer que sabía perfectamente que Bradley Harrison era un animal —dijo Mason— y que lo devolvió a la calle por cuarenta minutos de retraso en un registro de custodia.

En la sala contigua, Rachel Kim dejó de escribir a mitad de una palabra.

—¿Cómo sabe usted lo de los cuarenta minutos? —preguntó Tom.

—Está en la transcripción del juicio.

—Las transcripciones de 2003 no están digitalizadas.

—No. —Mason asintió—. Están en el archivo del condado de Racine, en papel, en cajas. Hay que solicitarlas por escrito, pagar una tasa de cuarenta y dos dólares y esperar once días.

—¿Las solicitó usted?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El diecinueve de agosto. Me llegaron el uno de septiembre.

Tom se quedó muy quieto.

—Señor Kopelman, ¿entiende usted que acaba de decirme que en agosto de este año solicitó por escrito, con su nombre y pagando una tasa, la transcripción completa de un juicio en el que participó una mujer que fue asesinada seis semanas después?

—Sí.

—¿Y no le parece que eso requiere una explicación?

—Se la estoy dando.

Mason apoyó las dos manos abiertas sobre la mesa.

—Detective, no le voy a mentir. No he mentido en toda la mañana y no pienso empezar, y usted va a comprobar todo lo que le he dicho y va a ver que es verdad. —Lo miró—. Pero tampoco voy a decirle lo que usted quiere.

—¿Y qué es lo que quiero?

—Que confiese.

—¿Debería?

Mason lo miró.

Y por primera vez en toda la entrevista, algo se movió detrás de aquellos ojos.

Tom lo vio y no supo qué era.

Le llevaría cuatro meses entenderlo, y lo entendería en el suelo de un cementerio, con las rodillas mojadas.

—Le voy a hacer yo una pregunta a usted —dijo Mason—. ¿Puedo?

—Adelante.

—Michelle Wolcott.

Tom no dijo nada.

—¿La ha ido a ver? —preguntó Mason.

—¿Cómo dice?

—El cuerpo. ¿Ha ido usted a verlo?

—He visto las fotografías.

—No es lo mismo.

—No —admitió Tom—. No lo es.

—Estuvo siete años en una tumba con un número por nombre. —Mason no había levantado la voz ni una vez—. Siete. Su madre se llama Dolores y vive en Kenosha, a cincuenta y cuatro minutos en coche de esa tumba. Nadie fue. Ni la policía de tres condados, ni el estado, ni la abogada que la destrozó en una sala en 2003.

—Alguien fue —dijo Tom.

—Sí.

—¿Quién?

Silencio.

—Señor Kopelman, ¿quién fue?

Mason se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos por primera vez en la entrevista.

—Detective, usted quiere resolver un asesinato —dijo—. Yo estoy hablando de otra cosa. Y hasta que no entienda que son dos conversaciones distintas, vamos a seguir aquí toda la mañana y ninguno de los dos va a sacar nada.

—Entonces ilústreme. ¿De qué está hablando usted?

—De que hay dos clases de personas que dejan cadáveres detrás.

—Dígame las dos.

—Las que los ponen ahí —dijo Mason— y las que pasan por al lado y siguen andando.

—¿Y?

—Y ustedes solo persiguen a las primeras.

—Eso es porque las segundas no cometen delito.

—Ya lo sé —dijo Mason Kopelman—. Ese es exactamente mi problema.

La entrevista duró dos horas y once minutos más.

Tom probó cuatro estrategias distintas y ninguna funcionó.

Probó el silencio prolongado: Mason esperó sin incomodarse, mirando la mesa, durante los dos minutos y cuarenta segundos que Tom aguantó.

Probó la confrontación directa con los nombres de las cinco víctimas: Mason reconoció conocer a cuatro de ellas y explicó de qué, y en los cuatro casos su explicación era verificable y resultó ser cierta.

Probó la empatía: Mason la reconoció como técnica en voz alta, sin ningún reproche, y dijo que la entendía y que siguiera si le resultaba útil.

Y probó, al final, la única cosa que le quedaba, que fue decirle la verdad: que sabía que había sido él, que no podía demostrarlo, y que los dos estaban perdiendo la mañana.

—Sí —dijo Mason—. Eso ya lo sabíamos los dos a las nueve y cuarto.

A las 11:20 se levantó, dio las gracias, se puso el anorak y se fue caminando.

Tom lo vio salir por la puerta de cristal del vestíbulo, cruzar el aparcamiento bajo un cielo blanco y bajo, y subirse a un Honda gris de dieciséis años con una abolladura en la puerta del copiloto.

Y se quedó ahí de pie junto al mostrador, con las manos en los bolsillos, sabiendo exactamente tres cosas.

Que ese hombre había matado a cinco personas.

Que no tenía absolutamente nada con lo que retenerlo ni un minuto más.

Y que lo peor de las tres —lo que le iba a impedir dormir aquella noche y las once siguientes, lo que no le contaría nunca a Jenkins, ni a Rachel hasta mucho después, ni al psicólogo del departamento— era esto:

Que durante dos horas y trece minutos, sentado frente a él en la sala A, Mason Kopelman le había caído bien.

Capítulo 20
El hombre que nadie echó de menos

Departamento de Policía de Oshkosh. 6 de noviembre de 2024. 11:40.

Tom volvió a subir las escaleras y ya sabía por dónde empezar.

—Rachel. Si hay una sexta, ¿quién es?

—Es pronto para—

—No es pronto. Llevamos cuatro días de retraso y acabo de dejar salir por esa puerta a un hombre que ha matado a cinco personas.

Fue a la pizarra y cogió el rotulador.

—Tenemos cinco. —Escribió mientras hablaba—. Jennifer Matthews, la exnovia. Victoria Sánchez, la trabajadora social. David Chen, el abogado que iba a inhabilitar a Michael. Allison Park, testigo del caso Harrison. Sarah Chen, la abogada del caso Harrison.

Golpeó la pizarra con el canto del rotulador.

—Tres de los cinco orbitan alrededor de lo mismo.

—El caso Harrison.

—El caso Harrison. —Trazó un círculo que englobaba tres nombres—. Y dentro de ese caso hay exactamente una persona que sigue viva y a la que Mason Kopelman debería tener más ganas que a ninguna otra en el mundo.

Rachel se puso de pie muy despacio.

—Bradley Harrison.

—Bradley Harrison.

Tom ya estaba descolgando el teléfono.

—Jenkins. Necesito localización actual de Bradley Alan Harrison, nacido en torno a 1979, registro de delincuentes sexuales del estado de Wisconsin. Ahora mismo, no dentro de una hora.

Colgó.

—Detective —dijo Rachel—. Si va a por Harrison, no encaja.

—¿Por qué no?

—Porque Harrison es el culpable evidente.

Rachel se acercó a la pizarra y se quedó delante del círculo.

—Piénselo. Todo lo que ha hecho este hombre en veinte años ha sido ir a por gente que el sistema considera inocente. —Fue señalando—. Una trabajadora social que cerró un expediente. Un abogado que escribió un artículo de cinco páginas. Una letrada que ganó una moción. Una chica de veintidós años que rompió con él.

—Vale.

—Ninguno de ellos cometió un delito, detective. Ni uno. Ese es el patrón entero y es lo único coherente de todo el caso: Mason Kopelman mata a personas a las que nadie más considera culpables. Esa es su tesis. Esa es toda su tesis.

Tom se detuvo con la mano todavía sobre el teléfono.

—Entonces Harrison no le sirve.

—Harrison no le sirve para nada. —Rachel se giró—. Matar a un violador convicto no demuestra su tesis. La destruye. Cualquiera mataría a Bradley Harrison, detective. La mitad de los jurados de este estado le darían las gracias. Eso no es una acusación contra el mundo: es un linchamiento normal y corriente y no significa nada.

El teléfono sonó a las 12:14.

—Brenner.

—Soy Jenkins. Bradley Alan Harrison, cuarenta y cinco años. Registro activo desde 2003, con obligación de comparecencia cada catorce días. Última dirección verificada: el Lakeview Extended Stay de Beloit, habitación 118, un motel de larga estancia de esos donde la gente vive por semanas.

—Bien. Dame la comparecencia más reciente.

—Ahí está el problema. —Jenkins bajó la voz—. Su última comparecencia fue el dieciocho de octubre. La siguiente le tocaba el primero de noviembre. No apareció.

Tom miró el reloj de la pared.

—¿Y qué se hizo?

—Se abrió un aviso administrativo.

—¿Y?

—Y nada, Tom. —Se oía a Jenkins pasar páginas—. Es un incumplimiento de registro. Le mandan una carta certificada a la última dirección. Si en treinta días no responde, un juez firma una orden. Eso es todo. Nadie va a buscarlo. Nadie llama a nadie. La carta salió el lunes.

—Llevamos diecinueve días.

—Llevamos diecinueve días.

Tom colgó despacio y se quedó mirando la pared.

—Diecinueve días —repitió Rachel, en voz baja—. Detective, si se lo llevó el mismo día que faltó a la comparecencia, ese hombre lleva diecinueve días con él.

—Usted acaba de decirme que Harrison no le sirve.

—He dicho que no le sirve como víctima.

Rachel se sentó despacio en el borde de la mesa.

—Ay, Dios.

—¿Qué?

—Que no lo quiere como víctima. —Levantó la cara—. Lo quiere como testigo.

La orden de registro del domicilio de Mason Kopelman se firmó a las 17:50 de aquel mismo día por una jueza de guardia del condado de Dane que hizo cuatro preguntas y no puso ninguna pega.

Entraron a las 19:20.

El apartamento estaba vacío y limpio.

No vacío de muebles: vacío de vida. Sin ropa en el armario salvo tres perchas desnudas. Sin comida en la nevera salvo un bote de mostaza. Sin papeles, sin extractos, sin facturas, sin fotografías.

La cama estaba hecha con las esquinas metidas.

El gato, Nueve, estaba en casa de la vecina del 2B desde hacía nueve días, con dos meses de comida pagados por adelantado, la cartilla veterinaria al día y una nota:

«Wanda: me tengo que ir. Vuelvo o no vuelvo. Si no vuelvo, quédeselo, ya está todo pagado. Se llama Nueve y le gusta la ventana de la cocina por las tardes. Gracias por el libro de los pájaros. M.»

Wanda Kaminski, setenta y nueve años, leyó esa nota en voz alta en un tribunal el 13 de marzo de 2025 y tuvo que parar dos veces.

El detalle del gato —la comida pagada, la cartilla al día, la ventana de la cocina por las tardes— fue lo que le heló la sangre a Tom más que ninguna fotografía de todo el caso.

Porque significaba dos cosas a la vez, y las dos eran malas.

Que sabía que no iba a volver.

Y que le importaba el gato.

El trastero del sótano, alquilado desde 2011 a nombre de una sociedad de responsabilidad limitada de Delaware constituida por Michael Kopelman, tardaron cuatro minutos en abrirlo con una cizalla.

Metro y medio por dos. Sin luz propia. Un estante metálico vacío.

Y en el suelo, una caja de plástico gris de las de guardar ropa de invierno, con la tapa puesta.

La abrieron con la cámara grabando.

Dentro había once objetos.

Cada uno dentro de una bolsa de congelación transparente, cerrada, con el aire sacado. Cada bolsa con una etiqueta adhesiva

blanca escrita a mano con letra pequeña y regular.

Estaban ordenados por fecha.

Una tarjeta de biblioteca del condado de Dane, plastificada, a nombre de Jennifer L. Matthews. Etiqueta: «Jennifer Matthews. 8-XI-2004».

Un reloj de mujer, de correa metálica, parado. Etiqueta: «Victoria Sánchez. 9-VIII-2008».

Un par de pendientes pequeños, de oro. Etiqueta: «Victoria Sánchez. 9-VIII-2008».

Un bolígrafo de despacho, azul, con el logotipo de una clínica jurídica de Milwaukee. Etiqueta: «David Chen. 3-XII-2013».

Una pulsera de identificación hospitalaria, cortada, del hospital Bellin de Green Bay. Etiqueta: «Allison Park. 2-IX-2019».

Y la sexta.

La sexta fue la que hizo que Tom Brenner apoyara una mano en la pared de hormigón del sótano.

Una placa de identificación de metal, oxidada, de unos ocho centímetros, con un número grabado a golpe:

4-118.

La etiqueta decía:

«Michelle Wolcott. Nadie fue».

Nadie dijo nada durante unos segundos. Se oía el zumbido del fluorescente del pasillo del sótano.

—Detective —dijo la técnica de escena, que estaba de rodillas junto a la caja—. Hay algo debajo. El fondo es falso.

Levantó una lámina de plástico gris del mismo color que el resto de la caja, cortada a medida.

Debajo había un disco duro externo de dos terabytes, negro, con el cable enrollado alrededor.

Y encima, sujeta con una goma elástica de las de oficina, una hoja de papel doblada en cuatro.

Tom la desdobló con la punta de un bolígrafo.

Dos palabras, en el centro de la hoja, con la misma letra pequeña y regular:

PARA BRENNER.

El fluorescente zumbaba.

—Sabía que veníamos —dijo Rachel.

—Sabía que veníamos —dijo Tom—. Y llevaba sabiéndolo desde agosto.

Capítulo 21
Cuarenta y una horas de grabación

Unidad de Análisis Digital. Oshkosh. 7 de noviembre de 2024.

El disco duro no tenía contraseña.

Eso, según el técnico de informática forense, un chico de veintiocho años llamado Deshawn Price que llevaba tres años en el departamento y que había pedido dos veces el traslado a Milwaukee, era lo más raro de todo el asunto.

—Detective, este tío es ingeniero de seguridad. Lleva quince años en el sector. —Price giró la pantalla—. Podría haber cifrado esto con AES-256 y una clave de sesenta caracteres y no lo abriríamos nunca. Nunca, ¿eh? No es una manera de hablar. No en cien años.

—¿Y?

—Y lo ha dejado abierto. Un clic. Ni siquiera una carpeta oculta.

—¿Qué hay dentro?

—Dos carpetas.

La primera se llamaba CASOS.

Contenía mil ochocientas doce páginas de documentación escaneada, organizada en seis subcarpetas nombradas con apellidos.

Transcripciones judiciales completas. Informes forenses obtenidos por solicitud pública. Expedientes de servicios sociales. Recortes de prensa digitalizados con fecha y cabecera. Certificados de defunción solicitados legalmente al registro civil del estado, con el sello y el número de tasa pagada.

Todo obtenido por vías legales. Todo con recibo.

Y en cada subcarpeta, al final, un documento de texto de entre cuatro y nueve páginas, escrito en primera persona, sin florituras, sin insultos y sin adjetivos innecesarios, exponiendo por qué esa

persona era responsable de algo que el sistema no le había imputado nunca.

Rachel leyó los seis aquella noche, uno detrás de otro, y a las tres de la madrugada le dijo a Tom una frase que él no olvidaría:

—Están bien escritos. Eso es lo que me da miedo, detective. No están escritos por un loco. Están escritos por alguien que ha leído a otros que escriben bien.

—¿Qué son?

—Son alegatos. Formalmente son alegatos. Tienen hechos, tienen fuentes, tienen conclusión y no tienen ni una sola línea de odio personal.

—¿Y en el fondo?

—En el fondo también son alegatos. Ese es el problema.

La segunda carpeta se llamaba HARRISON.

—Detective —dijo Price, muy serio—. Esta se la tiene que escuchar sentado.

Contenía cuarenta y una horas de grabación de audio, repartidas en cuarenta y siete archivos, nombrados con fecha y hora, entre el 18 de octubre y el 5 de noviembre de 2024.

El último tenía menos de veinticuatro horas.

Tom escuchó los primeros noventa segundos de pie.

Después tuvo que sentarse.

La voz de Mason Kopelman, tranquila, educada, exactamente la misma que la del día anterior en la sala A:

«Dieciocho de octubre. Son las 22:14. Está usted en una habitación con calefacción. Tiene agua, tiene comida, tiene una manta y tiene un cubo. No le voy a hacer daño. Le voy a hacer preguntas. Cuando termine, va a salir de aquí. Se lo digo ahora y se lo voy a repetir todos los días, porque no me va a creer y necesito que acabe creyéndome».

Y después una segunda voz, gruesa, arrastrada, furiosa:

«¿Tú quién cojones eres?»

«Eso da igual. Empecemos por 2003».

Tom escuchó cuarenta y un minutos seguidos sin moverse ni una vez.

En las primeras seis horas de grabación, repartidas en cuatro días, Bradley Harrison no dijo absolutamente nada útil.

Insultó durante horas enteras. Amenazó. Negó. Exigió un abogado catorce veces. Lloró dos veces. Ofreció dinero que no tenía, primero cinco mil, después veinte mil, después una cifra que no llegó a decir. Intentó negociar. Intentó dar pena. Intentó, en el archivo doce, una cosa que a Rachel le pareció clínicamente reveladora: intentó hacerse amigo.

Mason no se alteró en ningún momento.

No gritó una sola vez en cuarenta y una horas. No golpeó. No amenazó. No subió la voz ni siquiera cuando Harrison le llamó cosas durante veinte minutos seguidos.

Le llevaba comida y se lo decía en voz alta para que quedara grabado: «Son las 13:40, le traigo comida, hay sopa y pan y una manzana».

Le preguntaba si tenía frío. Dos veces le trajo otra manta.

Y volvía a empezar.

«Volvamos a 2003».

«Volvamos a 2003».

«Volvamos a 2003».

El día once, en el archivo veintiséis, Bradley Harrison empezó a hablar.

—Es aislamiento con interlocutor único —dijo Rachel, en voz baja, cuando llevaban seis horas escuchando y ya era de noche—. No es Estocolmo exactamente, aunque hay componentes. Es una técnica de interrogatorio en condiciones que nosotros no podemos reproducir jamás.

—¿Por qué funciona?

—Porque le ha quitado todo lo demás. —Rachel se frotó los ojos —. Este hombre lleva once días sin ver a nadie más, sin reloj, sin ventana, sin televisión, sin nadie que le confirme que existe. Y hay una sola persona en el mundo que le habla, que le trae comida y que le pregunta si tiene frío.

—Y esa persona quiere una sola cosa.

—Y esa persona quiere una sola cosa, y no se cansa, y no se enfada, y va a estar ahí mañana. —Rachel miró la pantalla—. Detective, esto es mucho más eficaz que cualquier cosa que podamos hacer nosotros en una sala con un abogado delante. Y esa es la parte que no me deja respirar.

El archivo treinta y uno duraba dos horas y siete minutos.

En él, Bradley Alan Harrison confesó tres agresiones sexuales que nunca habían sido denunciadas, cometidas entre 2006 y 2011, con nombres de pila, fechas aproximadas y localizaciones.

Dos de esas tres mujeres fueron localizadas por el departamento en diciembre de 2024. Una de ellas había denunciado en su momento y su denuncia se había archivado por falta de indicios.

En el archivo treinta y cuatro habló de Michelle Wolcott.

Tom se levantó a los once minutos y salió al pasillo.

Rachel salió detrás de él.

Estuvieron los dos de pie contra la pared, bajo el fluorescente, sin decir absolutamente nada, durante casi cinco minutos. En algún momento Rachel le puso la mano en el brazo y Tom no se apartó.

Después volvieron a entrar y Price rebobinó al principio del archivo sin preguntar.

Bradley Harrison había vuelto a buscar a Michelle Wolcott en marzo de 2016.

Doce años después del juicio.

La encontró en Racine. La siguió durante nueve días. La mató la noche del 4 de marzo y la tiró al lago desde el muelle viejo del embarcadero sur.

La corriente devolvió el cuerpo trece días después, a doscientos metros.

Nadie la identificó.

Estaba en el sistema como desaparecida en tres condados distintos, con tres números de expediente diferentes que nunca se cruzaron, y sin ficha dental cargada porque su dentista se había jubilado en 2009 y los archivos en papel se habían perdido en una mudanza de local.

La enterraron como no identificada en la parcela común del cementerio municipal de Racine el 11 de abril de 2016.

Tumba 4-118.

—Detective —dijo Price, muy pálido, sin apartar los ojos de la pantalla—. Hay un archivo cuarenta y siete. Es el último. Es de anteayer.

—Póngalo.

Duraba once minutos y cuatro segundos.

Durante los diez primeros, Mason Kopelman leyó en voz alta, despacio, con claridad y sin entonación dramática, un documento de nueve páginas.

Era el alegato completo.

Los hechos verificados. Las tres agresiones no denunciadas con nombres y fechas. La reincidencia de marzo de 2016. El seguimiento de nueve días. El lugar exacto. La hora. El número de tumba. El nombre de la madre y la distancia en coche.

Lo leyó entero, sin saltarse una línea.

Cuando terminó, hubo un silencio de unos veinte segundos en el que solo se oía una respiración.

Después la voz de Harrison, irreconocible respecto a la del primer archivo, muy pequeña y muy lenta:

«¿Y ahora qué?»

«Ahora se lo va a contar usted a la policía».

«¿Qué?»

«Le he dicho todos los días que iba a salir de aquí. Y le he dicho la verdad todos los días».

Ruido de una silla arrastrándose. Pasos.

«Voy a dejar la puerta abierta. Hay un teléfono en la mesa de la cocina, cargado, y un papel con la dirección de este sitio, porque usted no sabe dónde está y le va a hacer falta para decírselo a la policía. También hay cuarenta dólares».

«No lo entiendo».

«Ya lo sé».

«¿Qué quieres que haga?»

«Me da exactamente igual. Puede llamar a la policía, puede llamar a un abogado o puede echar a correr y no parar. Tiene usted tres opciones y ninguna me interesa».

Silencio. Ocho segundos.

«¿Por qué no me matas?»

Una pausa larga. Diecisiete segundos, según el contador de la pantalla.

Y entonces, en el minuto diez con cuarenta segundos del archivo cuarenta y siete, Mason Kopelman dijo la frase que un fiscal del estado de Wisconsin reproduciría ante un jurado el 14 de marzo de 2025, que dos periódicos nacionales llevarían en portada, y que Tom Brenner escucharía después ciento y pico veces sin llegar nunca a decidir del todo qué era lo que sentía:

«Porque usted es el único de todos ellos que sí va a ir a la cárcel».

Un portazo.

Fin de la grabación.

Bradley Alan Harrison entró por su propio pie en la comisaría del condado de Rock a las 04:50 del 6 de noviembre de 2024.

Iba descalzo. Había andado once kilómetros.

Declaró durante seis horas.

Es decir: entró a declarar cuatro horas y diez minutos antes de que Mason Kopelman se presentara voluntariamente en el vestíbulo del Departamento de Policía de Oshkosh a hablar con el detective Thomas Brenner.

Tom hizo la cuenta tres veces antes de creérsela.

La hizo en una servilleta, con un bolígrafo, y después la volvió a hacer.

—Estuvo sentado delante de mí —dijo—. Dos horas y trece minutos. Mirándome. Contestándome. Sabiendo perfectamente que Harrison ya estaba declarando a ciento sesenta kilómetros de aquí.

—Sí.

—¿Por qué? —Tom se giró hacia Rachel—. Dígamelo usted, porque yo no lo entiendo. ¿Por qué venir? No tenía ninguna necesidad. Tenía diecinueve días de ventaja. Podía haber cruzado a Canadá.

Rachel tardó en contestar.

—Porque necesitaba saber si usted iba a entenderlo.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es. —Ella se levantó—. Detective, le dejó un disco duro de dos terabytes con su nombre escrito a mano encima. Su nombre. No el del departamento, no el del fiscal. Y después vino aquí y se sentó frente a usted mientras usted todavía no lo había leído.

—¿Y para qué?

—Para mirarle la cara. —Rachel se pasó las manos por el pelo—. Usted no ha estado persiguiendo a este hombre. Ha estado siendo evaluado por él.

Tom se quedó mirando la pantalla apagada del ordenador de Price.

—Rachel.

—Dígame.

—Cuarenta y siete archivos. El último es del cinco de noviembre. —Se giró despacio—. Soltó a Harrison el cinco. Vino a verme el seis.

—Sí.

—Hoy es día siete.

Rachel no dijo nada.

—¿Qué ha estado haciendo desde entonces? —dijo Tom.

El teléfono de la sala sonó en ese preciso momento y los tres dieron un salto.

Price lo cogió y se lo pasó sin decir nada.

Era Jenkins.

—Tom. Acaba de llamar una mujer de Oshkosh al número general. Setenta y dos años. Dice que su hijo lleva dos días en su casa y que ha dejado de hablar.

Tom cerró los ojos.

—Eleanor Kopelman —dijo.

—Eleanor Kopelman —confirmó Jenkins—. Y dice que quiere hablar contigo. Contigo, por tu nombre. Dice que lleva treinta y siete años esperando para hablar con alguien.

Capítulo 22
Once días en una habitación

Ubicación no determinada. 18 - 29 de octubre de 2024. Transcripción parcial.

Lo que sigue no es una reconstrucción.

Es la transcripción parcial de los archivos 1, 7, 14, 19 y 26 del disco duro incautado el 6 de noviembre de 2024 en un trastero del East Side de Madison, admitida como prueba número 12 en el Estado de Wisconsin contra Bradley Alan Harrison.

Se reproduce aquí porque la fiscalía la reprodujo entera ante un jurado durante dos días, y porque es la única parte de este caso en la que se oye hablar a las dos personas al mismo tiempo.

ARCHIVO 1. 18 de octubre, 22:14.

—Está usted en una habitación con calefacción. Tiene agua, tiene comida, tiene una manta y tiene un cubo. No le voy a hacer daño. Le voy a hacer preguntas. Cuando termine, va a salir de aquí. Se lo digo ahora y se lo voy a repetir todos los días, porque no me va a creer y necesito que acabe creyéndome.

—¿Tú quién cojones eres?

—Eso da igual. Empecemos por 2003.

—Que me sueltes.

—2003.

—¡Que me sueltes, hijo de puta!

—Voy a estar aquí mañana a las nueve.

ARCHIVO 7. 21 de octubre, 11:40.

—Buenos días. Son las 11:40. Le traigo café y dos huevos. El café está caliente.

—¿Tú eres poli?

—No.

—¿Familia de alguna?

—No.

—Entonces qué eres.

—Alguien que leyó su expediente.

—Pues estás mal de la cabeza.

—Es posible. Volvamos a 2003.

—Yo no hice nada en 2003. Salí. ¿Sabes lo que significa salir? Significa que un juez dijo que no. Un juez de verdad, con toga.

—Un juez dijo que la prueba no era admisible. Eso no es lo mismo que decir que no lo hizo, y usted lo sabe perfectamente porque llevó veintiún años oyendo esa distinción.

—Para ti es lo mismo, ¿no?

—No. Para mí tampoco es lo mismo. Esa es la única cosa en la que usted y yo estamos de acuerdo.

ARCHIVO 14. 24 de octubre, 20:05.

—¿Cuántos días llevo?

—Siete.

—Mientes.

—Llevo siete días diciéndole la verdad sobre todo. Lleva siete días aquí. Es jueves 24 de octubre y son las ocho y cinco de la tarde.

—Voy a salir de aquí y te voy a matar.

—Puede ser. Volvamos a 2003.

—...

—¿Tiene frío?

—Sí.

—Le traigo otra manta.

[Ruido de pasos. Pausa de dos minutos once segundos.]

—Toma.

—...

—¿Mejor?

—¿Por qué haces esto?

—Porque hay tres mujeres cuyos nombres usted conoce y que no aparecen en ningún papel de ningún juzgado de este estado.

—Yo no sé de qué hablas.

—Sí lo sabe. Y yo también. Y por eso vamos a estar aquí el tiempo que haga falta.

ARCHIVO 19. 27 de octubre, 09:12.

—¿Sabes qué? Que ellas también estaban ahí. Nadie las obligó a estar ahí.

—Siga.

—¿Cómo que siga?

—Que siga. Estoy escuchando.

—No, tú quieres que diga algo para grabarlo.

—Estoy grabando desde el primer minuto y se lo dije el primer día. Está grabado que se lo dije.

—...

—Siga, señor Harrison. Dígalo entero.

—No voy a decir nada.

—Entonces esperamos.

[Silencio de once minutos y cuarenta segundos.]

—¿Sigues ahí?

—Sigo aquí.

ARCHIVO 26. 29 de octubre, 15:30.

—Michelle.

—...

—Ha dicho Michelle.

—No he dicho nada.

—Ha dicho Michelle. Está grabado y lo puede volver a oír si quiere, se lo puedo poner ahora mismo.

—...

—Cuéntemelo.

—Si te lo cuento me matas.

—No.

—Todo el mundo diría eso.

—Sí. Todo el mundo diría eso y usted no tiene ninguna razón para creerme. —Pausa—. Pero llevo once días trayéndole comida a las horas que le digo, y once días diciéndole qué día es, y no le he puesto una mano encima ni una sola vez. Eso es lo único que tengo.

—...

—Señor Harrison.

—Fue en 2016.

—Siga.

—En marzo.

—Siga.

[Aquí empieza la declaración de dos horas y siete minutos que la fiscalía del condado de Racine utilizó como base de la acusación por el homicidio de Michelle Wolcott, y que Bradley Alan Harrison ratificó por escrito, con abogado presente, el 8 de noviembre de 2024.]

En su alegato final, el fiscal del condado de Racine dijo ante el jurado que aquella confesión era la más sólida que había visto en veintinueve años de ejercicio.

Y dijo también, porque tenía que decirlo, que se había obtenido mediante la detención ilegal de una persona durante diecinueve días.

La defensa de Bradley Harrison solicitó la exclusión de las cuarenta y una horas de grabación alegando coacción.

La vista sobre la moción duró tres días.

Los peritos de la defensa argumentaron privación de libertad, aislamiento sensorial y presión psicológica sostenida.

Los peritos de la fiscalía —Rachel Kim entre ellos, en la única ocasión en que declaró para la acusación en ese procedimiento— argumentaron que no hubo violencia física, ni amenaza explícita, ni privación de alimento, agua, calor o descanso, y que el contenido de la confesión era verificable de forma independiente: había un cuerpo, había una lona, había una cadena y había una tumba vacía.

El 19 de febrero de 2025, el tribunal admitió la grabación.

Fue una decisión discutida, apelada y confirmada en 2026, y hoy se estudia en cuatro facultades de Derecho del Medio Oeste bajo el nombre de doctrina Harrison.

Bradley Alan Harrison fue condenado el 4 de junio de 2025 a cadena perpetua por el homicidio de Michelle Wolcott, más cuarenta años por tres agresiones sexuales previamente no denunciadas.

En el juicio, su abogado alegó que su cliente había sido secuestrado.

Era cierto.

Ese es el segundo hecho más incómodo de todo este caso, y ningún tribunal de este estado ha conseguido todavía decir en voz alta el primero:

Que si Mason Kopelman no hubiera cometido un delito grave, nadie habría sabido nunca qué le pasó a Michelle Wolcott.

Capítulo 23
Lo que Eleanor no dijo en 1994

1342 Merritt Avenue, Oshkosh. 7 de noviembre de 2024. 19:20.

La casa olía a sopa.

Eso fue lo primero que Tom notó al entrar, y le pareció una obscenidad.

Llevaba tres semanas reconstruyendo el infierno que había ocurrido dentro de aquellas paredes —el pasillo, la puerta, los cuatro segundos, el vaso en la mesilla— y la casa olía a sopa de pollo con apio, como cualquier casa de Wisconsin un jueves de noviembre.

El arce del jardín delantero estaba pelado. El canalón seguía roto.

Eleanor Kopelman tenía setenta y dos años y aparentaba más.

Era pequeña, de huesos finos, con el pelo blanco recogido con una pinza de plástico marrón. Llevaba una rebeca azul con un botón desparejado en el tercer ojal y unas zapatillas de andar por casa que le venían grandes.

Abrió la puerta antes de que Tom llamara.

—Pasen. Está en el cuarto de arriba.

—Señora Kopelman, tengo dos coches fuera y cuatro agentes. Antes de nada necesito saber si su hijo está armado.

—No.

—¿Está segura?

—Nunca ha usado nada —dijo Eleanor—. Nunca ha necesitado nada.

Tom envió a dos agentes al pie de la escalera y a otros dos al perímetro trasero.

Después entró en el salón.

Y se sentó en el sofá marrón.

El mismo sofá marrón de la fotografía adjunta al expediente 94-1187, que había visto escaneada tres veces en una pantalla y que ahora tenía debajo, con la tela gastada en los reposabrazos y un cojín con un ganchillo encima.

Rachel se sentó a su lado.

—¿Quieren un té?

—No, gracias.

—Voy a hacerlo igual. —Eleanor ya iba hacia la cocina—. Perdone. Llevo cuarenta años haciendo cosas con las manos para poder hablar.

Volvió a los cinco minutos con tres tazas en una bandeja de metal con flores pintadas.

Se sentó en el sillón de enfrente, con la espalda muy recta y las rodillas juntas.

—Cuando quiera —dijo.

—Señora Kopelman, ¿por qué me ha llamado a mí?

Eleanor sostuvo la taza con las dos manos, sin beber.

—Porque el jueves usted estuvo hablando con mi hijo Marcus dos horas.

—Cuarenta minutos.

—Bueno. —Un gesto mínimo con la mano—. Y el jueves por la noche Marcus me llamó por teléfono por primera vez en cuatro meses y estuvo once minutos llorando sin decir una sola palabra. Once minutos, detective. Yo escuchando y él llorando.

Levantó la vista.

—Sé lo que significa eso. Llevo veinte años esperándolo.

—¿Qué es lo que sabe usted, señora Kopelman?

—Lo sé todo.

Lo dijo sin dramatismo, sin énfasis, del mismo modo en que había ofrecido el té.

—No los detalles. Nunca he querido los detalles y no me los pregunte porque no los tengo. —Dejó la taza en la mesita—. Pero sé lo que es mi hijo desde que tenía seis años.

Rachel se inclinó ligeramente hacia delante.

—Cuéntemelo desde el principio.

—El principio no es 1994 —dijo Eleanor—. Ustedes creen que el principio es 1994 porque es lo que tienen en el papel. El principio es mucho antes.

Y entonces habló durante cincuenta y un minutos casi sin parar.

Habló del parto. De las dos ecografías que dijeron gemelos. Del tercer niño que nadie había visto. De las correas en los tobillos y del fluorescente que parpadeaba.

Y de la cosa que pensó en aquella mesa y que no había dicho en voz alta en treinta y siete años.

—Pensé: no los quiero.

Miró a Tom directamente a los ojos al decirlo.

—A ninguno de los tres. Mientras me estaban naciendo. Ya está. Eso es lo que llevo dentro desde marzo de 1987 y no se lo he dicho nunca a nadie. Ni a mi marido, ni al psiquiatra, ni al cura, ni a mi hermana, que en paz descanse.

—Eso lo piensa mucha gente —dijo Rachel, con suavidad—. Muchísima. Hay literatura sobre—

—Ya lo sé. Me lo han dicho tres psiquiatras distintos en cuarenta años. —Eleanor sonrió sin ninguna alegría—. Lo que ninguno de los tres supo decirme es por qué después resultó ser verdad con uno de ellos.

Nadie contestó a eso.

Habló de los primeros años. Del pasillo. De la puerta del dormitorio.

—Marcus tocaba antes de entrar. Con los nudillos, tres veces, aunque la puerta estuviera abierta. Michael entraba y encendía la luz sin preguntar, siempre, hasta los catorce años. —Se detuvo—. Y Mason no entraba.

—¿Qué hacía?

—Se quedaba en la puerta. De pie. Mirando. —Eleanor se miró las manos—. A veces veinte minutos. Yo notaba que estaba ahí antes de abrir los ojos. No sé cómo, pero lo notaba. Se me ponía algo en la espalda.

—¿Y qué hacía usted?

—Fingía dormir.

El reloj de la cocina se oía desde el salón.

—Detective, ¿sabe cuál es la peor cosa que he hecho en mi vida? —dijo Eleanor—. No es beber. Eso me lo perdoné hace años, porque estaba enferma y porque la gente enferma hace cosas. No es quedarme con Robert once años.

—Dígamelo.

—Es que le tuve miedo a un niño de cuatro años. —Le tembló la barbilla una vez y se recompuso—. Y en lugar de pedir ayuda, me hice la dormida. Cientos de veces. Durante años.

Habló de 1994.

—Vino una mujer del condado. Tres veces. En octubre, en noviembre y en diciembre.

—Victoria Sánchez.

—Victoria Sánchez. —Eleanor asintió despacio—. Ustedes creen que vino por Robert.

Tom levantó la cabeza.

—¿No vino por Robert?

—Vino por Robert, claro que sí. Alguien del colegio denunció un moratón en el brazo de Marcus. Ya sé quién fue, por cierto. Era la maestra. Barbara. Buena mujer.

—Entonces—

—Pero yo no me levanté de esa cama por Robert, detective.

Se enderezó todavía más en el sillón.

—Llevaba cuatro años sin levantarme por nada. Ni por el colegio, ni por la Navidad, ni por el cumpleaños de mis hijos. Y aquel día me duché, me lavé el pelo, me vestí con ropa de calle, me pinté los labios y bajé esa escalera.

—¿Por qué?

—Porque iba a contárselo.

Rachel dejó de escribir.

—Tenía la frase preparada —dijo Eleanor—. La había ensayado en el baño, delante del espejo, mientras me pintaba. Iba a decirle: señora, tengo un hijo de siete años y creo que le pasa algo grave y no sé a quién preguntarle.

—¿Y qué ocurrió?

—Que se sentó ahí.

Eleanor señaló con la barbilla el extremo del sofá donde estaba sentado Tom.

—Exactamente ahí donde está usted. Llevaba un abrigo rojo y lo dobló sobre el brazo del sofá porque hacía calor. Sacó una carpeta. Y me dijo, muy amable, que sabía lo difícil que era todo con tres niños de la misma edad. Que ella también había criado a dos. Y que a veces los niños se hacen moratones jugando.

—Le estaba ofreciendo una salida.

—Me estaba ofreciendo una salida —dijo Eleanor—. Y yo la cogí. Con las dos manos, sin pensarlo, en menos de un segundo. Le dije que sí, que se lo había hecho jugando en el patio, y ella escribió algo en su carpeta y me sonrió y me dijo que se notaba que esta era una casa con amor.

Tom sintió frío en la nuca.

—Y a las seis semanas Robert me rompió la clavícula. —Eleanor se encogió de hombros mínimamente—. Eso es lo que ustedes tienen en el papel. Eso es lo que Michael encontró en 2008 y lo que le pareció tan interesante.

—Señora Kopelman. —Tom habló muy despacio—. ¿Sus hijos saben esto?

—Michael no. Michael sabe la mitad: sabe que ella cerró el expediente sobre Robert. Eso es lo que hay en el documento.

—¿Y Marcus?

—Marcus tampoco.

Eleanor levantó la cara.

—Mason sabe la otra mitad.

—¿Cómo?

—Porque estaba en la escalera.

El salón se quedó completamente en silencio.

—Aquella tarde —dijo Eleanor—. Sentado en el cuarto escalón. Desde ahí no se le ve desde el sofá, porque la pared hace esquina, pero se oye todo. Todo. Yo lo sé porque de niña hacía lo mismo en casa de mi madre.

—¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

—La hora entera. Lo descubrí cuando ella se fue y yo me giré para subir.

Rachel se llevó una mano a la boca.

—Dios mío —dijo Tom.

—Sí.

—Su hijo escuchó a su madre estar a punto de pedir ayuda por él.

—Escuchó a su madre estar a punto de pedir ayuda por él —repitió Eleanor, con una precisión terrible— y escuchó a una funcionaria del estado de Wisconsin decirle que no hacía falta.

Arriba, en el piso de arriba, crujió una tabla.

Nadie se movió.

—¿Y qué hizo él? —preguntó Rachel.

—Nada. —Eleanor cogió la taza otra vez—. Subió a su cuarto y no dijo nada nunca. Ni esa noche ni en treinta años. Comió, hizo los deberes y se fue a dormir.

—¿Y usted no habló con él?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no supe cómo. —Le tembló la taza—. ¿Qué le dices a un niño de siete años, detective? ¿Perdona que casi le cuente a una señora que me das miedo?

El silencio duró unos segundos.

—Ese día se decidió todo, ¿verdad? —dijo Eleanor, sin mirar a nadie en concreto—. Yo lo he pensado veinte mil veces. Literalmente veinte mil veces, tumbada ahí arriba. Si aquella mujer hubiera hecho una pregunta más. Una sola. Si me hubiera dicho: Eleanor, ¿qué es lo que ha bajado usted a decirme de verdad.

—Señora Kopelman, la responsabilidad de lo que hizo su hijo no es—

—No me consuele.

Fue firme por primera vez en cincuenta minutos.

—No he esperado treinta años para que un policía me diga que no es culpa mía. Sé perfectamente de quién es la culpa. Es de él. De él, entera. Y una parte pequeña es mía y una parte pequeñísima es de aquella mujer, y no me sirve de nada repartirla porque la aritmética no le devuelve la vida a nadie.

Tom bajó la vista a la taza.

—Cuando ella murió, en 2008, yo lo supe antes de terminar de leer el nombre —dijo Eleanor—. Estaba en la página siete del periódico. Cuatro párrafos. Sin foto.

—¿Y qué hizo?

—Doblé el periódico. Lo tiré al cubo. Y me fui a hacer la cena.

Se le quebró la voz por primera vez.

—Diecisiete años, detective. Diecisiete años haciendo la cena.

Rachel se levantó, cruzó el salón y le puso una mano en el hombro.

Eleanor se dejó.

Estuvo un rato largo con la cara tapada con las dos manos, sin hacer ruido, exactamente igual que lloraba en 1991 al otro lado de un techo.

Cuando se recompuso, se secó la cara con la manga de la rebeca y dijo, con una voz completamente normal:

—Hay una cosa más. Y es la que ustedes han venido a buscar.

—Adelante.

—Mason llegó el martes por la noche. No avisó. Llamó al timbre a las nueve y media y me dijo que se quedaba unos días.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que sí. Es mi hijo.

Eleanor miró hacia la escalera.

—El miércoles estuvo normal. Comimos juntos. Vimos un programa de la televisión sobre subastas. Arregló la puerta del armario del baño, que llevaba dos años chirriando y que yo le había pedido a Marcus por teléfono cuatro veces.

—¿Y después?

—Y ayer por la mañana se levantó, se sentó en esa silla de ahí —señaló una silla de madera junto a la ventana— y me dijo una cosa.

Tragó saliva.

—Y desde entonces no ha vuelto a hablar.

—¿Qué le dijo?

Eleanor Kopelman miró al detective Tom Brenner a los ojos.

—Me dijo: mamá, ya está. Ya lo he contado todo.

—¿Y?

—Y luego me dijo: ahora necesito que me digas si alguna vez, en algún momento, pensaste que yo podía haber salido bien.

El reloj de la cocina siguió sonando.

—¿Y qué le contestó usted? —preguntó Tom.

Eleanor no apartó la mirada.

—Nada —dijo—. No le contesté nada.

—Señora Kopelman—

—Me quedé callada.

Se le rompió la voz del todo.

—Mi hijo me hizo la única pregunta que me ha hecho en toda su vida. La única, detective, en treinta y siete años. Y yo me quedé sentada en ese sillón sin decir nada, porque no supe mentirle y no fui capaz de decirle la verdad.

Arriba, otra tabla crujió.

Y entonces uno de los agentes bajó la escalera de tres en tres, con la mano ya en la radio del hombro, y dijo:

—Detective. La habitación está vacía. La ventana del baño está abierta.

Capítulo 24
Cuarenta metros de tejado

Merritt Avenue. 7 de noviembre de 2024. 20:11.

La ventana del baño daba a un tejadillo de garaje que descendía en pendiente suave hasta el seto de los vecinos.

Cuatro metros de caída total. Cualquier persona en condiciones físicas normales podía bajar por ahí sin hacerse nada.

Tom la miró durante tres segundos.

Después bajó corriendo.

—¡Perímetro! —gritaba ya en la escalera—. ¡Cuatro manzanas! ¡Quiero unidades en la 41, en Jackson y en el puente de Congress! ¡Y quiero el helicóptero del condado en el aire ya!

El operativo se montó en once minutos.

Sobre el papel fue impecable, y así consta en el informe posterior que el capitán Nowak firmó sin una sola corrección.

Nueve unidades. Dieciocho agentes. Dos perros. Perímetro cerrado a las 20:22. Cámara térmica desde el aire a partir de las 20:40, con dos pasadas completas sobre un rectángulo de kilómetro y medio por dos. Registro puerta a puerta de tres manzanas.

A las 21:30 ampliaron a seis manzanas.

A las 22:15, a ocho.

No encontraron absolutamente nada.

A las 23:15, Tom estaba de pie en mitad de la calle Merritt con el pelo empapado, mirando la fachada de vinilo color crema.

Rachel se acercó y le puso su propio abrigo por encima de los hombros sin decir nada. Le quedaba pequeño y ridículo y Tom no se lo quitó.

—Se fue el miércoles —dijo Tom.

—¿Qué?

—El miércoles. —Se giró hacia ella—. Piénselo otra vez. Ella ha dicho que ayer por la mañana le hizo la pregunta y que después no volvió a hablar. Yo he asumido que estaba arriba, callado, encerrado.

—Todos lo hemos asumido.

—Pero ella no ha dicho que lo haya visto. —Tom se pasó la mano por la cara—. Ni una sola vez en cincuenta y un minutos ha dicho que lo haya visto. Ha dicho que no ha vuelto a hablar.

Volvieron a entrar en la casa.

Eleanor seguía en el sillón, exactamente en la misma postura, con la taza fría entre las manos y el té sin tocar.

Tom cruzó el salón y se agachó delante de ella, apoyando una rodilla en la alfombra.

—Señora Kopelman. ¿Cuándo vio usted a su hijo por última vez?

Eleanor tardó mucho en contestar.

—Ayer por la mañana —dijo—. En esa silla.

—¿Y después?

—Después subió.

—¿Lo vio subir?

Silencio.

—¿Lo vio subir, señora Kopelman?

—Le oí subir.

Tom cerró los ojos un segundo.

—¿Le ha llevado usted comida?

—La he dejado en la puerta.

—¿Y se la ha comido?

Silencio otra vez.

—Señora Kopelman.

—No —dijo Eleanor—. No se la ha comido.

—¿Cuántas veces?

—Cuatro. Desayuno, comida y cena de ayer. Y el desayuno de hoy.

—Entonces usted sabía que no estaba ahí arriba.

—Sí.

—Desde ayer al mediodía.

—Sí.

—Y me ha llamado esta tarde. —Tom la miró desde abajo—. ¿Por qué?

Eleanor Kopelman levantó la cara.

Y en aquel momento Tom vio en ella una cosa que llevaba tres semanas viendo: la misma que había visto en Marcus adelantándose a las preguntas, la misma que había visto en Michael enumerando con los dedos, la misma que había oído en la última grabación de Mason.

Transmitida por vía genética o por vía doméstica, daba exactamente igual.

El cálculo.

—Porque necesitaba treinta y seis horas —dijo Eleanor—. Y una mujer de setenta y dos años llorando en un sofá vale treinta y seis horas.

Tom se quedó de rodillas en la alfombra sin poder decir nada.

—Le he contado la verdad, detective. Toda. Cada palabra de lo que le he dicho esta tarde es cierta y puede comprobarlo.

—Ya lo sé.

—Se la he contado despacio.

Detrás de él, Rachel dijo, muy bajo:

—Es su madre. Después de todo esto, sigue siendo su madre.

—No —dijo Eleanor.

Los dos se giraron.

—No lo he hecho por él —dijo.

—Entonces por qué.

Eleanor dejó por fin la taza en la mesita, con un ruidito de porcelana.

—Mi hijo no está huyendo, detective.

—Señora—

—Escúcheme un momento. —Le temblaban las manos, pero la voz no—. Mi hijo lleva tres semanas cerrando cosas. Yo no sé de investigaciones y no sé de leyes, pero sé de personas que se van.

Empezó a contar con los dedos, y a Tom se le puso la piel de gallina porque era exactamente el gesto de Michael.

—Vació su casa. Lo sé porque lo llamé en octubre y me dijo que estaba tirando cosas. Regaló el gato, que llevaba once años con él y que era lo único que ha querido en su vida. Soltó al hombre ese, que no sé quién es pero ustedes sí. Le dejó a usted un disco con su nombre escrito a mano, que me lo ha dicho usted mismo hace dos horas.

Bajó la mano.

—Y después vino aquí, arregló una puerta que llevaba dos años chirriando, y me preguntó si alguna vez pensé que podía haber salido bien.

Tom sintió que se le helaba la sangre por segunda vez aquella noche.

—Eso no es alguien que se prepara para escapar —dijo Eleanor Kopelman—. Yo he visto irse a mi marido y he visto irse a mis tres hijos. Eso es alguien que se está despidiendo.

—Señora Kopelman, ¿dónde está su hijo?

—No lo sé.

—Piénselo bien.

—No lo sé, detective. Se lo juro por lo poco que me queda, que no es mucho. No me dijo a dónde iba y yo no se lo pregunté.

—¿Por qué no se lo preguntó?

—Porque no quería saberlo. —Lo miró—. Si lo sé, se lo tengo que decir a usted o le tengo que mentir. Y no quería ninguna de las dos cosas.

Tom se levantó despacio.

Le dolían las rodillas y le dolía la espalda y llevaba veinte horas despierto.

—Entonces, ¿para qué quería las treinta y seis horas? —preguntó —. Si no sabe dónde está, si no puede avisarle, si no puede ayudarle a escapar. ¿Para qué?

Y Eleanor Kopelman —setenta y dos años, cuarenta de depresión, treinta de silencio, tres hijos idénticos y ningún hijo— dijo la frase que Tom Brenner repetiría en su cabeza durante los cuatro días siguientes, y en el coche, y en la ducha, y a las cuatro de la mañana:

—Porque me hizo una pregunta y me quedé callada —dijo—. Y si ustedes lo cogen esta noche, ya no voy a poder contestarle nunca.

Capítulo 25
Cincuenta y cuatro minutos en coche

Oshkosh - Kenosha, Wisconsin. 8 de noviembre de 2024.

Tom no durmió.

A las tres de la madrugada estaba en la sala de reuniones con las nueve fotografías, el listado impreso del contenido del disco duro y un rotulador que se estaba quedando sin tinta.

A las tres y cuarenta llamó a Rachel.

Ella llegó en veinte minutos, con el pelo mojado y una sudadera de Marquette debajo del abrigo, y no le preguntó por qué la había llamado a esa hora.

—Está haciendo una lista —dijo Tom.

—Explíquese.

—Su madre nos lo dijo anoche con todas las letras y yo estaba demasiado ocupado montando un perímetro para escucharla. —Fue a la pizarra—. Vació el apartamento. Regaló el gato con dos meses de comida pagados y la cartilla al día. Soltó a Harrison después de leerle nueve páginas en voz alta. Nos dejó el disco duro con mi nombre escrito a mano. Fue a ver a su madre y le arregló la puerta del armario del baño.

Se giró.

—Rachel, eso no son actos aleatorios de alguien que se va corriendo. Son tareas. Está cerrando expedientes uno por uno.

—De acuerdo. Se lo compro.

—Entonces la pregunta correcta no es dónde está. —Golpeó la pizarra con el rotulador—. Es: ¿qué le queda por cerrar?

Rachel se sentó despacio, con el abrigo todavía puesto.

—Michelle Wolcott —dijo.

—Michelle Wolcott.

—Pero Michelle Wolcott ya está cerrada, detective. Es la que mejor ha cerrado de todas. La sacó de la tumba, la puso donde la encontráramos, llamó al 911 con una descripción exacta y consiguió que su asesino confesara en cuarenta y una horas de grabación. No queda nada.

—Sí queda.

Tom cogió una hoja del listado y la puso delante de ella, y señaló con el dedo una línea que había subrayado dos veces.

—Esto lo dijo él. En la sala A. El día seis, a las diez y cuarto de la mañana, a dos metros de mí. Y yo lo apunté sin darme cuenta de lo que era.

Leyó en voz alta:

—«Su madre se llama Dolores y vive en Kenosha, a cincuenta y cuatro minutos en coche de esa tumba».

Rachel levantó la cara muy despacio.

—Cincuenta y cuatro minutos —repitió Tom—. No una hora. No casi una hora. Cincuenta y cuatro.

—Ay, no.

—¿Por qué sabe un hombre cuánto se tarda exactamente en coche desde la casa de esa señora hasta la tumba de su hija?

—Porque lo ha conducido.

—Porque lo ha conducido —dijo Tom—. Y lo ha cronometrado. Y lo ha dicho en voz alta delante de un detective sabiendo perfectamente lo que estaba haciendo.

Ya estaba cogiendo las llaves.

—Esa mujer no sabe nada, Rachel. Su hija lleva ocho años enterrada con un número a menos de una hora de su casa y ella todavía la tiene registrada como desaparecida en tres condados. Es el único expediente abierto que le queda a Mason Kopelman en este mundo.

—Detective, si llega usted primero—

—No voy a llegar primero.

Tom se detuvo en la puerta con el abrigo a medio poner.

—Le llevo treinta y seis horas de retraso y él lo sabía cuando pidió esas treinta y seis horas. Sé perfectamente que no voy a llegar primero.

—Entonces, ¿para qué va?

—Porque es lo único que puedo hacer —dijo Tom— y porque quiero ver lo que ha dejado ahí.

Salió de Oshkosh a las 04:20.

Condujo dos horas y media hacia el sur, por la 41 y después por la 94, con la calefacción demasiado alta y la radio apagada por costumbre de veintiún años.

El cielo empezó a ponerse gris sucio a la altura de Milwaukee.

Y ahí, en el tramo entre la salida 314 y la 310, con un camión de reparto delante y sin ninguna razón concreta, Tom Brenner hizo una cosa que llevaba nueve años sin hacer a ninguna hora, y mucho menos a esa.

Llamó a su hija.

Sonó cuatro veces. Estuvo a punto de colgar en la tercera.

—¿Papá? —La voz de Katie, ronca de sueño y con miedo debajo —. Son las seis y media.

—Ya lo sé. Perdona.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad. No ha pasado nada. Perdona, tenía que haberte mandado un mensaje primero.

Se oyó cómo se incorporaba en la cama.

—¿Estás en el coche?

—Sí.

—¿Es por el caso ese? El de las noticias.

—Sí.

Hubo un silencio de dos o tres segundos.

—Vale —dijo Katie—. ¿Y entonces por qué llamas?

Tom miró la carretera.

Camiones. Señales. Un cartel de una gasolinera a once millas con el precio del diésel.

—Porque llevo tres semanas metido dentro de una familia de Oshkosh —dijo— y anoche una señora de setenta y dos años me contó que su hijo le hizo una pregunta y que ella se quedó callada.

—Vale.

—Y llevo desde anoche pensando en que tú me hiciste una pregunta hace nueve años y yo tampoco te contesté.

—¿Qué pregunta?

—Me preguntaste si iba a ir a tu obra del colegio.

—Papá. —Katie soltó el aire—. Eso fue en segundo.

—Ya lo sé.

—No me acuerdo ni de qué obra era.

—Yo sí —dijo Tom—. Era Peter Pan. Tú hacías de reloj.

Katie no dijo nada durante un buen rato.

Tom adelantó al camión de reparto y volvió al carril derecho.

—Hacía de cocodrilo —dijo ella al final—. El reloj estaba dentro del cocodrilo. Ese era el chiste entero.

—Ah.

—Ya. —Se le escapó algo parecido a una risa—. Papá.

—Dime.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. Esta semana. La que viene.

—Vale. —Una pausa—. Cuando vuelvas, ven a cenar. No a comer.

—¿Por qué no a comer?

—Porque las comidas duran una hora y siempre tienes que irte —dijo Katie—. Ven a cenar, que es más largo.

Tom tuvo que apartar los ojos de la carretera un segundo.

—Vale —dijo.

—Y papá.

—Sí.

—Ten cuidado, ¿vale? Es que eres bastante malo teniendo cuidado.

La casa de Dolores Wolcott estaba en una calle de casas pequeñas de dos plantas en el norte de Kenosha, con las fachadas pegadas y los porches a un metro de la acera.

Tenía una rampa metálica atornillada sobre los tres escalones de la entrada y una bandera descolorida de los Packers en la ventana.

Abrió la puerta antes de que Tom llamara.

—Es usted el detective de Oshkosh.

—Sí, señora. ¿Cómo lo sabía?

—Porque me dijo que iba a venir usted.

Tom cerró los ojos un segundo.

—¿Cuándo estuvo aquí?

—El martes por la tarde. Llegó a las cuatro y se fue a las siete.

—¿Puedo pasar?

—Para eso ha conducido dos horas, ¿no?

Dolores Wolcott tenía sesenta y ocho años, artritis en las dos manos —se veía en los nudillos— y el pelo teñido de un castaño que

no le pegaba.

En la repisa de la chimenea había una fotografía enmarcada de su hija que Tom reconoció de inmediato, porque era exactamente la misma imagen que aparecía en el expediente de personas desaparecidas del condado de Racine, número 16-0447: una chica de diecinueve años con una camiseta amarilla, entrecerrando los ojos por el sol.

Le sirvió café sin preguntarle si quería.

—Estuvo tres horas —dijo—. Se sentó donde está usted.

—Señora Wolcott, ese hombre es sospechoso de seis homicidios.

—Lo sé. Me lo dijo él.

Tom dejó la taza en la mesita.

—¿Se lo dijo él?

—Fue la primera cosa que dijo cuando abrí la puerta. —Dolores se sentó enfrente, muy recta, con las manos en el regazo—. Ni buenos días ni nada. Dijo: señora, me llamo Mason Kopelman, he matado a cinco personas, la policía me está buscando y he venido a contarle qué le pasó a su hija.

—¿Y?

—Y dijo: si quiere, llame usted a la policía ahora mismo y yo espero fuera sentado en el porche hasta que lleguen. Se lo digo en serio, señora. Me siento ahí y no me muevo.

—¿Y usted qué hizo?

—Le dije que pasara.

Tom no supo qué decir.

—Ya sé lo que está pensando —dijo Dolores.

—No sé lo que estoy pensando.

—Está pensando que soy tonta o que estoy loca.

—Estoy pensando que llevo diecinueve años haciendo esto y no me ha pasado nunca.

Dolores Wolcott asintió despacio.

—Detective, mi hija desapareció en marzo de 2016. El día cuatro. —Se levantó, fue al aparador y volvió con una carpeta de anillas azul, gorda, con las esquinas dobladas—. Yo he llamado a la policía de tres condados durante ocho años.

La dejó sobre la mesa.

—Aquí tengo cuarenta y una llamadas anotadas. Fecha, hora, con quién hablé y qué me dijo. Esa era la parte importante: qué me dijo, con sus palabras, apuntadas mientras hablaba.

Tom abrió la carpeta.

Cuarenta y una entradas manuscritas, en cuatro bolígrafos distintos, desde el 6 de marzo de 2016 hasta el 19 de septiembre de 2021.

—En 2019 dejaron de devolverme las llamadas —dijo Dolores—. En 2021 una señora muy amable de Racine me dijo que a veces la gente adulta se va y no quiere que la encuentren, y que a lo mejor Michelle estaba bien en algún sitio y no quería llamar.

Se sentó otra vez.

—Esa fue la última. La número cuarenta y uno. Después de esa dejé de llamar.

Tom cerró la carpeta con cuidado.

—Y el martes vino un asesino a mi casa —dijo Dolores Wolcott— y en tres horas me dijo dónde estaba mi hija, quién la mató, qué día, a qué hora, desde qué muelle y en qué tumba llevaba ocho años enterrada con un número.

El salón se quedó en silencio.

—No me pida que le odie —dijo—. No hoy. Pídamelo dentro de un año.

—No he venido a pedirle eso.

—Bien. Porque no puedo.

—Señora Wolcott, ¿le dijo a dónde iba?

—No.

—¿Le pidió algo? ¿Dinero, un sitio donde dormir, un teléfono?

—Nada. Le ofrecí café y no quiso.

—¿Hizo algo raro?

Dolores Wolcott se quedó mirando la fotografía de la repisa.

—Me hizo una pregunta —dijo—. Al final. Cuando ya estaba de pie, con el abrigo puesto, en esa puerta de ahí.

—¿Cuál?

—Me preguntó si yo creía que la vida de mi hija valía más que la de la abogada.

Tom sintió el frío otra vez, en el mismo sitio de siempre.

—¿Y usted qué le contestó?

—Le dije que no.

—¿Que no?

—Le dije: no, hijo. —Dolores levantó la cara y le sostuvo la mirada—. Valían lo mismo. Ese es exactamente el problema y usted no lo ha entendido.

—¿Y él?

—Se quedó ahí de pie mucho rato. Yo creo que un minuto entero, con la mano en el picaporte. —Se llevó una mano temblorosa a la boca—. Y después me dijo: gracias.

—¿Y ya está?

—Y me dijo que iba a venir un detective de Oshkosh a hacer preguntas, y que cuando viniera le diera esto.

Se levantó otra vez, fue al aparador y sacó un sobre blanco de debajo de un mantel doblado.

No tenía nada escrito por fuera.

Tom lo abrió con la punta de un bolígrafo y un pañuelo, aunque a esas alturas ya sabía perfectamente que no habría huellas en

nada.

Dentro había una única hoja, doblada en dos, escrita a mano por una sola cara con letra pequeña y regular.

Decía:

«Detective Brenner.

Le he dejado seis alegatos en el disco duro. Están completos, son verificables y cada afirmación tiene su fuente. No necesito que esté de acuerdo con ninguno de los seis.

Hay un séptimo que no está ahí porque no lo puedo escribir yo.

Sarah Brenner. Neenah. 4 de febrero de 2002.

La nota estaba dirigida a un hombre que llevaba cuatro años muerto. Usted lo dijo tres veces y tres personas le explicaron que el dolor hace cosas raras.

Yo no maté a su hermana y no sé quién lo hizo, y le pido disculpas por adelantado si al leer esto ha pensado durante dos segundos que iba a saberlo. No tengo nada.

Esto no es una confesión ni una pista ni un regalo.

Es lo único que le puedo dar: que hay otra persona en el mundo que ha leído ese expediente entero y que piensa lo mismo que usted.

El resto es suyo.

M.K.»

Tom Brenner se quedó sentado en el sofá de Dolores Wolcott con una hoja de papel en la mano durante casi dos minutos, sin poder hablar.

El reloj de la repisa hacía ruido.

—Detective —dijo Dolores—. ¿Está usted bien?

—No —dijo Tom.

—Bien —dijo ella—. Aquí nadie lo está.

Capítulo 26
Tumba 4-118

Cementerio Municipal de Racine. 8 de noviembre de 2024. 16:40.

Tom condujo los cincuenta y cuatro minutos.

Lo hizo cronometrándolos, sin proponérselo del todo, mirando el reloj del salpicadero al salir de la calle de Dolores Wolcott y otra vez al cruzar la verja del cementerio municipal de Racine.

Cincuenta y tres minutos y cuarenta segundos.

Con un semáforo en rojo en la salida de Kenosha y sin tráfico.

El cementerio no tenía vigilante a esa hora. La verja estaba abierta y en el aparcamiento no había ningún coche.

La parcela común estaba al fondo, detrás de un seto de aligustre mal podado que le llegaba por el pecho: cuatro hileras de placas de metal a ras de suelo, sin flores, sin nombres, sin fechas.

Solo números.

Tom fue andando por el sendero de grava con la mano cerca de la cadera, sin sacar el arma.

La 4-118 estaba abierta.

La habían excavado ocho días antes y nadie la había vuelto a tapar del todo, porque el expediente seguía activo y porque nadie del ayuntamiento quería firmar el cierre. Había una lona verde plegada a un lado, sujeta con dos piedras, y un montón de tierra oscura y mojada de casi un metro.

Y sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el montón de tierra y las piernas estiradas por delante, con el mismo anorak azul y las manos vacías sobre el regazo, estaba Mason Kopelman.

Tom se detuvo a doce metros.

Sacó el arma.

—Enséñeme las manos.

Mason levantó las dos, muy despacio, con las palmas hacia fuera y los dedos abiertos.

—Están vacías —dijo—. Llevan vacías tres semanas.

—Póngase de rodillas.

—Detective.

—Mason. De rodillas.

—Se lo voy a poner fácil.

No se movió.

—No estoy armado. No voy a correr. No voy a resistirme y no voy a decir ni una palabra cuando me lea los derechos. Puede esposarme ahora mismo y no le va a pasar absolutamente nada. —Bajó las manos al regazo, despacio—. Solo le pido cuatro minutos. Y no se los pido como sospechoso. Se los pido porque me los he ganado.

Tom no bajó el arma.

Pero tampoco se acercó.

El cielo estaba blanco y bajo, de ese blanco de noviembre en Wisconsin que no es nube ni es niebla, y hacía un frío que dolía en las articulaciones de los dedos.

En los cuatro minutos siguientes no pasó ni un coche por la carretera del cementerio.

—Llevo veinte años pensando que había una respuesta —dijo Mason.

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué yo.

Miró la tumba abierta, a su izquierda.

—Nacimos el mismo día. Del mismo cigoto. En la misma casa, con el mismo padre y la misma madre en la misma cama con las

mismas cortinas cerradas. Fuimos al mismo colegio, con la misma maestra. Al mismo bosque, el mismo sábado.

—Sé todo eso.

—Marcus cura gente. Michael saca gente de la cárcel. Y yo estoy sentado en un cementerio. —Se giró hacia él—. Tiene que haber una razón, detective. Una diferencia. Un daño. Algo que se pueda señalar con el dedo y decir: aquí, esto, este día.

—¿Y la encontró?

—No.

Mason negó despacio con la cabeza.

—He leído cuatrocientas cosas en seis meses. Manuales, tesis, artículos, actas de congresos. He leído todo lo que ha publicado mi hermano en veinte años, que es mucho y es bueno. —Se pasó la lengua por los labios agrietados—. Y no hay nada. No me pasó nada que no les pasara a ellos.

—Entonces qué.

—Entonces solo quedan dos explicaciones.

Levantó la cara.

—O es azar. Una moneda al aire que salió mal una de cada tres veces. Y eso es insoportable, detective, y además convierte a todo el mundo que está escuchando en alguien que tuvo suerte.

—¿Y la otra?

—O yo no soy un error del sistema. —Mason lo miró—. O yo elegí, cada vez, sabiendo perfectamente lo que hacía.

Tom sintió el peso del arma en la mano y el frío en los nudillos.

—¿Cuál de las dos? —preguntó.

Y Mason Kopelman —treinta y siete años, seis alegatos, cinco cuerpos, cuarenta y una horas de grabación y un gato en el 2B— contestó:

—La segunda.

—Dígalo entero.

—Elegí. Las cinco veces. Sabiendo exactamente lo que hacía, sin ningún impulso irresistible, sin ninguna voz, sin ninguna niebla. —Habló despacio y muy claro, como si supiera que aquello iba a repetirse—. Podía no hacerlo. Cada una de las cinco veces podía no hacerlo. Y lo hice.

—¿Por qué me lo dice a mí? Aquí. Ahora. Sin grabadora y sin abogado.

—Porque si no lo digo yo, en el juicio lo va a decir otro por mí.

Y ahí, por primera vez, algo se le movió en la cara.

—Van a poner a un psiquiatra en un estrado a explicar que soy un mecanismo. Que mi padre. Que mi madre. Que la casa. Que el trauma. Y va a sonar razonable y a lo mejor hasta consigue algo. —Apretó la mandíbula—. Y eso es mentira, detective. Es la única mentira de todo este asunto que no pienso permitir.

Se quedaron callados los dos.

En algún sitio, detrás del seto, un pájaro hizo un ruido.

—Le voy a decir una cosa —dijo Tom—. Y se la digo ahora porque después no la voy a poder decir.

—Dígala.

—Usted encontró a Michelle Wolcott.

A Tom le costó sacar la voz y no hizo nada por disimularlo.

—Usted hizo en seis semanas, con solicitudes por escrito y tasas pagadas con giro postal, lo que tres departamentos de policía de este estado no hicieron en ocho años. Y ayer una mujer de sesenta y ocho años me dijo, sentada en su sofá, que un asesino fue la primera persona en ocho años que le dijo la verdad.

—Sí.

—Eso no le absuelve de absolutamente nada.

—Ya lo sé.

—Y no lo digo para que se sienta mejor.

—Ya lo sé.

—Pero no soy capaz de fingir que no ha pasado. —Tom bajó el arma unos centímetros—. Y eso me va a acompañar mucho tiempo. Probablemente el resto de mi vida.

Mason asintió una sola vez.

—Tiene una hija —dijo.

Tom volvió a levantar el arma de golpe.

—No.

—No es una amenaza, detective. —Mason no se movió ni un milímetro—. Está usted a doce metros de un hombre desarmado sentado en el barro con las manos a la vista. Es lo último que le voy a decir y después me esposa y nos vamos.

Tom no bajó el arma esta vez.

—Diga.

—Mi madre estuvo callada.

Mason miró la tumba abierta.

—Yo le hice una pregunta el miércoles por la mañana, en la cocina de mi casa, sentado en una silla de madera. La única pregunta que le he hecho en mi vida. Y ella se quedó callada.

—Lo sé.

—Llevo dos días entendiendo que ese silencio no fue crueldad. —Levantó la vista hacia él—. Fue que no supo. Fue que no tenía la respuesta y no quiso inventarse una.

—¿Y?

—Y usted conteste a la suya. —Mason sostuvo la mirada—. Sea la que sea. Aunque sea tarde. Aunque sea mal. Aunque sea por teléfono a las seis y media de la mañana desde una autopista.

Tom Brenner no dijo absolutamente nada.

Mason Kopelman se giró de rodillas hacia el montón de tierra, se puso las dos manos detrás de la espalda, cruzó las muñecas y esperó.

Tom se acercó los doce metros.

Guardó el arma. Sacó las esposas.

Y a las 16:51 del 8 de noviembre de 2024, en la parcela común del cementerio municipal de Racine, junto a una tumba abierta con el número 4-118 y una lona verde sujeta con dos piedras, el detective Thomas Brenner esposó al hombre al que llevaba veintitrés días persiguiendo.

Le leyó los derechos con la voz rota en tres sitios.

Y lo hizo llorando de una manera que no supo explicarle nunca a nadie.

Ni a Rachel, que se lo preguntó dos veces.

Ni a Jenkins, que no se lo preguntó.

Ni a Katie, seis meses después, en una cena.

Ni al psicólogo del departamento, que le hizo cuatro sesiones obligatorias.

Ni a sí mismo.

Capítulo 27
El argumento que ganaba

Centro Correccional del Condado de Winnebago. 19 de noviembre de 2024.

Michael Kopelman solicitó una visita profesional y se la concedieron.

Técnicamente era abogado colegiado en ejercicio. Técnicamente el interno la había autorizado por escrito. Y técnicamente las comunicaciones entre abogado y cliente están protegidas, lo cual significaba que la cámara de la esquina grababa imagen pero no sonido.

Michael sabía las tres cosas antes de rellenar el formulario.

Fue la primera vez que los dos hermanos se veían en cinco años y un mes.

La sala de visitas de letrados medía dos metros y medio por tres. Una mesa de metal atornillada al suelo. Dos sillas también atornilladas. Paredes de bloque pintadas de un verde institucional que en algún momento de los años ochenta alguien debió de considerar tranquilizador.

Michael llegó veinte minutos antes y esperó de pie.

Mason entró con el mono naranja y los grilletes en los tobillos, escoltado por un funcionario que le quitó las esposas de las manos y salió.

Se sentó.

Los dos hermanos se miraron durante unos segundos.

—Estás más delgado —dijo Michael.

—Aquí se come mal.

—¿Duermes?

—Cuatro horas. —Mason se encogió de hombros—. Está bien. He dormido peor fuera.

Michael abrió el maletín, sacó tres carpetas y las alineó sobre la mesa de metal con los bordes paralelos, un gesto que Mason le había visto hacer desde que tenía diecinueve años y que en aquella sala resultó casi insoportable.

—Voy a defenderte.

—No.

—Mason—

—He dicho que no.

—Escúchame diez minutos. —Michael puso la mano abierta sobre la primera carpeta—. Diez. Después dices lo que quieras y me voy y no vuelvo a pedir una visita.

Mason se echó atrás en la silla.

—Diez minutos.

Michael miró el reloj de la pared, comprobó la hora y empezó.

—La acusación tiene seis cargos. De esos, cuatro son insostenibles y te lo voy a demostrar uno por uno.

Abrió la primera carpeta.

—Matthews, 2004: cerrada como accidente de tráfico por el sheriff del condado de Dane. Sánchez, 2008: cerrada como robo con violencia por Appleton. Park, 2019: cerrada como intoxicación accidental por el forense del condado de Brown. Chen, 2013: cerrada como suicidio por el forense del condado de Milwaukee.

Levantó la vista.

—Cuatro expedientes cerrados por cuatro jurisdicciones distintas. Cuatro forenses. Ningún cuerpo exhumado, ninguna prueba física, ningún testigo.

—Tienen lo que escribí.

—Tienen lo que escribiste. —Michael asintió—. Que es una confesión extrajudicial no corroborada. En el estado de Wisconsin, una confesión no corroborada no sostiene una condena por

homicidio. Regla del corpus delicti, aplicada en este estado desde 1957 y confirmada en 2011.

—¿Y?

—Y eso significa que los cuatro caen en preliminar. No en juicio: en preliminar. En cinco semanas.

Cerró la carpeta y abrió la segunda.

—Wolcott no es tuya. Wolcott es de Harrison y él lo ha confesado en cuarenta y una horas de grabación que la fiscalía va a usar contra él. Lo tuyo ahí es profanación de sepultura y ocultación de cadáver.

—¿Cuánto es eso?

—Tres a diez.

—Y Sarah Chen.

—Sarah Chen es la única de verdad —dijo Michael—. Y es la que me deja dormir por las noches.

Abrió la tercera carpeta.

—El material epitelial bajo la uña del anular derecho. Perfil completo, veinticuatro marcadores.

—Es mío.

—Es de los tres.

Michael puso el dedo sobre una hoja.

—La doctora Ferraro va a tener que subir al estrado y decir bajo juramento que ese perfil corresponde a un varón de la familia Kopelman. Y yo me voy a poner de pie y le voy a hacer una sola pregunta: ¿cuál de los tres?

—Y ella dirá que no lo sabe.

—Y ella dirá que no lo sabe, porque es una científica honesta y porque es la verdad. —Michael pasó la hoja—. Y después le preguntaré si existe alguna técnica validada por los tribunales de este estado que permita distinguirnos, y tendrá que decir que no. Y

después le preguntaré si la muestra tiene calidad suficiente para una secuenciación de genoma completo, y tendrá que decir que no.

—Y entonces qué.

—Y entonces llamo a Marcus al estrado.

Mason no dijo nada.

—Y le pregunto si estuvo en Wisconsin la noche del catorce de octubre. —Michael habló despacio—. Y le pregunto si tiene coartada. Y no la tiene, Mason. Su mujer estaba en Boston, en un congreso, y sus hijos estaban dormidos. Cero testigos.

—Sigue.

—Y después subo yo. Y digo bajo juramento que soy genéticamente indistinguible de los dos, y el fiscal me destrozará durante una hora con la coartada de Chicago, y da exactamente igual.

Cerró la carpeta.

—Porque a esas alturas el jurado ya tendrá delante a tres hombres con el mismo ADN y ninguna forma de saber cuál.

Silencio.

—Duda razonable —dijo Michael—. No es un truco y no es una trampa. Es lo que es. Está en la Constitución y yo no la puedo evitar aunque quiera.

Mason miró las tres carpetas alineadas sobre la mesa de metal.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Tres a diez por lo de la tumba. Con buena conducta cumplirías cuatro. —Michael no parpadeó—. Saldrías con cuarenta y uno.

—¿Probabilidad?

—Setenta por ciento de absolución en Chen. Ochenta y cinco de que los cuatro antiguos caigan en preliminar.

—Es bueno.

—Es muy bueno.

—Sí. —Mason asintió despacio, mirando todavía las carpetas—. Michael, ¿tú te oyes?

—Perfectamente.

—Me estás explicando cómo salir en cuatro años.

—Te estoy explicando cómo no morirte aquí dentro.

—Y para eso —Mason levantó la cara— tienes que poner a Marcus en un estrado, delante de doce personas y de la prensa, y hacer que un jurado se pregunte durante una tarde entera si él mató a una mujer atada a una mesa en una cabaña.

—Marcus lo aceptaría.

—Ya lo sé.

A Mason se le movió la mandíbula.

—Ese es el problema. Que lo aceptaría. Que si tú entras en esa cárcel donde está él ahora mismo y le pides eso, él te dice que sí en cuatro segundos, sin preguntar nada.

—Sí.

—Ese hombre lleva veinte años aceptando cosas por mí, Michael. Le ha costado el hígado, el corazón, probablemente el matrimonio y ahora doce años. —Mason se inclinó hacia delante—. Y tú lo sabes perfectamente, y aun así has metido esa carpeta en el maletín, has conducido dos horas y me la has puesto encima de la mesa.

—He traído la carpeta porque funciona.

—Has traído la carpeta porque no sabes hacer otra cosa.

Michael cerró los ojos un segundo.

—Voy a declararme culpable —dijo Mason—. De los seis. Sin acuerdo con la fiscalía.

—No puedes.

—Puedo, y ya se lo he dicho a mi abogado de oficio esta mañana.

—Mason, escúchame muy bien. —Michael levantó la voz por primera vez en veinte años, y le salió rara, oxidada, como un mecanismo que lleva demasiado tiempo sin usarse—. Sin acuerdo es perpetua sin condicional. Perpetua. Sin. Condicional. ¿Entiendes lo que significa eso? No significa mucho tiempo. Significa que te vas a morir dentro de un edificio como este.

—Sí.

—¡No puedes hacer eso!

—Michael.

Mason esperó a que su hermano le mirara.

—Llevo veinte años matando gente porque decidí que existe una diferencia entre lo que la ley castiga y lo que está mal. Esa fue mi tesis entera. Eso es lo único que he dicho en cuarenta y una horas de grabación y en seis alegatos.

Habló muy despacio.

—Si ahora dejo que me saques por un tecnicismo de la cadena de custodia genética, ¿en qué me convierto?

Michael no contestó.

—En Sarah Chen —dijo Mason—. Me convierto exactamente en Sarah Chen. Y todo lo que he hecho pasa a ser lo que dirán los periódicos: que estaba loco y que buscaba excusas.

El silencio en aquella sala duró casi un minuto entero.

Se oía a alguien pasando un carro metálico por el pasillo.

Después Michael Kopelman —socio más joven en la historia de su despacho, catorce absoluciones en dieciséis juicios de homicidio— bajó la cabeza y se puso las dos manos sobre la cara.

—Michael.

—Dame un segundo.

—Michael.

—Que me des un segundo, joder.

Mason esperó.

Cuando su hermano volvió a levantar la cara tenía los ojos rojos y la voz completamente firme, porque también sabía hacer eso.

—Vale —dijo—. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que no me defiendas.

—Hecho.

—Y quiero que hagas una cosa más. Y esta te va a costar.

—Dila.

—Quiero que vayas al fiscal y le cuentes lo que hiciste en marzo de 2008 —dijo Mason—. Lo de la carpeta. Lo de ponérmela delante en la cocina de mamá con el agua del canalón cayendo fuera.

Michael se quedó muy quieto.

—Eso es inducción.

—Sí.

—Eso me cuesta la licencia y quince años.

—Sí.

—¿Por qué?

Y Mason Kopelman dijo:

—Porque tú también decidiste, Michael.

—Yo no maté a nadie.

—Decidiste una vez. En una cocina, un sábado por la mañana. —Se puso de pie con un ruido de grilletes—. Y llevas dieciséis años convenciéndote de que lo único que hiciste fue entregar un documento público a un familiar que tenía derecho a leerlo.

—Eso es exactamente lo que hice.

—Ya lo sé. —Mason lo miró desde arriba—. Y también es exactamente lo otro. Siempre son las dos cosas, me lo dijiste tú.

Michael no dijo nada.

—No te lo pido para castigarte —dijo Mason, más bajo—. Te lo pido porque es la única cosa en el mundo que puede sacarte de esta casa.

Golpeó la puerta con los nudillos para que el funcionario le abriera.

Y antes de salir, sin girarse, dijo la única frase cariñosa que le había dicho a su hermano en treinta y siete años:

—Fuiste el mejor de los tres, Michael. En serio. El más listo, el más rápido y el más valiente.

Se abrió la puerta.

—Simplemente nadie te enseñó nunca para qué.

Capítulo 28
Estado de Wisconsin contra Mason Kopelman

Tribunal del Condado de Winnebago. 10 - 14 de marzo de 2025.

No hubo juicio en el sentido en que la gente entiende esa palabra.

Mason Kopelman se declaró culpable de seis cargos el 10 de marzo de 2025 a las 09:40 de la mañana, sin acuerdo con la fiscalía, contra el consejo expreso y por escrito de su abogado de oficio.

La jueza Marion Ekwueme le preguntó tres veces, en tres formulaciones distintas, si comprendía las consecuencias.

—Las comprendo, señoría.

—Señor Kopelman, quiero que entienda que este tribunal no puede aceptar una declaración de culpabilidad que no sea voluntaria, informada e inteligente. ¿Alguien le ha presionado para hacer esto?

—Mi hermano ha intentado presionarme en sentido contrario, señoría. Durante cuatro meses.

Hubo un murmullo en la sala y la jueza esperó a que pasara.

—¿Comprende que renuncia a su derecho a juicio por jurado?

—Sí.

—¿Comprende que la pena que este tribunal puede imponer es la máxima prevista y que no existe acuerdo que limite mi discreción?

—Es exactamente por eso que lo hago, señoría.

Lo que sí hubo, del 11 al 14 de marzo, fue la vista de determinación de pena.

Cuatro días. Diecinueve testigos. Ciento once periodistas acreditados el primer día y cuarenta el último.

Y eso fue lo que salió en los periódicos.

Barbara Patterson subió al estrado el martes por la mañana, a las 10:15.

Setenta y nueve años, viuda desde 2019, con un bastón de aluminio y un vestido azul marino que le quedaba grande porque se lo había comprado en 2016.

Tardó dos minutos en llegar desde la puerta de la sala hasta el estrado.

Un ujier tuvo que sostenerle el papel, porque le temblaban demasiado las manos para leerlo sola, y ella se disculpó dos veces por ello.

Era una hoja suelta, grapada al final de una libreta de espiral de tapa azul que había pasado trece años en el desván de una casa de Oshkosh y tres en el desván de otra en Green Bay.

—Léalo en voz alta, por favor, señora Patterson.

—«Dieciséis de mayo de 1995. Marcus mató al pájaro por compasión y se rompió. Mason lo vio hacerlo y aprendió algo. No sé qué. No sé cómo decir esto sin que suene a locura».

Bajó el papel.

La sala estaba en completo silencio.

—Señora Patterson —dijo el fiscal—. ¿Por qué no comunicó esto a nadie?

—Lo intenté.

—¿Cómo que lo intentó?

—Fui hasta la puerta del despacho de mi directora un miércoles por la mañana. Puse la mano en el picaporte. —Barbara Patterson miró hacia la mesa de la defensa, donde estaba sentado un hombre de treinta y siete años al que había enseñado a multiplicar—. Y me di la vuelta.

—¿Por qué?

—Porque me imaginé la conversación entera antes de entrar. Yo tenía cincuenta años y veintidós de experiencia, señor. Y si hubiera

entrado ahí a decir que un niño de ocho años me daba miedo, me habrían mandado a casa a descansar. Con toda la amabilidad del mundo.

—¿Y hoy?

—Hoy tengo setenta y nueve años y ya no me importa lo que piensen de mí.

Se agarró al borde del estrado.

—Aquel niño me daba miedo. Y tenía razón. Y he tardado veintinueve años en poder decirlo en voz alta y aquí lo digo.

Marcus Kopelman declaró el miércoles.

Cinco horas y cuarenta minutos, con dos recesos.

Se había declarado culpable en enero de seis cargos de encubrimiento y obstrucción y estaba pendiente de sentencia. Su declaración fue voluntaria y sin ningún acuerdo de inmunidad, contra el consejo de su abogada, que lo hizo constar en acta.

Vino esposado, con dos agentes, y le quitaron las esposas para subir al estrado.

Contó la llamada de las 3:40 de la madrugada del 8 de noviembre de 2004.

Contó el aparcamiento del parque Warner y la farola rota. Contó el capó frío y la sudadera gris. Contó las cuatro bolsas de supermercado en el maletero de su hermano.

Y contó el Denny's de la carretera 151 y la palabra vale.

—¿Cuánto tardó en decirla? —preguntó el fiscal.

—No lo sé. Unos segundos.

—¿Y cuánto tiempo lleva pensando en esos segundos?

—Veinte años, cuatro meses y siete días.

En el receso de la tarde, el fiscal cambió de línea.

—Doctor Kopelman, usted es psicólogo clínico especializado en trauma complejo. Ha tratado a ciento cincuenta y siete pacientes de

forma gratuita en seis años, unas mil doscientas horas sin facturar. ¿Por qué?

—Porque estaba pagando.

—¿Pagando qué?

—Tres muertes. —Marcus miró al jurado—. Llevaba la cuenta. No en papel. En la cabeza. Cuántas personas hay que ayudar para compensar a tres que están muertas por tu silencio.

—¿Y llegó a alguna cifra?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no funciona así.

Se le quebró la voz por primera vez en cinco horas.

—Yo se lo explico a mis pacientes dos tardes por semana, señor. Les digo: lo que le hicieron a usted no se cancela haciéndole cosas buenas a otras personas. La moral no es una balanza. Es un registro. —Tragó saliva—. Y a las nueve cerraba el local y me iba a casa y hacía exactamente lo contrario.

—¿Y qué ha aprendido, doctor Kopelman?

Marcus tardó en contestar.

—Que no se puede compensar —dijo—. Solo se puede contar. Y he tardado veinte años en entenderlo y me he sentado en esta silla para contarlo.

Rachel Kim declaró como perito el jueves por la mañana.

Su informe tenía ochenta y una páginas, doce anexos y ciento cuarenta y seis referencias bibliográficas.

Declaró durante tres horas y cuarenta minutos y fue contrainterrogada durante cincuenta.

El párrafo que reprodujeron los dos periódicos nacionales, y que la defensa intentó excluir sin éxito, fue este:

«El sujeto no presenta psicosis, deterioro cognitivo, alteración del juicio de realidad ni ningún trastorno que afecte a su capacidad de comprender la ilicitud de sus actos. La comprende plenamente y siempre la ha comprendido. No existe base clínica alguna para afirmar que su conducta fuera producto de un impulso irresistible.

Sin embargo, este tribunal debería considerar un hecho incómodo que consta acreditado en autos:

Cinco de las seis muertes de este caso fueron investigadas por cuerpos policiales del estado de Wisconsin y archivadas sin sospecha.

Una sexta víctima permaneció ocho años enterrada como no identificada, con un número por nombre, a cincuenta y cuatro minutos en coche del domicilio de su madre, que llamó cuarenta y una veces a tres departamentos distintos.

El acusado no burló al sistema.

El acusado descubrió que el sistema, en determinadas condiciones, no mira.

Esa observación era correcta.

Lo que hizo con ella no lo era».

Eleanor Kopelman declaró el viernes por la mañana.

Fue la última de los diecinueve testigos.

Tardó cuatro minutos en llegar desde el banco hasta el estrado y nadie en la sala hizo un solo ruido durante esos cuatro minutos.

El fiscal le hizo once preguntas de trámite: nombre, edad, domicilio, parentesco, fechas.

Después dijo:

—Señora Kopelman, ¿desea usted añadir algo?

—Sí.

—Adelante.

Eleanor se giró en la silla.

No miró al jurado. No miró a la jueza. No miró al fiscal, que era quien le había hecho la pregunta.

Miró directamente a la mesa de la defensa, a su hijo, y le habló a él.

—Me hiciste una pregunta en la cocina de casa el seis de noviembre por la mañana —dijo—. Estabas sentado en la silla de madera, la de la ventana.

La sala se quedó en un silencio absoluto.

—Me preguntaste si alguna vez, en algún momento, pensé que podías haber salido bien.

Mason Kopelman no se movió.

—Y yo me callé —dijo Eleanor—. Y llevo cuatro meses despierta todas las noches por eso. Cuatro meses, hijo.

—Señora Kopelman—

—Déjeme terminar, por favor. No voy a tardar.

Nadie la interrumpió. La jueza Ekwueme no levantó la vista de sus notas.

—La respuesta es no —dijo Eleanor—. No lo pensé nunca. Ni una sola vez desde que tenías seis años.

Un sonido en la sala, de gente moviéndose.

—Y ahora te voy a decir lo que llevo treinta y un años sin poder decirle a nadie. Ni a los médicos, ni al cura, ni a tus hermanos.

Se le rompió la voz.

—Que no sé si nunca lo pensé porque tú eras así.

Se llevó una mano a la boca y la bajó otra vez.

—O si tú eres así porque yo nunca lo pensé.

El ujier tuvo que ayudarla a bajar del estrado y a volver al banco.

Y en la mesa de la defensa —por primera vez en cuatro días de vista, en cinco meses de prisión preventiva, en veintiún años de sala

de tribunal y, según su propia madre, en treinta y siete años de vida — alguien vio llorar a Mason Kopelman.

La jueza Marion Ekwueme dictó sentencia el 14 de marzo de 2025 a las 16:20.

Cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, más sesenta años consecutivos por los cargos restantes.

Su exposición de motivos tenía once páginas y se leyó entera en voz alta.

Hubo un párrafo que se citó durante años en las facultades de Derecho del estado, y que apareció en dos manuales de filosofía jurídica antes de 2030:

«Este tribunal ha escuchado durante cuatro días una acusación contra las instituciones de este estado.

Buena parte de esa acusación es cierta. Este tribunal la ha escuchado entera, la ha considerado, y va a ordenar que se remita copia de esta sentencia al fiscal general y a la comisión legislativa correspondiente.

Y ninguna parte de ella es una defensa.

El señor Kopelman ha argumentado, con notable coherencia y durante veinte años, que existe una diferencia entre lo que es ilegal y lo que está mal.

Tiene razón. Esa diferencia existe. Es real, es antigua y es el motivo por el que este edificio necesita jueces y no solamente reglamentos.

Pero el señor Kopelman extrajo de esa observación correcta una conclusión que no se sigue de ella: que le correspondía a él, personalmente, cerrar esa distancia con sus propias manos.

Ahí es donde dejó de tener razón.

Y ahí es donde empezaron a morir personas».

Capítulo 29
Once a uno

Tribunal del Condado de Winnebago. 9 - 24 de julio de 2025.

El juicio contra Michael Kopelman duró doce sesiones y fue, según la prensa jurídica del estado, el caso más extraño de la década en Wisconsin.

El motivo era sencillo de enunciar y muy difícil de digerir:

El acusado quería ser condenado y la ley no lo permitía.

Michael Kopelman se declaró culpable el primer día.

La jueza —Marion Ekwueme otra vez, por asignación de turno— rechazó la declaración.

Lo hizo el 9 de julio de 2025 a las 10:15 de la mañana, en una resolución oral de seis minutos que se estudia desde entonces en las facultades de Derecho del estado:

«Este tribunal no puede aceptar una declaración de culpabilidad respecto de un delito cuyo elemento material no está acreditado por ninguna prueba independiente de la propia declaración.

El señor Kopelman está confesando haber inducido un homicidio. La única prueba de esa inducción es su confesión.

La regla no existe para proteger a los inocentes de sí mismos, aunque también sirva para eso.

Existe porque un sistema que condena a partir de confesiones no corroboradas acaba, invariablemente, obteniendo confesiones.

Se rechaza la declaración. Se ordena la continuación del procedimiento con declaración de no culpabilidad de oficio».

Michael Kopelman escuchó aquello de pie, con las manos cruzadas por delante, y no dijo nada.

Su abogada de oficio —una mujer de treinta y un años llamada Priscilla Odom que llevaba cuatro años ejerciendo y a la que le

habían asignado el caso porque nadie más lo quería— le susurró algo al oído.

Él negó con la cabeza.

El juicio empezó al día siguiente.

Y ocurrió una cosa que no se había visto nunca en aquel tribunal: la defensa no presentó defensa.

Priscilla Odom siguió las instrucciones escritas de su cliente, que constan en el expediente y que ella hizo constar en acta tres veces para protegerse:

No interrogar a los testigos de la acusación salvo para aclarar hechos.

No presentar peritos.

No objetar.

No formular alegato final.

—Señor Kopelman —le dijo la jueza el quinto día, en ausencia del jurado—. ¿Es usted consciente de que está renunciando a una defensa efectiva?

—Sí, señoría.

—¿Y de que eso puede constituir causa de nulidad en apelación?

—Es la única causa de nulidad que no pienso alegar, señoría.

El fiscal, por su parte, tenía un problema peor.

Tenía una confesión de veintiuna páginas, firmada e inicialada, prestada voluntariamente y sin abogado, por un hombre que sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Y no tenía absolutamente nada más.

Llamó a nueve testigos.

Llamó a la funcionaria del archivo del condado que había tramitado la solicitud del expediente 94-1187 en marzo de 2008: confirmó la solicitud, la tasa y la fecha, y confirmó que era un

procedimiento perfectamente legal al que Michael Kopelman tenía derecho.

Llamó a la doctora Ferraro, que explicó al jurado durante cuarenta minutos por qué el ADN no servía para nada en esta causa.

Llamó a Rachel Kim, que declaró como perito de la acusación y que dijo, en la frase que la defensa no objetó porque la defensa no objetaba nada:

—El acusado no apretó ningún gatillo. El acusado seleccionó una diana y se la puso delante a un arma que sabía cargada. En términos clínicos eso es inducción. En términos probatorios, señoría, no lo sé, y no es mi trabajo saberlo.

Y llamó a Marcus Kopelman.

Marcus llegó desde la prisión de Oshkosh el 17 de julio, esposado, con dos agentes.

Declaró durante tres horas.

Contó la cocina de Merritt Avenue. Contó el canalón. Contó la carpeta sobre la mesa. Contó la frase de su hermano: «yo soy abogado, no le digo a nadie lo que tiene que hacer».

Y contó, palabra por palabra, la conversación telefónica de agosto de 2008.

—¿Qué le preguntó usted?

—Le pregunté: ¿fuiste tú o fue él?

—¿Y qué le contestó su hermano?

—Me dijo: Marcus, esa pregunta no tiene una respuesta útil. Y colgó.

El fiscal dejó pasar unos segundos.

—Doctor Kopelman, ¿usted qué entendió?

Y Priscilla Odom, por primera y única vez en doce sesiones, se puso de pie.

—Protesto. Especulación.

—Ha lugar —dijo la jueza.

En la mesa de la defensa, Michael Kopelman se giró hacia su abogada con una expresión que tres periodistas describieron después, por separado, con la misma palabra: furia.

Fue el único momento de todo el juicio en que se le movió la cara.

El jurado deliberó durante seis días.

El 24 de julio de 2025 comunicó a la jueza que no podía alcanzar unanimidad.

Once a uno.

El único jurado que se negó a condenar fue el número siete, un hombre de cincuenta y ocho años, jubilado, antiguo capataz de una planta papelera de Neenah.

Concedió una entrevista a un periódico local dos semanas después.

Dijo tres cosas.

Que había creído a Michael Kopelman desde la primera página de la confesión.

Que estaba absolutamente convencido de que era culpable.

Y que, exactamente por eso, no pensaba condenarlo.

—Yo no soy abogado —dijo—. Pero la jueza nos leyó una instrucción que decía que no podíamos condenar solo con lo que él había dicho de sí mismo. Y eso es lo único que había.

—¿Y no le pareció injusto?

—Me pareció horrible.

El hombre se quedó callado un momento, según el periodista.

—Pero es que si yo levanto la mano y digo culpable —dijo—, entonces esa regla ya no vale para nadie. Y esa regla no está ahí para el señor Kopelman. Está ahí para el próximo tipo al que le

saquen una confesión a las cuatro de la mañana en una habitación sin ventanas.

El artículo se tituló «El jurado número siete» y se reprodujo en catorce periódicos.

Rachel Kim lo recortó y lo pegó en la última página de su informe pericial, en la copia que guarda en casa.

Debajo escribió a mano:

«Michael Kopelman construyó su vida entera sobre esta regla.

Le costó dieciséis años perfeccionarla, catorce absoluciones y un hermano.

Y el día que quiso renunciar a ella, la regla siguió funcionando exactamente igual, porque las reglas no saben quién eres.

Eso, y no la prisión, es lo que le ha pasado a este hombre».

Capítulo 30
Lo que pasó con los otros dos

Wisconsin. Marzo de 2025 - junio de 2026.

Michael Kopelman entró en la oficina del fiscal del condado de Winnebago el 21 de marzo de 2025, siete días después de la sentencia de su hermano.

Fue sin abogado, sin acuerdo previo y sin avisar.

Pidió cita en el mostrador como cualquier ciudadano y esperó cuarenta minutos sentado en una silla de plástico del pasillo, con el maletín en el suelo entre los pies.

Habló durante tres horas y once minutos.

Declaró que en marzo de 2008 obtuvo por vía administrativa el expediente de servicios sociales 94-1187, que lo llevó a la casa familiar de Merritt Avenue un sábado por la mañana y que se lo puso delante a su hermano Mason sabiendo exactamente lo que estaba haciendo y con qué finalidad.

Declaró que le proporcionó el nombre completo, la profesión y el municipio de residencia de Victoria Sánchez.

Declaró que después de su muerte revisó rutas, horarios y ubicaciones de cámaras, y que en dos ocasiones concretas le indicó a su hermano qué elementos debía eliminar y por qué.

Firmó la declaración en veintiuna páginas, inicialando cada una.

El fiscal le preguntó, ya al final, por qué lo hacía.

Michael Kopelman contestó una sola frase, que consta en el acta:

—Porque me lo pidió mi hermano y es lo único que me ha pedido en su vida.

El juicio empezó el 9 de julio de 2025.

Y el 24 de julio, el jurado del Estado de Wisconsin contra Michael Kopelman comunicó a la jueza que no podía alcanzar unanimidad.

Once a uno para condenar.

El motivo fue exactamente el mismo que él le había explicado a su hermano ocho meses antes, en una sala de visitas de letrados, con tres carpetas alineadas sobre una mesa de metal:

Una confesión extrajudicial no corroborada no sostiene una condena en el estado de Wisconsin.

Y no había absolutamente nada que corroborara la suya.

El expediente 94-1187 era un documento público que cualquier afectado podía solicitar, y su solicitud constaba registrada y pagada. La sociedad de Delaware que pagaba el trastero era legal, estaba al corriente y él no había tenido nunca la llave. Las rutas, las cámaras y los horarios eran conocimientos generales de cualquier penalista con quince años de ejercicio.

No había ni un correo, ni un mensaje, ni una llamada, ni un testigo.

Y el único hombre en el mundo que podía corroborarlo todo se negó a declarar contra él.

Mason Kopelman invocó su derecho a no autoincriminarse, alegando el recurso que tenía pendiente ante el tribunal de apelación del estado, y el juez lo admitió en dos minutos.

Fue el último acto de Mason Kopelman en todo el asunto.

Y nadie supo nunca —ni Marcus, ni el fiscal, ni Rachel Kim en su informe posterior, ni el propio Michael— si lo hizo para proteger a su hermano o para castigarlo.

La fiscalía decidió no repetir el juicio el 2 de septiembre de 2025.

El Colegio de Abogados del estado de Wisconsin fue considerablemente más rápido.

Le retiró la licencia el 4 de agosto de 2025 por conducta incompatible con el ejercicio de la profesión, en un procedimiento

que duró once días, porque para eso su propia confesión bastaba y sobraba.

Michael Kopelman salió del edificio del tribunal el 12 de septiembre de 2025 por la puerta principal, con traje gris, sin esposas y sin licencia.

Había cuarenta y siete periodistas en la escalinata.

Todos le hicieron alguna variante de la misma pregunta.

No contestó a ninguno. Bajó los escalones, cruzó la calle y se metió en un taxi.

Hoy trabaja como administrativo en una empresa de logística de Racine. Lleva el control de albaranes de entrada. Cobra cuarenta y un mil dólares al año, que es aproximadamente lo que ganaba David Chen en 2013.

Vive en un apartamento de un dormitorio a doce minutos andando de la oficina.

Y todos los sábados coge el coche y conduce hasta el centro penitenciario de Waupun.

Y todos los sábados le deniegan la visita, porque su hermano lo tiene excluido de la lista de visitantes autorizados desde el 15 de marzo de 2025.

Va igual.

El funcionario de la garita, un hombre llamado Aldrich, le dijo una vez que no hacía falta que viniera, que la lista no iba a cambiar y que se lo podía llamar por teléfono.

Michael Kopelman le contestó que ya lo sabía.

Marcus Kopelman fue condenado el 2 de mayo de 2025 a doce años por encubrimiento, obstrucción a la justicia y conspiración.

Rechazó el acuerdo que su abogada había negociado, que lo dejaba en cuatro años con dos de condicional.

Cuando la jueza le preguntó por qué lo rechazaba, dijo:

—Porque llevo veinte años cobrando un descuento, señoría.

Priya Raghunathan solicitó el divorcio en junio de 2025 y lo retiró en agosto.

Lo volvió a solicitar en diciembre.

En marzo de 2026 seguía sin firmarlo, y su abogada había dejado de preguntarle.

Va a verlo dos domingos al mes con los niños. Conduce ochenta minutos cada trayecto.

Ravi tiene nueve años y cree que su padre está trabajando en un sitio muy lejos donde no dejan usar el teléfono. En 2026 empezó a hacer preguntas.

Nila tiene seis y ha dejado de preguntar, que es peor.

Marcus escribió un libro en la biblioteca de la prisión de Oshkosh entre septiembre de 2025 y febrero de 2026, a mano, en cuadernos de espiral, a razón de dos horas al día.

Se titula El precio de decir vale.

Tiene doscientas once páginas y no hay una sola en la que intente explicarse.

La primera línea es: «Mi hermano mató a cinco personas y yo lo supe desde la primera».

Cede la totalidad de los derechos al Fondo de Asistencia a Víctimas de Delitos Violentos de Wisconsin.

El primer cheque, en abril de 2026, fue de ciento nueve mil dólares.

El fondo emitió una nota de prensa de dos líneas aceptándolo y no volvió a mencionarlo nunca.

Eleanor Kopelman fue a ver a su hijo por primera vez el 19 de abril de 2025.

Tardó cinco semanas en conseguir que la incluyera en la lista.

Escribió tres cartas. Las dos primeras no obtuvieron respuesta. La tercera decía, según le contó después a su vecina, exactamente cuatro palabras: «Contéstame o no contestes».

A los seis días le llegó el formulario aprobado.

El trayecto desde Oshkosh hasta el centro penitenciario de Waupun son cincuenta y ocho minutos en coche, y ella no conducía desde 2011, así que la llevó la señora Dobrowski, del 1340, que la esperó tres horas en el aparcamiento con la radio puesta y un termo de café.

Nadie sabe qué se dijeron.

La conversación no está grabada —las visitas familiares no se graban en Waupun— y ninguno de los dos se lo contó nunca a nadie.

Lo único que consta es lo que Eleanor le contó a la señora Dobrowski en el coche de vuelta, a la altura de Fond du Lac, y lo que la señora Dobrowski repitió catorce meses después en un funeral, delante de once personas y un párroco:

Que su hijo le había preguntado si podía llamarla mamá o si prefería otra cosa.

Y que ella le había dicho que mamá estaba bien.

Eleanor volvió el tercer sábado de cada mes durante trece meses.

Nunca faltó a uno.

Eleanor Kopelman murió el 3 de junio de 2026, a los setenta y cuatro años, de un fallo cardíaco, en su casa de Merritt Avenue.

La encontró la señora Dobrowski a las once de la mañana, cuando fue a recogerla para ir al médico.

Estaba sentada en el sillón del salón, el de enfrente del sofá marrón, con una taza fría al lado y una carta a medio escribir en el regazo.

Tenía tres líneas y no llegó a terminarla.

El sobre estaba en la mesita, con el sello puesto y la dirección de Waupun escrita.

Marcus asistió al funeral esposado y con dos agentes, en la última fila, y le permitieron ponerse de pie durante el responso.

Michael asistió de pie, al fondo de la iglesia, cerca de la puerta, y no habló con nadie ni antes ni después.

Los dos hermanos se vieron.

No se saludaron.

A Mason no se lo permitieron.

Solicitó un permiso extraordinario de asistencia y se lo denegaron el 5 de junio por razones de seguridad, y su abogado de oficio no recurrió la denegación porque él le pidió expresamente y por escrito que no lo hiciera.

Ese mismo día, en Waupun, un funcionario anotó en el registro de incidencias del módulo B-3 que el interno 771-4402 no salió al patio ni al comedor.

Es la única anotación que existe a su nombre en dieciséis meses de internamiento.

Capítulo 31
La biblioteca

Institución Correccional de Oshkosh. Septiembre de 2025 - febrero de 2026.

La biblioteca de la Institución Correccional de Oshkosh abre de nueve a once y de dos a cuatro, de lunes a viernes, y tiene cuatro mil doscientos volúmenes, seis mesas y una ventana alta que da al muro este.

Marcus Kopelman consiguió el puesto de auxiliar de biblioteca en agosto de 2025, después de siete semanas en la lavandería.

Se lo dieron porque tenía un doctorado y porque el bibliotecario anterior había salido en libertad.

Cobraba veintiséis centavos la hora.

Empezó a escribir el 4 de septiembre.

No pidió permiso a nadie porque no hacía falta. Compró cuatro cuadernos de espiral en el economato a un dólar quince cada uno y un paquete de bolígrafos, y escribía dos horas al día, de dos a cuatro, sentado en la tercera mesa.

En seis meses llenó once cuadernos.

El primer día escribió una sola línea y estuvo el resto de la tarde mirándola.

«Mi hermano mató a cinco personas y yo lo supe desde la primera».

Esa sigue siendo, hoy, la primera línea del libro.

Su compañero de celda se llamaba Dwayne Ott, tenía cincuenta y cuatro años, cumplía dieciocho por atraco a mano armada y llevaba once dentro.

Durante los primeros dos meses no le preguntó qué escribía.

En noviembre le preguntó.

—Un libro.

—¿De qué?

—De lo que hice.

Dwayne Ott se quedó pensando un rato desde la litera de arriba.

—Aquí dentro todo el mundo escribe un libro de lo que hizo —dijo—. Y todos son iguales. Todos dicen lo mismo.

—¿Qué dicen?

—Que fue por algo.

Marcus dejó el bolígrafo.

—El mío no dice eso.

—Eso también lo dicen todos.

Marcus Kopelman se rió por primera vez en catorce meses, y se rió tanto que le dolió, y Dwayne Ott lo miró desde arriba con cara de no entender absolutamente nada.

Al día siguiente le dio los tres primeros cuadernos.

Dwayne Ott tardó nueve días en leerlos, porque leía despacio y porque se saltaba las partes donde había palabras que no conocía y después volvía.

Se los devolvió un jueves.

—Falta una cosa.

—Dime.

—Aquí cuentas todo lo que hiciste tú. Y cuentas todo lo que hicieron tus hermanos. Y está bien, no te estás escaqueando, eso se nota.

—¿Entonces?

—Que no dices en ningún sitio si le quieres.

Marcus se quedó callado.

—A tu hermano —dijo Dwayne Ott—. Al que mató a la gente. En doscientas páginas no dices ni una vez si le quieres o no. Y yo he

leído esto entero y no lo sé, y creo que quien lo lea tampoco lo va a saber, y creo que es lo único que la gente quiere saber de verdad.

—¿Y si la respuesta es que sí?

—Pues lo pones.

—Se van a poner furiosos.

—Claro que se van a poner furiosos —dijo Dwayne Ott—. Pero es que es verdad, ¿no?

El capítulo diecinueve de El precio de decir vale se titula «Sí» y ocupa una página y media.

Es el capítulo más corto del libro y es el que citaron las cuatro reseñas.

Marcus Kopelman terminó el manuscrito el 11 de febrero de 2026.

Lo envió a doce agentes literarios por correo ordinario, desde la prisión, con sellos comprados en el economato.

Nueve no contestaron. Dos rechazaron.

Una, una mujer de Minneapolis llamada Ruth Vandermeer, le contestó a los seis días con una carta de dos líneas:

«Señor Kopelman: no sé si esto debería publicarse. Voy a publicarlo. Llámeme cuando pueda».

El libro salió el 14 de septiembre de 2026.

Vendió cuarenta y un mil ejemplares en cuatro meses.

Marcus Kopelman no ha cobrado ni un dólar y no lo va a cobrar nunca: los derechos están cedidos íntegramente y de forma irrevocable al Fondo de Asistencia a Víctimas de Delitos Violentos de Wisconsin.

No ha concedido ni una entrevista.

Rechazó veintinueve peticiones, incluidas dos de cadenas nacionales, con la misma carta de tres líneas escrita a mano:

«Gracias por su interés. El libro dice todo lo que tengo que decir y lo dice mejor que yo. No tengo nada que añadir en voz alta».

En la última página del manuscrito original —la que no aparece en el libro publicado, porque la agente le convenció de quitarla— Marcus Kopelman escribió esto:

«Empecé este libro para explicarme y he tardado once cuadernos en entender que eso no se puede hacer.

Lo único que se puede hacer es dejar constancia.

Que hubo una casa en Merritt Avenue. Que hubo tres niños con la misma cara. Que uno de ellos era distinto y los otros dos lo supimos, cada uno a su manera, y cada uno hizo con ese conocimiento exactamente lo que era.

Michael calculó, porque calcular es lo que hace.

Yo me quedé mirando, porque mirar es lo que hago.

Y no hay una sola línea en estas doscientas once páginas que sirva para devolverle la vida a Jennifer Matthews, que tenía veintidós años y una libreta verde, ni a Victoria Sánchez, ni a David Chen, ni a Allison Park, ni a Sarah Chen, ni a Michelle Wolcott, a la que ni siquiera conocí y cuyo nombre he escrito ochenta y una veces.

Si usted ha llegado hasta aquí buscando una explicación, le pido perdón. No la hay.

Si ha llegado buscando otra cosa —si ha llegado porque hay algo en su propia casa que lleva usted años sin decir en voz alta— entonces cierre el libro ahora mismo, que ya no le hace falta, y vaya a decirlo.

Yo tardé veinte años y no llegué a tiempo».

Capítulo 32
Lo que hará Marcus en 2033

Institución Correccional de Oshkosh. Diciembre de 2026.

Marcus Kopelman sale en 2033.

Con la reducción por buena conducta que aplica el estado, y si nada cambia, cumplirá ocho años y cuatro meses de los doce.

Tendrá cuarenta y seis años.

Ravi tendrá dieciséis y Nila trece.

Esa es la cuenta que hace todas las noches, y no la hace con los años de condena: la hace con las edades de sus hijos. Es una manera distinta de contar el mismo tiempo y produce un resultado completamente distinto en el cuerpo.

Priya Raghunathan firmó el divorcio el 4 de noviembre de 2026.

Lo hizo en el despacho de su abogada, a las once de la mañana de un miércoles, con dos bolígrafos porque el primero no escribía.

Después salió a la calle y llamó a Marcus a la hora de la llamada autorizada, a las seis y cuarto de la tarde, y le dijo que ya estaba firmado y que no cambiaba nada.

—¿Cómo que no cambia nada?

—Que sigo yendo dos domingos al mes —dijo Priya—. Que sigues siendo su padre. Que sigo cogiendo el teléfono a las seis y cuarto.

—Priya.

—Marcus, escúchame bien porque solo lo voy a decir una vez. Yo no me estoy divorciando de ti por lo que hiciste.

—¿Entonces?

—Me estoy divorciando de ti porque estuve veinte años casada con un hombre que se levantaba todas las noches a las once y

bajaba al despacho, y yo pensaba que estaba trabajando.

Marcus no dijo nada.

—Y no estabas trabajando —dijo Priya—. Estabas buscando noticias de muertes. Todas las noches. Durante cinco años. En mi casa. Con mis hijos durmiendo arriba.

—Sí.

—Yo puedo perdonar lo de 2004 —dijo ella, y le tembló la voz por primera vez—. Tenías diecisiete años y estabas aterrorizado y era tu hermano, y llevo dos años intentándolo y creo que casi puedo.

—Priya—

—Lo que no puedo perdonar es que me dejaras vivir veinte años dentro de eso sin saberlo. Que me hicieras compartir una casa con una cosa que yo no sabía que estaba ahí.

Hablaron once minutos más.

Cuando colgaron, Marcus Kopelman volvió al módulo, se sentó en la litera de abajo y se quedó quieto hasta el recuento.

Dwayne Ott, desde arriba, no dijo nada durante veinte minutos.

Después dijo:

—Tenía razón.

—Ya lo sé.

—No, digo que tenía razón en la parte buena. —Dwayne Ott se asomó por el borde—. Ha dicho que sigue yendo dos domingos. Eso lo ha dicho primero, tío. Antes que todo lo otro.

Marcus se quedó mirando el somier de arriba.

—Sí.

—Pues eso.

Marcus Kopelman trabaja en la biblioteca de la Institución Correccional de Oshkosh cuatro horas al día por veintiséis centavos la hora.

Desde febrero de 2026 hace también otra cosa que no está en ningún programa oficial y que la dirección permite mientras nadie se queje.

Los martes y los jueves, de cuatro a seis, se sienta en la tercera mesa de la biblioteca y habla con quien quiera hablar.

No es terapia. Se lo dice a todo el mundo el primer día y lo repite tantas veces que se ha convertido en una broma del módulo B:

—Esto no es terapia. Yo no puedo ejercer. Perdí la licencia en 2025 y no la voy a recuperar. Esto es un hombre sentado en una mesa que sabe escuchar.

Han pasado por esa mesa cuarenta y un internos.

Es un número que Marcus no ha buscado y del que se dio cuenta un jueves de octubre de 2026, contando en la libreta donde apunta los nombres para no equivocarse.

Cuarenta y uno.

Como las llamadas de Dolores Wolcott. Como las páginas del expediente de Sarah Brenner. Como las velas de la cabaña.

Estuvo tres días sin poder dormir.

Después se lo contó a Dwayne Ott, que le escuchó entero y que le dijo lo único razonable que se podía decir:

—Marcus, cuarenta y uno es un número. Hay muchos.

En diciembre de 2026, Marcus Kopelman recibió una carta.

Venía de Waupun.

Era la primera en veintiún meses y tenía cuatro líneas.

Decía:

«Marcus.

He leído tu libro. Me lo trajo la biblioteca en octubre y he tardado dos meses porque lo he leído despacio.

El capítulo diecinueve está mal escrito. Es el peor del libro. Se nota que lo escribiste rápido y que te daba vergüenza.

Gracias.

M.»

Marcus Kopelman leyó esas cuatro líneas de pie, en el pasillo del módulo, delante del funcionario que le había entregado el correo.

Después se apoyó en la pared.

El capítulo diecinueve de El precio de decir vale se titula «Sí».

Ocupa página y media.

Y responde a una sola pregunta, que se la hizo un hombre de cincuenta y cuatro años que cumplía dieciocho por atraco a mano armada y que leía despacio:

Si quiere a su hermano.

Marcus contestó a la carta esa misma noche.

Tardó cuatro horas en escribir tres líneas y las tiró todas.

Al final envió una sola:

«Ya lo sé. Lo escribí rápido a propósito, porque si lo pensaba no lo escribía. M.»

Mason no ha vuelto a contestar.

Marcus le escribe el primer lunes de cada mes, sin fallar uno solo, desde diciembre de 2026.

Y en cada carta, al final, pone la misma posdata:

«P.D. Sigo aquí. Los lunes».

Sabe perfectamente que probablemente no obtendrá respuesta nunca.

Y sigue escribiendo, porque a estas alturas de su vida Marcus Kopelman ha entendido por fin la única cosa que su libro entero intentaba decir y que tardó doscientas once páginas en no conseguir:

Que hay una diferencia enorme entre quedarse mirando y quedarse.

Capítulo 33
Setenta y cuatro casos

Departamento de Justicia de Wisconsin. Noviembre de 2025 - agosto de 2026.

La revisión no se llamó revisión Kopelman.

Se llamó Programa de Reexamen de Expedientes Archivados del Este de Wisconsin, 1995-2020, y su documento fundacional tiene once páginas y no menciona a Mason Kopelman ni una sola vez.

Todo el mundo en el estado sabe por qué existe.

Nació de un párrafo.

El párrafo de la sentencia de once páginas de la jueza Marion Ekwueme en el que ordenaba remitir copia al fiscal general y a la comisión legislativa correspondiente, y que decía que la acusación del condenado contra las instituciones del estado era, en buena parte, cierta.

La comisión tardó cuatro meses en reunirse.

El programa se aprobó el 6 de noviembre de 2025 con un presupuesto de un millón cuatrocientos mil dólares y una plantilla de nueve personas: dos fiscales, tres analistas, un forense, dos investigadores y una administrativa.

Trabajaron en la tercera planta de un edificio de Madison, en una sala sin ventanas con setenta y cuatro cajas apiladas contra la pared.

Los criterios de selección fueron tres, y los redactó una analista de treinta y cuatro años llamada Priya Sandoval, que en 2013 había sido becaria en una clínica jurídica de Milwaukee y que había gritado en un pasillo el día que admitieron a trámite el caso Fairbrook.

Fue ella quien pidió el traslado a aquel programa.

Y fue ella quien redactó el criterio número dos, que es el que produjo casi todos los hallazgos:

«Expedientes cerrados como suicidio, accidente o sobredosis en los que conste al menos una objeción documentada por parte de un familiar directo, y en los que dicha objeción no generara ninguna actuación posterior».

Ese criterio, aplicado a seis condados y veinticinco años, produjo setenta y cuatro cajas.

Setenta y cuatro personas cuyos familiares habían dicho esto no fue así.

Y a las que nadie había vuelto a llamar.

El proceso fue lento y aburrido y no se pareció en nada a lo que sale en la televisión.

Consistió, sobre todo, en telefonear a gente.

Priya Sandoval hizo cuatrocientas once llamadas en nueve meses.

La primera frase era siempre la misma y la había ensayado con una compañera hasta que dejó de temblarle la voz:

—Buenos días. Llamo del Departamento de Justicia del estado de Wisconsin. Estamos revisando el expediente de su hija y me gustaría hacerle unas preguntas, si le parece bien.

En cuarenta y ocho de esas cuatrocientas once llamadas, la persona al otro lado se echó a llorar antes de la segunda frase.

En once, colgaron.

En tres, alguien le dijo que era demasiado tarde y que se fueran todos al infierno, y Priya Sandoval anotó las tres en el sistema como «contacto no productivo» y después salió al pasillo.

De los setenta y cuatro casos:

Cuarenta y siete se confirmaron. La conclusión original era correcta y así se comunicó a las familias por carta y por teléfono, en ese orden, y siempre con una llamada previa para avisar de que iba a llegar la carta.

Dieciséis quedaron sin resolver por falta de material: sin muestras conservadas, sin escena, sin testigos vivos.

Once fueron reclasificados.

De esos once, ocho pasaron de suicidio o accidente a muerte de causa indeterminada.

Y tres pasaron a homicidio.

Los tres homicidios no tenían absolutamente nada que ver entre sí ni con el caso Kopelman.

Un hombre de Green Bay, muerto en 2007, cuya viuda había dicho durante dieciocho años que su marido no bebía. Un chico de veintidós años de Fond du Lac, muerto en 2011. Y una mujer de Sheboygan, muerta en 2016, cuya hermana había llamado catorce veces.

Los tres casos terminaron en detención.

Dos han sido condenados. El tercero está pendiente de juicio.

El expediente de David Chen, Milwaukee, 3 de diciembre de 2013, fue reclasificado como homicidio el 11 de marzo de 2025, antes incluso de que el programa existiera, por la fiscalía del condado, sobre la base de la confesión de Marcus Kopelman.

La carta certificada llegó a la tienda de electrodomésticos de Wauwatosa el 14 de marzo.

Henry Chen la leyó de pie, entre dos cajas de lavadoras.

El expediente de Sarah Brenner, Neenah, 4 de febrero de 2002, fue el número treinta y uno de los setenta y cuatro.

Lo trabajaron durante cinco semanas.

Reinterrogaron a dos personas: un vecino que en 2002 había declarado que no vio nada y que en 2026 siguió declarando que no vio nada, y una antigua compañera de clase de Sarah que dijo que en enero de 2002 la había notado rara y que nadie se lo había preguntado nunca.

Esa declaración —tres páginas, tomada el 4 de febrero de 2026, veinticuatro años exactos después— es lo único nuevo que produjo la revisión del caso.

Volvieron a analizar la nota con un perito calígrafo distinto, que llegó a la misma conclusión que los dos anteriores.

No había material biológico conservado. Las muestras de 2002 se habían destruido en 2009 conforme al protocolo de conservación entonces vigente, que era de siete años para casos cerrados.

El 19 de junio de 2026, el expediente treinta y uno se cerró de nuevo.

Conclusión: se mantiene la calificación original. Sin elementos nuevos suficientes.

Priya Sandoval hizo la llamada personalmente.

—¿Señor Brenner?

—Sí.

—Le llamo del Departamento de Justicia. Es sobre el expediente de su hermana.

—Ya lo sé.

—Va a recibir una carta, pero he preferido llamarle antes.

—Se lo agradezco.

—No hemos encontrado nada, señor Brenner.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Han mirado? —preguntó Tom.

—¿Perdón?

—Que si han mirado. No le pregunto si han encontrado. Le pregunto si han mirado.

Priya Sandoval miró la caja número treinta y uno, que llevaba cinco semanas abierta encima de su mesa.

—Sí —dijo—. Cinco semanas. Cuatro personas. Hemos leído las cuarenta y una páginas y hemos vuelto a hacer las preguntas.

—¿Y no había nada?

—No había nada, señor Brenner. Y quiero que sepa que eso no significa que usted se equivocara. Significa que no lo podemos saber, que es una cosa distinta y peor.

Tom Brenner tardó unos segundos en contestar.

—Gracias —dijo.

—No me dé las gracias.

—Sí. —Se le movió la voz—. Llevo veinticuatro años esperando que alguien me dijera que había mirado. Deje que se lo agradezca.

El informe final del programa se publicó el 30 de agosto de 2026.

Tiene doscientas once páginas —el mismo número, por casualidad, que el libro de Marcus Kopelman— y termina con una recomendación de once puntos.

El punto siete propone la creación de un registro estatal unificado de personas desaparecidas y no identificadas, con cotejo automático diario en lugar de manual mensual.

En el preámbulo del punto siete, sin citar nombres, dice esto:

«Esta comisión ha constatado que una persona puede permanecer simultáneamente registrada como desaparecida en tres condados y enterrada como no identificada en un cuarto, durante ocho años, sin que ninguno de los cuatro sistemas produzca una alerta.

No se trata de un error humano. Ninguna de las personas que intervinieron en ese procedimiento incumplió norma alguna.

Se trata de que nadie había asignado a ningún funcionario de este estado la tarea concreta de mirar».

El punto siete se aprobó por unanimidad en marzo de 2027.

El registro estatal unificado se llama, oficialmente, Sistema Integrado de Identificación de Wisconsin.

En los pasillos del Departamento de Justicia, y esto no consta en ningún documento, todo el mundo lo llama el sistema Wolcott.

Epílogo
La caja del garaje

Oshkosh, Wisconsin. 20 de agosto de 2026.

Tom Brenner dejó el Departamento de Policía de Oshkosh el 30 de abril de 2026, tras veintiún años de servicio, sin rueda de prensa y sin discurso.

Le hicieron una cena en el Sawmill.

Fueron dieciocho personas.

Jenkins bebió demasiado y contó una historia sobre un cadáver en un lago que no tenía absolutamente ninguna gracia y que hizo reír a todo el mundo durante cuatro minutos, y después se le humedecieron los ojos y dijo que era por el humo, aunque hacía quince años que no se podía fumar allí dentro.

Le regalaron una caña de pescar que Tom no ha usado.

Ahora trabaja tres días por semana como asesor forense para dos despachos y un municipio pequeño del condado de Outagamie.

Cobra bastante menos. Duerme bastante más.

Vive en un apartamento de dos habitaciones cerca del río, en un edificio de cuatro plantas con un olmo en la entrada.

La segunda habitación tiene una cama que se usa una vez cada quince días, cuando su hija viene desde Madison.

Katie tiene dieciocho años.

Estudia primero de Trabajo Social en la UW.

Tom no se ha atrevido nunca a preguntarle si eligió esa carrera por él, o contra él, o por lo que salió en las noticias durante tres semanas en 2024. Ella no se lo ha dicho.

Probablemente ninguno de los dos lo va a mencionar jamás, y probablemente eso también está bien.

Cenan.

Que es más largo.

Rachel Kim volvió a Marquette en enero de 2025, cuando terminó su intervención pericial, y siguieron viéndose de todas formas.

Primero cada dos semanas. Después cada semana. Después dejaron de contarlo.

En febrero de 2026 dejó dos cajas en el apartamento del río, con libros. En marzo, cuatro más. En abril trajo una lámpara que a Tom le pareció fea y que sigue ahí.

En junio ya no quedaba nada en su piso de Milwaukee salvo los muebles y una planta que se murió.

Ninguno de los dos ha usado todavía la palabra mudarse.

—Es una cuestión terminológica —dijo Rachel una noche, en la cocina.

—Es cobardía.

—También. —Siguió lavando un plato—. Las dos cosas a la vez, detective. Siempre son las dos cosas.

Tom se quedó muy quieto con el paño en la mano.

—No me llames detective.

—Vale.

El expediente de Sarah Brenner, Neenah, 4 de febrero de 2002, fue reabierto administrativamente el 11 de noviembre de 2025 por el Departamento de Justicia del estado.

No fue una decisión individual ni un favor.

Formaba parte de una revisión de setenta y cuatro casos archivados en seis condados del este de Wisconsin entre 1995 y 2020, ordenada tras una recomendación de la comisión legislativa que recibió copia de una sentencia de once páginas firmada por la jueza Marion Ekwueme.

Esa revisión existe por una razón concreta y todo el mundo en el estado lo sabe, aunque en el informe oficial se formule de otra manera:

Existe porque un hombre encerrado en Waupun demostró que cinco muertes investigadas por cuerpos policiales de Wisconsin habían sido archivadas sin sospecha, y que una sexta víctima estuvo ocho años enterrada con un número por nombre mientras su madre llamaba cuarenta y una veces.

De los setenta y cuatro casos revisados, once fueron reclasificados.

Tres han terminado en detenciones. Dos siguen abiertos.

El de Sarah Brenner sigue archivado como suicidio.

Tom lo sabe.

Ha leído el informe de revisión entero, las cuarenta y una páginas, dos veces. La primera de un tirón, en el coche, en el aparcamiento del edificio del Departamento de Justicia en Madison. La segunda despacio, en casa, con Rachel al lado.

No encontraron nada.

Reinterrogaron a dos personas. Revisaron la nota otra vez con un perito distinto, que confirmó la misma conclusión que en 2002. No había material biológico conservado.

Y Tom ha tenido que aprender, a los cuarenta y siete años, que no encontrar nada no es lo mismo que una respuesta.

Que va a tener que vivir con eso.

Y que la mayoría de la gente vive con cosas considerablemente peores y no se le nota por la calle.

En el garaje del apartamento del río, en la esquina del fondo, detrás de una bicicleta que tampoco usa, hay una caja de cartón de tamaño mediano.

Dentro hay sesenta y dos sobres.

Llegan tres al mes, con una puntualidad de facturación, desde marzo de 2025.

Remite: Waupun Correctional Institution, interno 771-4402, módulo B-3. Letra pequeña y regular.

Tom no ha abierto ninguno.

No es superstición y no es miedo. Lo ha pensado mucho y sabe exactamente lo que es:

Que abrir uno sería aceptar una conversación.

Y que él ya tuvo su conversación con aquel hombre, dos veces. Dos horas y trece minutos en la sala A y cuatro minutos junto a una tumba abierta.

Y que en las dos salió peor de lo que entró.

Katie encontró la caja en julio de 2026, buscando una bomba de bicicleta.

—¿Papá?

—Déjala donde estaba.

—¿Son de él?

—Sí.

—¿Cuántas hay?

—No lo sé. Sesenta y algo.

—Las has contado.

—Sesenta y dos.

Katie se quedó de pie con la caja abierta a los pies, mirándolo.

—¿Y por qué las guardas?

Tom se quedó parado en el garaje con una llave inglesa en la mano, sin ninguna respuesta preparada, que era exactamente el estado en el que había pasado los últimos veinte meses.

—Porque tirarlas sería como perder —dijo al final— y leerlas sería como rendirme.

Katie lo miró un rato largo.

Después dijo, con esa crueldad exacta y completamente sin maldad que tienen los dieciocho años:

—O sea que llevas año y medio con un tío viviendo en el garaje.

El 20 de agosto de 2026, un miércoles, Tom Brenner bajó al garaje a las once de la noche.

No iba a buscar nada.

Abrió la caja, metió la mano y sacó un sobre.

No el primero ni el último. Uno cualquiera, de en medio, con matasellos de febrero.

Lo abrió con el pulgar, de pie, con la puerta del garaje levantada y el ruido de los grillos entrando desde el río.

Dentro había una hoja doblada en dos, escrita a mano por una sola cara.

Decía:

«Detective Brenner.

Aquí dentro tengo mucho tiempo. También tengo acceso a la biblioteca jurídica y derecho a solicitar expedientes públicos, que son bastantes más de los que usted cree y que llegan por correo en unas tres semanas.

Llevo dieciséis meses trabajando en lo de su hermana.

No he encontrado nada.

Se lo digo así, con esas cuatro palabras, porque supongo que nadie se las ha dicho nunca con todas las letras. Ustedes tienen la costumbre de decir que un caso sigue abierto cuando lo que quieren decir es que ya no lo está mirando nadie.

Yo lo estoy mirando.

No he encontrado nada todavía y es bastante probable que no encuentre nada nunca, y quiero que sepa que voy a seguir de todas formas, porque aquí dentro no hay ninguna otra cosa que yo pueda

hacer con lo que soy, y esta es la única versión de mí que no le hace daño a nadie.

No hace falta que conteste. Sé perfectamente por qué no lo hace y creo que tiene usted razón.

M.K.

P.D. Cuando escriba a su hija, escríbale. No la llame. Las llamadas se acaban y una carta se puede volver a leer».

Tom Brenner leyó la carta tres veces.

Después se sentó en el escalón del garaje, con la hoja sobre las rodillas, y estuvo ahí un rato largo mirando hacia el río, que a esa hora no era más que un ruido negro entre los árboles.

Pensó en tres bebés alineados en tres cunas de plástico transparente en marzo de 1987, con la misma frente, la misma barbilla y el mismo remolino de pelo oscuro naciendo en el mismo lado exacto del cráneo.

Pensó en una maestra de setenta y nueve años con las manos temblando y en un ujier sujetándole un papel.

Pensó en una mujer de sesenta y ocho años en Kenosha con una carpeta de anillas azul y cuarenta y una llamadas anotadas en cuatro bolígrafos distintos.

Y en otra de setenta y dos que se quedó callada en su propia cocina y tardó cuatro meses en contestar, y que murió con una carta de tres líneas en el regazo y el sello ya puesto.

Y pensó, como llevaba dos años pensando casi todas las noches, que la pregunta que había perseguido durante todo aquel caso no había sido nunca cuál de los tres.

Había sido otra.

Cuántas veces pasa alguien por delante de una puerta abierta y sigue andando.

Marcus se quedó mirando.

Michael calculó.

Mason entró.

Eleanor se hizo la dormida durante cuarenta años.

Barbara Patterson puso la mano en un picaporte y se dio la vuelta.

Victoria Sánchez cerró un expediente y escribió que se notaba que aquella era una casa con amor.

Tres departamentos de policía dejaron de devolver las llamadas de una madre.

Y él, Thomas Brenner, cuarenta y siete años, divorciado, con una hija que estudia Trabajo Social y una mujer que ha dejado seis cajas en su casa sin decir la palabra, había pasado veintidós años delante de una puerta que nadie más quiso abrir.

Y era lo único de su vida entera que no cambiaría.

A las doce y veinte volvió a doblar la hoja por la misma raya, la metió en el sobre y no lo devolvió a la caja.

Se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

Después cerró el garaje, subió los tres pisos, se sentó a la mesa de la cocina y encendió solo la luz pequeña para no despertar a nadie.

Cogió un bolígrafo y uno de los cuadernos de Rachel.

Y escribió, con una letra grande y torcida de hombre que no escribe a mano desde hace veinte años:

«Katie:

Hay una cosa que nunca te he contado sobre tu tía Sarah».

Y siguió.

FIN

Sobre la autora

RITA JAMES escribe thrillers psicológicos sobre los rincones de la mente humana donde la moral deja de ser sencilla. Sus historias no tratan solo de crímenes: tratan de culpa, lealtad mal dirigida y el precio de los secretos que decidimos guardar.

Los tres rostros del crimen es su primera novela.

Si esta historia te mantuvo despierto, una reseña en Amazon ayuda más de lo que imaginas a que otros lectores la encuentren.